

# UNIVERSIDAD DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO DICIEMBRE 1995 NÚM. 539

## Reflejos del Yo

**Reyes, García Ponce,  
Pettersson, Bruce-Novoa,  
Marichal, Valadés,  
De la Torre Villar,  
entre otros**

**Imágenes  
de Aceves Navarro, Zenil,  
Sauret, Coen, Escobedo,  
Velázquez, Anguía,  
Lara, Venegas**

**Manrique, Fernández:  
Homenaje a O'Gorman**

**Olivé: El Yo  
y la identidad personal**





Seis millones  
de imágenes se  
encuentran  
en los acervos  
del  
Archivo General  
de la Nación

Lecumberri: antiguo torreón de  
vigilancia de las celdas de castigo  
de la ex Penitenciaría del Distrito  
Federal

Eduardo Molina 155, Col. Penitenciaría Ampliación, 15350, México, D.F.



Coordinación de Humanidades

**UNIVERSIDAD**  
DE MÉXICO  
REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

*Director:* Alberto Dallal

*Consejo editorial:* Raúl Benítez Zenteno, Rubén Bonifaz Nuño, Alberto Dallal, Juliana González, Humberto Muñoz, Enriqueta Ochoa, Herminia Pasantes, Manuel Peimbert, Ricardo Pozas Horcasitas, Josefina Zoraida Vázquez

*Coordinador editorial:* Octavio Ortiz Gómez

*Corrección:* Amira Candelaria Webster

*Publicidad y relaciones públicas:* María del Carmen López

*Administración:* Leonora Luna Téllez

*Diseño y producción editorial:* El Equilibrista, Diseño Gráfico y Servicios Editoriales, S.C.

*Oficinas de la revista:* Insurgentes Sur 3744, Tlalpan, 14000, México, D.F. Apartado Postal 70288, C.P. 04510, México, D.F. Tel. 606 1391 y FAX 666 3749. Correspondencia de Segunda Clase. Registro DGC Núm. 061 1286. Características 2286611212. *Impresión:* Offset Rebosan, S.A. de C.V., Zacahuitzco 40, Portales, 03300, México, D.F. *Distribución:* Publicaciones Sayrols, S. A. de C. V., Mier y Pesado 126, Col. del Valle, 03100, México, D. F., y revista *Universidad de México*. Precio del ejemplar: N\$15.00. Suscripción anual: N\$150.00 (US\$90.00 en el extranjero). Periodicidad mensual. Tiraje de cuatro mil ejemplares. Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto. Certificado de Licitud de Título número 2801. Certificado de Licitud de Contenido número 1797. Reserva de uso exclusivo número 112-86

## Índice

	◆ 2 ◆	Presentación
ALFONSO REYES	◆ 3 ◆	Confesión y poema (Presentación de Alicia Reyes)
GILBERTO ACEVES NAVARRO	◆ 5 ◆	Se cayó el niño Beto
JUAN GARCÍA PONCE	◆ 6 ◆	Dos imágenes
JORGE ALBERTO MANRIQUE	◆ 8 ◆	Edmundo O'Gorman: hombre de ideas, hombre de vida (1906-1995)
SERGIO FERNÁNDEZ	◆ 10 ◆	Carta a Edmundo O'Gorman
NAHUM B. ZENIL	◆ 13 ◆	Autorretrato
LEÓN OLIVÉ	◆ 15 ◆	La dimensión social del Yo y de la identidad personal
NUNIK SAURET	◆ 22 ◆	Desdoblamiento
ALINE PETERSSON	◆ 23 ◆	Si yo soy mis memorias...
ARNALDO COEN	◆ 26 ◆	Autorretrato
JUAN BRUCE-NOVOA	◆ 27 ◆	Entre historia y crónica: un problema de definición
AUGUSTO ESCOBEDO	◆ 35 ◆	Ideas y revelaciones
JUAN MARICHAL	◆ 39 ◆	Recuerdo de Mascarones
REYNALDO VELÁZQUEZ	◆ 41 ◆	Autorretrato
VÍCTOR SOSA	◆ 42 ◆	(a la vera)
JOSÉ C. VALADÉS	◆ 44 ◆	Dos textos (Presentación de Patricia Galeana)
RICARDO ANGUÍA	◆ 48 ◆	Soy adicto
ERNESTO DE LA TORRE VILLAR	◆ 49 ◆	La <i>signorinna</i> Appendini
FEDERICO PATÁN	◆ 52 ◆	Una mujer de bastón
HERNÁN LAVÍN CERDA	◆ 54 ◆	Eliseo Diego y la sabiduría
MAGALI LARA	◆ 59 ◆	Autobiografía
GERMÁN VENEGAS	◆ 60 ◆	Autorretrato
VÍCTOR GERARDO RIVAS	◆ 61 ◆	Onírica trinidad
<b>MISCELÁNEA</b>		
SANTIAGO GENOVÉS	◆ 65 ◆	Introducción informal a <i>Navegaciones</i>
CARMEN GALINDO	◆ 66 ◆	Memorias de una burguesita apantallada
JULIA ISABEL FLORES	◆ 68 ◆	El movimiento médico en los sesentas
	◆ 70 ◆	Colaboradores

# Presentación



**C**írculo de fuego. Círculo de espinas. De todas las formas creativas, el arte de la intimidad es el más difícil de alcanzar. Es difícil vivir íntima y serenamente sin las tentaciones de la vida pública. Actos íntimos hay que no requieren de un ritual para realizarse. La intimidad es un espacio virtual, soñado, inventado, en donde nosotros, a solas o tenuemente acompañados, realizamos acciones que no podríamos realizar si nos supiésemos observados o vigilados. La dimensión de la intimidad es el aislamiento, la alcoba, el baño o el panaje oscuro. En la intimidad todos somos otras personas. Nos olvidamos del nombre de la acción que efectuamos. No es casualidad que las figuras públicas se vean asediadas porque la multitud desea saber en qué consisten sus intimidades. En la intimidad podemos pensar, reflexionar pero muy difícilmente emprenderemos los rituales con plena conciencia de nuestro transcurrir en el tiempo. No se hace necesario pensar en el más allá. La intimidad, en nuestra época, indica melancolía. En términos más ociosos y contemporáneos, depresión. Se cree que si nos aislamos vivimos en la tristeza; sufrimos si estamos solos y sólo para recibir la alegría nos acompañamos. El hombre y la mujer de hoy deben saberse capaces —y probarlo— de adherirse al grupo y de aislarse. Escribir, por ello, es un acto de suma tristeza: lloramos al escribir, o, mejor, escribir es en suma llorar las grandes tristezas de la realidad, del universo. ¿Cómo vamos a sobrevivir en una vida de eterna alegría? ¿Para qué decirle a los demás cuáles son las alegrías? Tristeza es el estado natural del hombre, de la mujer y por ello debe ser registrado en la intimidad. Los que no saben esto son aquellos que jamás se han percatado de la importancia de estar vivo. Ni de la deliciosa excelencia de saber estar solo. La aparente alegría colectiva es, por desgracia, una forma de cultura. Es la cultura de la televisión, del entretenimiento: habrá que pasar el tiempo en conjunto porque la vida es intrascendente, es decir, sin trascendencia. Por ello también se considera a los deportes, en su aspecto de fanatismo externo, dentro de la pasividad de los espectadores, como el sucedáneo de la vida, como el reflejo del “estado de nada” que mantiene vivos a los vivos, por lo menos a la gran mayoría de los vivos. Y por ello la lectura sigue siendo —agudizada— una prueba para penetrar en lo profundo.

Todo acto íntimo es, por tanto, trascendente. Al hacer el amor buscamos, en la intimidad, realizar la más perfecta, armónica y prolongable experiencia humana. Por ello, no obstante los voyeristas y los mirones; no obstante las imágenes amarillistas de nuestros contemporáneos medios de comunicación masiva, el amor, la experiencia amorosa, sigue siendo ese acto íntimo que nos hace vivificar nuestro espíritu y nuestro cuerpo y que nos permite “tomar fuerzas” para seguir viviendo: trabajar, comunicarnos colectivamente, buscar agrado en la comida, etcétera. Bocanada de vigor, de profundidad, el acto amoroso e íntimo nos permite dormir y despertarnos al día siguiente para continuar el largo devenir de la existencia.

Escribir un texto que no habrá de publicarse es un acto íntimo. Un acto de amor. Por lo menos un acto de amorosa soledad. ◆

# Confesión y poema

ALFONSO REYES

*La poesía seguirá volando,  
indemne, por su cielo enrarecido  
y alto. Para darle caza hay que  
ser poeta.*

Alfonso Reyes

*El 24 de abril de 1946, Alfonso Reyes escribiría el poema titulado "S.O.S." y, años más tarde, me lo regalaría. Leído y releído, hoy se lo hago llegar a mi amigo Alberto Dallal con esta breve introducción:*

*¿Qué sucesos rodearon esta confesión alfonsina? El abuelo estaba triste, muy triste y no era para menos. Al recorrer su diario, descubrimos el misterio de esa llamada de auxilio.*

Alicia Reyes

*México, miércoles 6 de marzo.*

...Hoy, en un almuerzo de *Cuadernos Americanos*, despedimos al Dr. Manuel Martínez Báez que va a Europa...

Alfonso Caso departía alegremente con nosotros. Al llegar a su casa, se encontró con Antonio que, tras dos ataques consecutivos de pecho, murió hacia las 7 p. m. Ahora son las dos de la madrugada del jueves 7. Vuelvo de casa de mi Antonio abrumado de pena. ¡Todo lo que se me va con él, y también a nuestro país, no es para dicho!

*México, miércoles 13 de marzo 1946.*

...El pasado jueves, 7 de marzo 1946, enterramos a Antonio Caso. Hablé en su tumba breves palabras improvisadas a nombre del Colegio Nacional y del Colegio de México. Me fui a Cuernavaca a descansar. La pena no me deja. Volví antes de ayer, y desde ayer tarde mi salud da tumbos.

*La salud de nuestro Alfonso, logra restablecerse gracias a las medicinas que le da mi padre y sigue, como siempre, al yunque. Sin embargo, no acababa de reponerse de la pérdida de su querido Antonio, cuando el 1º de abril recibe otro impacto:*

En la tarde, cuando acudía a la facultad de Filosofía y Letras, calle de San Cosme, murió Joaquín Xirau atropella-

do por un tranvía. Su hijo que iba con él, escapó de casualidad. Visita a la Cruz Roja, donde fue recogido, y a la familia. Gestiones ante el Procurador de Justicia para traslado cadáver a Instituto Luis Vives, capilla ardiente. Regreso media noche, destrozado de cuerpo y alma.

*México, sábado de Gloria, 20 abril 1946.*

Encerrado en casa, leyendo a Tolstoi y estudiando religión griega. Anoche pasé mal, con pesadillas, pero la cabeza está lúcida. Es lo que importa.

*México, domingo 21 abril 1946.*

Mi diario es por fuerza anodino. —Aunque estoy hecho al ir y venir de estos extraños raptos de melancolía y vaga espectación, y no siempre anuncian algo definido. Hoy me domina eso que llamo "estado de transparencia". Algo va a pasar...

*Detengámonos en ese su estado de transparencia cuya causa pudo provenir de la pérdida de Antonio Caso y de Joaquín Xirau y reflexionemos en ese Algo va a pasar... ¿Presentimiento?, ¿simple estado de nerviosismo? No lo sabíamos ni lo sabía él, pero "S.O.S." nace el 24 de abril y el domingo 12 de mayo, muere Henríquez Ureña. ¿Eso iba a pasar?*

México, domingo 12 de mayo 1946.

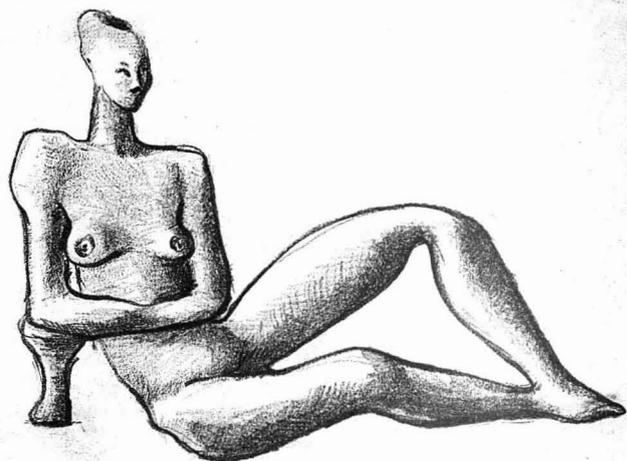
Apenas acabo de preparar un elogio de Antonio Caso para descubrir dentro de unos días su retrato en El Colegio Nacional, cuando —ocupado gratamente en traducir fragmentos de la *Chanson de Roland*— me llega la noticia de la muerte súbita, en Buenos Aires, de ¡Pedro Henríquez Ureña!\* me voy quedando como la espiga de Heine, olvidada por el segador en medio del campo.

S.O.S.

A toda costa, gente del mar,  
carga tus sueños;  
ven a depositarlos en el umbral  
del triste abuelo;  
aburrido de no recomenzar  
todos los días la vida,  
y ya decepcionado del tabaco  
y la bebida.

A toda costa, arrastrad  
la red plateada,  
llena de horribles bocas gozosas  
y de ojos insolentes,  
de hombres de leña,  
de mujeres de madrêpora,  
de vida arrepentida y  
cada día nuevamente osada.

A toda costa, aquí la niebla  
y los silbatos,  
y el viento que delira  
en las persianas,  
y el olor de cabina  
que abre el vómito y el apetito,  
y los termómetros parados  
en la raya del Equinoccio,  
y las campanas locas  
que dan la hora de otro modo,  
y la cruz de los mástiles  
que se enreda entre  
la cruz de estrellas,  
y los peces que abren vela  
y encienden faros,



y el gusano, de lejos, del entrevisto barco  
anillado de luz.

A toda costa, otra naturaleza,  
otros cuidados mejores que los del hombre  
en choque con el hombre.

Otra vez el pecho contra  
los elementos;  
otro intento, otro plan,  
otro crucero.

¡Al salvamento, gente marinera,  
que hay nauífrago en la casa!

A toda costa, olvido y mar  
para el abuelo;  
A toda costa, un entretenimiento de los  
músculos  
un deslumbramiento de los ojos,  
otro presente a toda costa,  
porque vivir de recuerdos  
es peor que la muerte...

¡Y un acordeón, de noche,  
sobre el puente!

México 24-IV-1946

\*Subrayado en rojo por el propio Alfonso Reyes.

# Se cayó el niño Beto

GILBERTO ACEVES NAVARRO

**Y**a no quiero estar aquí!, ¡sáquenme ya!, tengo miedo, ya me quiero salir, ¡sáquenme ya! Estaba asustado y gritaba sin descanso. A mi alrededor todo era oscuro, sucio y estrecho. Hacia arriba sólo el círculo de luz tan lejos, tan imposible de alcanzar, por donde asomaban en medio de una gritería terrible los adultos. Todos decían que me calmara, que no tuviera miedo, que ya me iban a sacar. Me enteré en ese momento que el agua llegaría a esta profunda atarjea a las cuatro de la tarde. Faltaba poco y esto aumentaba el trajín de los que estaban afuera y tenía miedo de ser arrastrado sin remedio a no sé qué muladar lejano. Pensé que no volvería, que se acabaría sin remedio la luz; mi padre amenazaba con sus más de cien kilos de peso y enorme panza, con arrojarse a salvarme. Había quien quería bajar con una cuerda y subirme pero no cabían... ¿Cómo me caí?, ¿cómo llegué a estar en esta espantosa situación? Yo sólo temblaba y gritaba, ¿qué pasó?; yo venía corriendo detrás de la Rata, la Rata le decían así por chiquito, flaco, cenizo, gris y por la aguda cara de ojos brillantes y redondos. Bajábamos corriendo el bordo del Consulado, río actualmente entubado y convertido en una vía

de circulación rápida. Detrás del muchacho me esforzaba a mis cinco años por alcanzarlo. No recuerdo con qué propósito ni a qué jugábamos pero allá iba afanosamente detrás de él. A media calle vi el papel que cubría el hoyo que había quedado al romper la tapa de la atarjea un camión la noche anterior y que los muchachos más grandes habían puesto para que no se fuera la pelota con la que jugaban. La Rata lo brincó, yo no... Súbitamente, todo fue negro y feo. Recuerdo el sombrerito de palma

que mi madre me amarró a la barba con un cordoncito y que permitió que no cayera de cabeza. Me había acucillado y me abrazaba las rodillas. Ya no gritaba. De pronto, ya nadie más lo hizo y oí la voz de la abuela de la Rata, que calmada me lanzó un delgado mecate de tendero. Temblorosa, me gritó "cógete fuerte, fuerte, no te sueltes" y cogí aquella cuerda con la mayor fuerza de mi vida. Momentos después estaba en los brazos de todos. Todos gritando me cubrieron con una sábana cuya blancura dejaba pasar la cálida luz del sol. Me dieron un pedazo de bolillo mojado con leche, cubierto de azúcar. ¿Habré probado algo más dulce desde entonces? ◆



# Dos imágenes



JUAN GARCÍA PONCE

## Mi última casa en Mérida

La casa era de mi abuela. Estaba en Itzimná, en lo que entonces eran las afueras de la ciudad. Tenía enfrente palmeras reales. Detrás... Se entraba a esa casa por una reja y parte del jardín podía verse desde la calle por tanto. Ese jardín no era muy grande; ocupaba sólo una parte del centro de la casa. El resto estaba tapado por bardas, al terminar las rejas. Primero hay que hablar de esas bardas, no porque ocultasen ningún misterio, sino por la belleza de lo que estaba más allá. El jardín no tenía pasto, sino lo que en Yucatán llaman "frescura" porque sólo sus pequeñas hojas pueden resistir el calor; y sobre ella rosales, con una hilera de pequeñas y bajas violetas enmarcando el jardín. De la barda sobresalían las copas de varios árboles; y de ellos es de lo que hay que hablar primero, porque la huerta, donde estaban esos árboles, rodeaba toda la casa y era enorme. Las copas de los árboles sobre la barda eran de mangos indios y en el extremo opuesto una "mata" de ramón, con cuyas hojas se alimentaban los chivos. Qué lejos, qué cerca está todo eso. Las matas, o sea, los árboles de la huerta, incluían cuatro clases de mangos: indios, manilas, mangas y manilas injertados con chacá, lo que hacía al árbol más grande, pero a los apetitosos frutos, que parecían mangos de manila, intomables porque el chacá era un injerto que los volvía intolerablemente agrios. Mi tía Dedé, hermana de mi abuela, quería venderlos todo el tiempo por su tamaño y mi abuela le decía: "Delia Candelaria, ¡no seas ladrona!" Pero esto indica al menos la verdad del tamaño de la huerta, ya que hasta había que vender sus frutos. Incluía mameyes, zapotes, guanábanas, zaramuyos, caimitos, mameyes de Santo Domingo, zapotes negros —a los que en Yucatán se les dice "tauch", lo que en maya significa "caca de mono"—, guayabas, ciruelas chavales, aguacates, cocos y hasta una palmera de dátiles, a la cual mi primo Eduardo, mi hermano Fernando y yo, una vez le prendimos fuego, amenazando con las llamas el techo de la casa de atrás que era una choza de paja. Ése es

un recuerdo gozoso porque, por esa maldad, nos pegaron a los tres. El mango de manila injertado de chacá estaba en el patio interior, cuya mención me permite empezar a hablar de la casa. Sólo tenía tres alas construidas. Al frente estaba un enorme portal con los mismos mosaicos de toda la casa y muchas columnas. Por ese portal se entraba, al centro, a la sala de la casa. En la sala estaban muebles de paja tejida, el radio y una estatua del Sagrado Corazón sobre una mesita con cubierta de mármol. Sobre esa mesita se ponían las monedas de a centavo para darlas de limosna después; yo me las robaba para comprar "sunchos" —malvaviscos— en la tienda de la esquina. Pecado, pero tenía tantos pecados... Con razón decía mi abuela que la imaginación es la loca de la casa. Me olvidaba señalar que en la huerta estaba también el pozo y una veleta. En Mérida, en esa época, no había agua corriente. En la cuarta parte que debería cerrar la construcción, no había tal, porque ahí, bajo una enorme terraza, estaba el aljibe donde se almacenaba el agua de lluvia con la cual nos bañábamos y de la cual, convenientemente hervida, bebíamos. Con una manguera mojábamos esa terraza para patinar, descalzos, sobre ella. Esta acción no estaba prohibida, mi abuela hasta nos inducía a ella. Debía ser muy estética: unos niños descalzos, con pantalones muy cortos y camisas delgadas, patinando. ¡El misterio del agua de lluvia encerrada en el aljibe! Profanar ese misterio, en cambio, sí estaba prohibido; pues, ¿quién podría saber cómo salir de ese aljibe una vez que se había entrado? Nos subíamos a casi todos los árboles de la huerta. Varios caimitos permitían llegar hasta la azotea. Ahí fumábamos, haciendo honor a un anuncio de la época: "Don Juan, sus Embajadores." Los Embajadores eran unos cigarros ovalados y de tabaco oscuro, igual que los Delicados. En la azotea también estaban los caños muy gruesos, para recoger el agua de lluvia y llevarla al aljibe. Pero de tanto hablar, ya me olvidé de describir el interior de la casa. Si por el frente estaba la sala, del lado derecho, al contrario del aljibe, estaban los cuartos, en fila, que se comuni-

caban uno al otro, como después he leído que era el departamento de Musil en Viena. Esos cuartos tenían ventanas alargadas hasta el piso y con barrotes, que daban a la huerta por un lado y otra puerta que daba al corredor que rodeaba, por tres lados, el patio interior. En los cuartos las camas tenían mosquiteros, o sea, pabellón para proteger a los durmientes de los feroces mosquitos. ¡Qué persecución cuando uno de esos mosquitos se metía al pabellón! En la parte de atrás estaba el comedor y no sé por qué, junto a él, el baño. Todavía detrás del comedor, estaban la cocina y los cuartos de criados. La cocina tenía campana para el fogón, el fuego era de carbón y se mantenía un rescoldo para que el carbón pudiese prender en cualquier momento. Al fondo de la huerta, estaba el gallinero con muchas gallinas y un solo gallo. A esa casa, como buen cristiano, fue a morir mi abuelo. Durante su larga enfermedad, me tomaba del hombro para pasearnos de un lado al otro del portal. En esa casa también murió, de pronto, durante mi estancia ahí, mi bisabuela Chichí Charo. La besé antes de irme a la escuela por la mañana, y cuando regresé al mediodía, estaba muerta. Todavía, no hace mucho tiempo, mi primo Eduardo me comentaba: “¿Te acuerdas qué grande se veía muerta sobre la cama?”

### El parque y la iglesia de Itzimná

El parque era muy grande; pero no tenía árboles, sino sólo zacate, como le dicen en Yucatán al césped (María Luisa me aclara que también en otros lugares de provincia le dicen así); el único árbol que hubo ahí; durante un tiempo muy corto para mí, fue frondoso, bello, rojo cuando tenía flores, framboyán, tirado por el párroco de la iglesia sin pedir permiso y porque estaba pegado a su iglesia. Por tres lados el parque daba a calles con casas; por el cuarto, al fondo, donde de hecho terminaba la ciudad, al campo de béisbol. Ahí jugaban maravillosos partidos los cuatro equipos de Yucatán y, si nos portábamos bien, podíamos asistir a ellos. En ese parque mi primo Eduardo, Fernando y yo, le prendimos fuego al zacate. Nunca pensamos que se iba a extender tanto el fuego. Al ver los efectos de nuestra hazaña, pasamos a estar aterrados. Nos metieron a la comisaría y mi tío Álvaro, papá de Eduardo, dijo: “Que se queden ahí.” El mal se paga, pero no tanto: sólo estuvimos un día y una noche; suficiente para estar seguros de que terminaríamos en la cárcel de la ciudad, sin embargo. En ese parque, una vez al año, se instalaba la feria y había puestos en los que vendían toda clase de los muy variados antojitos yucatecos. Se tenía un miedo horrible en las sillas voladoras, pero nadie lo confesaba; era un placer subirse a la rueda de la fortuna. En esa feria tomábamos “algodones”, un dulce rosado muy esponjado y con un palito para detenerlo. Tomar algodones tenía algo infantil tal vez, pero en cambio no era nada infantil tomar toda clase de antojitos yucatecos pidiendo que nos los sirvieran muy picantes. La feria para mí sigue siendo un símbolo de vida, se hiciera lo que se hiciera, menos subirse al inofensivo

carrusel, uno se sentía muy valiente; y cuando se subía al carrusel para seguir siendo ante los demás valiente, uno se bajaba cuando todavía estaba en marcha. ¡Cómo deberían saber todo esto los sudorosos y grasosos empleados que se encargaban de montar la feria y manejar los aparatos! Pero ellos eran los empleados y nosotros los clientes.

No clientes, sino humildes creyentes, éramos los que íbamos a la iglesia de Itzimná. No era grande y estaba pintada de un rojo mucho menos fuerte que las flores del framboyán. ¿Por eso tiró el framboyán el padre Maldonado? Sería atribuirle un sentimiento de envidia y eso es imposible. Él era un santo varón. Uno tenía tanto miedo al confesarle sus pecados, no por temor a que fuese a revelarlos rompiendo el secreto de la confesión, sino porque en el momento de confesárselos, la contrición era perfecta, se estaba realmente arrepentido de haber pecado; teológicamente, uno se hubiera ido al cielo aun antes de recibir la absolución, ya que esta contrición perfecta ni siquiera la necesita. Pero lo malo era que esa contrición perfecta duraba muy poco y uno volvía a cometer los mismos pecados en seguida. En mi caso estos pecados en su mayor parte, por no decir en su totalidad, eran contra la pureza y consistían en tener *malos pensamientos*. Mi abuela nos hacía, a mi hermano Fernando y a mí, ir a comulgar todos los días. No oíamos la misa completa o tal vez sí. Yo recuerdo que éramos los únicos miembros del sexo masculino en cumplir tan fervorosamente con este sacramento. ¡Era hermoso tener a Dios en el interior, pero también era hermoso, y no se iba pensando en Dios durante el camino, ir hasta la iglesia! Estaba a menos de una cuadra de mi casa, sin embargo se gozaba profundamente de la hora tan temprana cuando todavía no empezaba a hacer calor. Había lagartijas en la barda de mi casa. Uno seguía detenidamente su rápido perderse de vista. La casa de mi tía Maruja estaba junto, con su enorme árbol de ciruelas chavales en el jardín. Se oían múltiples pájaros y también los llamados de las campanas de la iglesia. A veces se habían tenido sueños impuros. Esto no era pecado, pero sí seguir recordándolos gozosamente al despertar. Entonces el camino hacia la iglesia debería estar cargado de culpa. No era así. La culpa se sentía después, cuando no había nadie en los confesionarios para absolverlo a uno y no se podía comulgar. Cuando eso ocurría había que confesárselo a mi abuela. “Abuelín, no pude comulgar”. “Por qué”, preguntaba ella de inmediato y en seguida agregaba: “No me lo digas, allá tú con tu conciencia.” Se sentía, efectivamente, mala conciencia porque además, cuando esto había ocurrido, uno seguía teniendo malos pensamientos hasta dentro de la iglesia. La semioscuridad y el hecho de estar sentado solo en una banca propiciaba esta baja acción. En cambio mi abuela se puso como una fiera con la beata que le dijo que sus nietos eran unos mochos que comulgaban diario. De todas maneras el interior de la iglesia era agradable, con culpa o sintiéndose muy bueno, con Dios en el interior. Hace poco mi hermana Pilar que vive en Mérida, me mandó un recorte de periódico con una fotografía de la iglesia y una larga historia de la parroquia de Itzimná. Lo guardé tan religiosamente como guardo mis recuerdos. ♦

# Edmundo O'Gorman: hombre de ideas, hombre de vida (1906-1995)



JORGE ALBERTO MANRIQUE

Comentaba Edmundo O'Gorman que proponer una filosofía de "riesgo vital" no podía hacerlo quien practicara una vida pusilánime, tranquila, morigerada, de cuidadosas horas para comidas y medicinas.

Ese hombre, que fue sin duda una de las personalidades intelectuales más destacadas de nuestro siglo, si bien no tuvo una biografía de aventuras, crímenes o revoluciones, ni fue perseguido ni conoció cárceles, sí vivió una vida plena, apasionada, polémica, rica en relaciones personales, con amores y con enemistades consistentes. El modo riesgoso de su pensar y de su hacer historia se compagina con la vida desenvuelta que llevó en su juventud y en su madurez. Y aun ya en la vejez —como le dije alguna vez públicamente— "león viejo, tenía la melena encanecida pero la garra todavía terrible".

Edmundo O'Gorman y O'Gorman debía su doble apellido irlandés a la circunstancia de que una parte de su familia, la materna, había venido a México al negocio de minas apenas después de la Independencia; don Cecil, su padre, también técnico en minas, cuya familia no había perdido contacto con la parte de ella que había emigrado al otro lado del Atlántico, llegó tres cuartos de siglo después y casó con una prima lejana, Asunción, del mismo apellido.

Don Edmundo, nacido el 24 de noviembre de 1906, recordaba mucho a su padre y reconocía, más mientras más él envejecía, cuánto había influido en su formación. Sin duda la personalidad de don Cecil marcó a sus hijos; su amor por la pintura (él mismo fue un delicado artista) llevó a Juan a ser el destacado arquitecto y pintor que fue y a Edmundo a saber gozar y apreciar el arte, e incluso a practicarlo durante algunas temporadas; su gusto por la lectura y por la historia y su amistad con historiadores serían determinantes en el desarrollo intelectual de Edmundo.

Después de estudiar en escuelas particulares y de pasar exámenes en la Nacional Preparatoria (en San Ildefonso) para poder tener el grado de bachiller, ingresó a la Escuela Libre de Derecho, donde obtuvo el título de abogado. Su trato

con el derecho no fue un simple paso obligado: fue un trato profundo. No sólo practicó la abogacía en forma brillante por una década, sino que su práctica posterior de la historia a menudo está estructurada en forma de alegato jurídico y sus numerosas y famosas polémicas también semejan requisitorias de tribunal. Él mismo se complacía en hacer notar esa característica.

Pero el hombre estaba picado por la historia. Ya en 1937 publica, como parte de un homenaje a la Escuela Libre de Derecho en sus veinticinco años, su *Breve historia de las divisiones territoriales...*, primera obra que publicó, y que es un trabajo que une lo histórico con lo jurídico.

En la editorial-imprensa Alcancía, empresa cultural que fundaron y mantuvieron él y su amigo desde la adolescencia Justino Fernández, además de publicar poesía de vanguardia (García Lorca, Nicolás Guillén, Renato Leduc...) se publicó, también en edición reducidísima, con prólogo suyo, la *Relación del Conquistador Anónimo* en 1938. Ese año es el del cambio de vida de O'Gorman: abandona la abogacía y sus éxitos en los tribunales, ingresa como subdirector al Archivo General de la Nación e inicia una larga serie de publicaciones de documentos en el *Boletín* de éste, que continuarán durante diez años. Simultáneamente publica artículos de temas históricos en revistas de cultura, asiste a congresos, ingresa a la Facultad de Filosofía y Letras, con lo que establece su relación con la Universidad, que mantendrá hasta su muerte. Vale señalar el prólogo a su edición de la *Historia natural...* de José de Acosta (Fondo de Cultura Económica, 1940) donde ya están presentes los principales elementos de su método y de su pensamiento histórico. Realiza también una serie de importantes traducciones de textos filosóficos e históricos (Adam Smith, Hume, Figgis...)

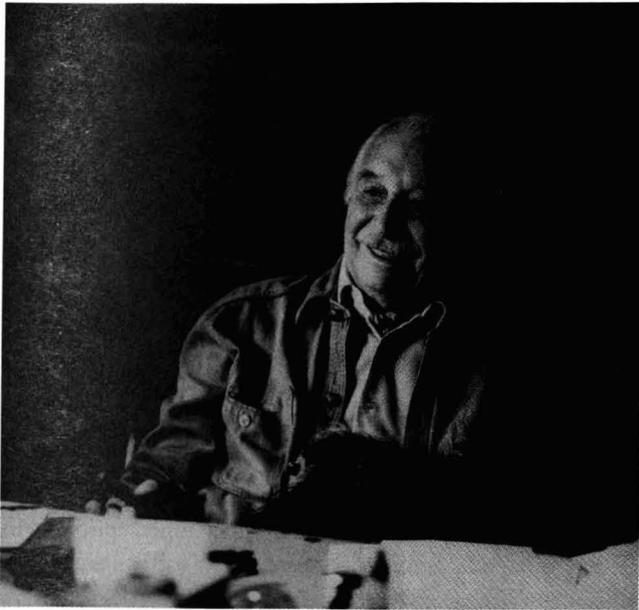
La presencia de los intelectuales españoles trasterados a México propicia un buen campo de cultivo para sus ideas. Entre ellos sobre todo el filósofo José Gaos, discípulo prominente de Ortega y Gasset —a quien los mexicanos leían con

gran interés—, con el cual O’Gorman y Justino Fernández establecieron por toda la vida una fructífera amistad.

En 1942 aparece *Fundamentos de la historia de América*, primero de los textos del *corpus* del pensamiento histórico filosófico de Edmundo O’Gorman. El segundo, el más estrictamente teórico en el plantear una nueva manera de hacer historia, es *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, de 1947. Le sigue en 1951 *La idea del descubrimiento de América* y su complemento y culminación es *La invención de América*, de 1958.

Las ideas de O’Gorman tienen que ver con la filosofía vitalista de Ortega y Gasset, con las corrientes de la filosofía existencialista de Heidegger, pero también con la filosofía de la Ilustración y con Vico. A partir de su profundo conocimiento de la filosofía y de su comercio constante con los autores de historia —desde los mismos Herodoto y Tucídides, a quienes editó y prologó— O’Gorman crea su propia teoría del que-

Regelio Cuéllar



hacer histórico, seguramente la más importante que se haya hecho en México y una de las más destacadas en el siglo.

No me sería aquí posible referirme a esa teoría. Pero señalaré sólo que su historicismo parte del principio de que no es posible hacer historia sin preguntarse profundamente en qué consiste esa tarea, y sin reflexionar sobre las cuestiones fundamentales de ella. Así, el *hecho* histórico es siempre necesariamente una interpretación, y como tal es variable según el tiempo, la circunstancia y el individuo que la realiza; que la historia no está sino en nuestra memoria, y por lo tanto depende de nuestras necesidades anímicas cambiantes; o aceptar la contingencia como parte del devenir histórico y entender que hacer historia es una manera de preguntar por nosotros mismos así como una manera de expresarnos. De tal modo, la historia es para él una ciencia si atendemos al rigor con que debe practicarse, pero no una ciencia equiparable a las ciencias naturales o exactas.

Sus ideas causaron rechazo, sobre todo en los historiadores tradicionales, mientras atraían a los jóvenes y los estudiantes. La práctica de la historia fue cambiando gracias tanto a su cátedra y sus seminarios en la Facultad de Filosofía y Letras (y en la Universidad Iberoamericana) como a la influencia de sus libros, artículos e intervenciones en congresos. Pronto alcanzó un prestigio internacional y fue invitado a dar conferencias en Universidades de Estados Unidos y de España, y conoció la edición en inglés de *La invención...* traducida por él mismo. Fue comentado, favorable o desfavorablemente, por historiadores de muchas partes del mundo.

Su enorme capacidad de trabajo lo llevó a publicar en ediciones anotadas que propusieron nuevas interpretaciones y lecturas a una buena cantidad de clásicos de nuestra historia, muy especialmente a Motolinía (los empeños de O’Gorman culminaron en la reconstrucción de lo que debe haber sido su obra perdida), a Bartolomé de las Casas, a fray Servando Teresa de Mier... Varios de esos trabajos los hizo con los miembros de sus seminarios de historiografía, tanto en la Facultad de Filosofía y Letras como, después, en la Universidad Iberoamericana.

En todos sus numerosísimos trabajos puede encontrarse siempre la práctica de sus principios, el rigor en la investigación, la novedad de sus hipótesis y la solidez en el desarrollo de su idea. Dada su personalidad, no rehuyó a las polémicas, en las que era temible por la contundencia de sus argumentos, la elegancia de su escritura y la capacidad de ironía.

A algunos trabajos suyos, más personales, les tenía un cariño especial, como *Fray Servando, el heterodoxo guadalupano* (1981), o bien *México, el trauma de su historia* (1977), así como *Destierro de sombras*, sobre el origen y culto de la Guadalupeana (1986).

Edmundo O’Gorman, maestro y doctor en historia, fue profesor de la Facultad de Filosofía y Letras y de la Universidad Iberoamericana, miembro del Instituto de Investigaciones Históricas, miembro honorario del Instituto de Investigaciones Estéticas. Fue Profesor Emérito y Doctor Honoris Causa de nuestra Universidad; también fue emérito de la Iberoamericana. Fue miembro de número de la Academia Mexicana de la Historia, de la cual sería director, y también de número de la Academia Mexicana. Entre las numerosas distinciones a que se hizo acreedor están el emeritazgo del Sistema Nacional de Investigadores, el premio Rafael Heliodoro Valle y el Premio Nacional.

Todos esos reconocimientos no son sino una consecuencia natural de su personalidad intelectual. Los hubiera tenido o no, su gran mérito reside en algo más substancial: su pensamiento teórico, su infatigable y riguroso quehacer histórico, su formidable labor magisterial a través de varias generaciones de discípulos. Yo agrego: su gran calidad como amigo.

“Sin ser hombre de mundo —dijo Gaos y lo recordó Justino Fernández en un homenaje a O’Gorman en 1968— no se puede ser gran historiador.” Él lo fue. ♦

Noviembre 1995

# Carta a Edmundo O'Gorman



SERGIO FERNÁNDEZ

Maestro:

Al pensar en que usted me dijo en alguna ocasión que no quería ningún acto solemne a su fallecimiento; después del dolor recibido cuando lo vi ya enfermo, ahora presumo que lo único conveniente será revisar —con este grupo de amigos suyos que tanto lo admiraron— unos cuantos momentos divertidos para acompañarnos mutuamente. Éste es pues, mi duelo; éste es pues, mi acercamiento a usted, parte afecto profundo, parte admiración y reconocimiento en el entendido de que al escribirle esta carta no será la última vez que estemos juntos, ya que temprano, más que tarde, nos comunicaremos otra vez. Han sido tantas, que es imposible recordarlo. Por eso, para evocar a los fieles que le mandaban recaditos a Dios prendidos al cuerpo de la niña Natividad Quintuche, le pongo uno a usted, que siempre tuvo un tan intenso diálogo conmigo, el más difícil habido en mis relaciones personales; el más amplio y culto, también.

Pero *Torotumbo*, la novela de Asturias, abraza a la indiecita con ternura, mientras entre usted y yo hubo una relación de padre a hijo más bien estricta, lo que la volvió para mí redentora. Usted me enseñó a usar los cubiertos, a ser puntual, a estructurar mis tesis allá, en la lejana Mascarones, a ser una fiera y no un conejo, a saber del padre Las Casas, a leer a Voltaire, a Hume, a Diderot; a conocer a Kant y a Hegel. Me enseñó a amar a la Universidad y me advirtió de las distancias necesarias para uno defenderse del poder de las mujeres que fueron, a qué dudarle, el eje emotivo de su vida. El otro, obviamente, es la historia: pero no fue sólo un gozne intelectual sino también uno espiritual que lo llevó a vivir con desenfado y alegría sus años que —como los de todos— se consumen muy rápidamente.

¿A qué más me enseñó? La lista sería interminable. Conversamos, conversamos, conversamos o, si he de ser sincero, más bien yo escuchaba. Viajamos algunas veces juntos y tomamos la copa en El farolito de Cuernavaca donde por

cierto una vez, en nuestra mesa, un gringo amigo suyo fue acometido por lo bajo del mantel por otro, un viejo conocido nuestro. El gringo se levantó a pegarle y usted le dijo: “Quieto: cuando llegue a mi edad verá que todo manoseo es un gran cumplido.” Y apenas tenía usted cincuenta.

La vida era frívola y culta pues ésta, sin la frivolidad, enfría el alma, decía usted, que siempre ha sido Jano. A este respecto recuerdo que sábado a sábado leímos la novela de Proust como un gran chisme para volverlo nuestro; por eso, divertidos y maravillados a un tiempo, buscamos entre otras muchas pistas afanosamente quién fuera Venteuil en la vida y sobre todo la *frase* que a Swann lo perturbaba en la partitura del músico por recordarle sus primeros encuentros con Odette.

¿Quién sería? ¿Saint-Saënz, César Frank, Fauré, Chausson? Pero el tiempo se comía a la vida, imperceptiblemente. Por otra parte también se nos iban las sobremesas de los miércoles —en su casa de la calle Reforma— al escuchar y atentamente *La invención de América* y saber a quiénes usted, con su pluma asesina, tenía ya en los panteones y quiénes estaban en la mira: García Granados, Picón Salas, Bataillon, Octavio Paz y otros muchos ilustres que no se salvaron de la guadaña que los derribó. A unos pánico, a otros respeto y amor: eso sembraba usted. ¡Ah, cómo es bello y deferente recordarlo en plena acción batallando, pues pelear fue, en usted, el alimento cotidiano!

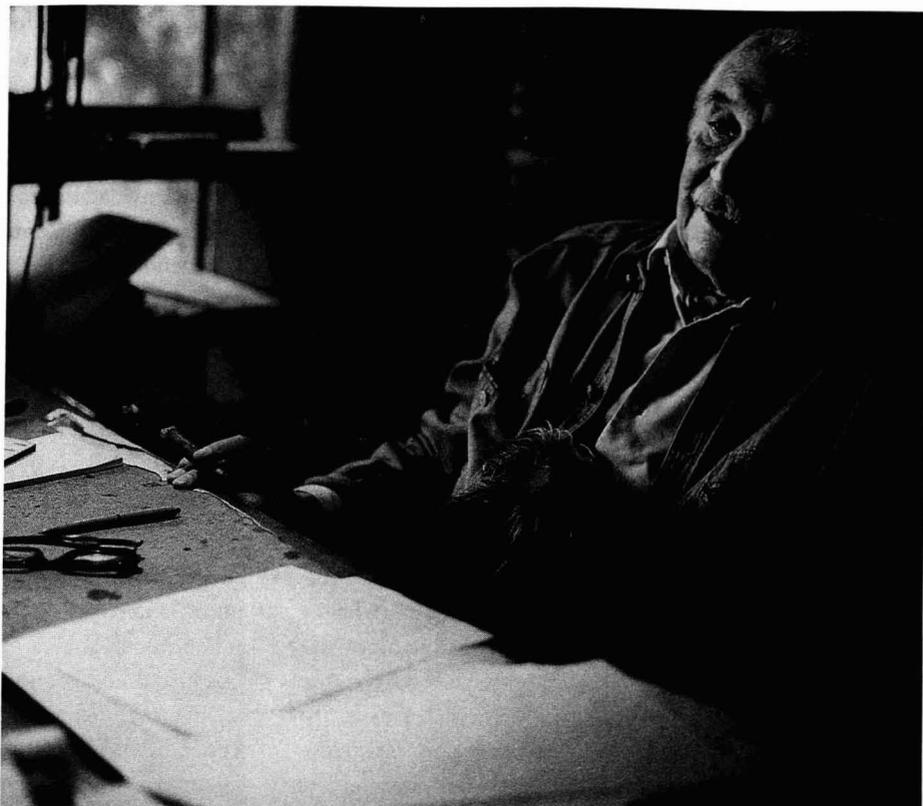
Por eso me doy el lujo de rememorar ciertos encuentros, para que usted, Maestro, diga: “es cierto, yo se lo dije a usted: escriba, escriba, aun cuando a veces no esté de acuerdo con sus propuestas literarias, a las que considero pedantes y arbitrarias”.

Y a manera de núcleos de vida, sigan unos cuantos más para regodearme en nuestras mutuas relaciones, arcaicas pues ya todo pasó; actuales ya que siempre están en la memoria aunque usted y yo no nos volvamos a ver nunca más, nunca, como no sea a través de la invocación —fuertemente emotiva— que es esta carta.

“Llegue usted en punto de las ocho. Mis invitados serán, esta vez, Elisita, los del Moral y el Gringo de la Mora, Barragán, Justino, Toño Peláez y Gaos. Necesitamos mujeres bonitas: le diré a Tere Archer y a la Quiquis. Dígale a Elisita que me traiga el postre: los hace excelentes; usted, vino o lo que se le ocurra. A Paco de la Maza lo dejamos fuera porque últimamente me enferma. Al convidado principal —a Cernuda— lo recibiremos cuando usted lo traiga porque ya me dijeron que es una tumba, de modo que tendremos que lidiarlo aparte.”

Fue la cena más plombrínea que yo recuerde que hayamos tenido en muchos años. Gaos, pendiente del reloj, miraba constantemente la hora de charlar, de comer; cuidaba del diálogo —siempre en las alturas de la filosofía, aunque riera— y se retiraba antes de tiempo. Pero si Gaos puso remedio al irse, Luis Cernuda nunca lo tuvo en las horas en que con lazo oscuro nos amarró a su tedio. Impávido, vestido como un dandi si bien a la andaluza, jamás tuvo la pizca de humor que lo hubiera salvado de tanta oquedad almacenada. Por eso paradójicamente nos dejó deslumbrados aquellas horas en que acaso pensaba —al escucharnos en silencio— en sus poetas ingleses preferidos o atreviéndose a decir, para romper el hielo, lodosas frases sobre su destierro en Estados Unidos.

“Yo no sirvo más que para escribir”, nos dijo al retirarse; y usted, que lo escuchó, le contestó: “Hágalo, hágalo, Luis, que nosotros *sólo* estaremos dispuestos a leerlo.” Pero al irse ambos (Gaos y Cernuda), los demás suspiramos como si la vida, a raudales, nos llegara al estómago y entonces —con adictos o nuevos invitados— entrábamos, como en los viejos salones porfiristas, a leernos cartas previamente inventadas, dirigidas entre nosotros; cartas que nos leíamos: cartas —digo— inteligentes y malvadas, que mucho nos entretenían, ya sobre los celos, o el tedio, o la crueldad, o la amistad o, naturalmente, el amor. O nos sumergíamos en otra fiesta, en la algazara del alcohol, con Luis Prieto, Chelo Abascal, Pitol y aquella chica linda —Paloma— con quien usted tenía sus dares y tomarses. Pero como habían roto, usted inventó que yo le sirviera de “Celestina”, tal como se hizo, porque me encanta ese papel. Entonces... el gozo al pozo porque ella, de pésimo carácter, en el interior de su coche (por razones de encono) me afianzó de la corbata para intentar ahorcarme por lo que yo (que compré un ramo de flores con dinero de usted), para



quitármela de encima se lo aplasté en el centro mismo de la cabeza.

Entonces Paloma, furiosa, se bajó del Studebaker por lo que nos quedamos, usted sin hablarme por un tiempo, igualmente furioso, y los demás con el espectro de aquella diminuta guerra de las rosas.

No sé en qué momento —quizás al cumplir usted sesenta años de vida— Elisa Vargaslugo y yo le hicimos una gran recepción —¿lo recuerda?— en el restaurante Ambassadeurs, todo de gala con sus alumnos y amigos convidados, gente de alcurnia —ahora cadáveres de lujo— desde Dolores del Río a Carlos Pellicer; desde Nabor Carrillo hasta Salvador Novo quien, sentado frente a Justino Fernández tuvo con él un breve y singular diálogo: “Salvador, eso que tiene sobre la cabeza es un tupé”, le dijo Justino con la sorna de siempre. A lo que Novo contestó coqueta y descaradamente: “No, Justino, tupé es ponérselo.” Y llevaba, en efecto, una peluca anaranjada, color más bien zanahoria, que lo hacía muy feliz.

En aquella ocasión hablamos Ortega y Medina, Gaos y yo mismo, por lo que al día siguiente, para agradecerme usted el homenaje me convidó a cenar y me dijo: “Recibí su libro. Lo leí con gran atención: usted tiene mucho talento pero su novela es pésima, lo que se dice pésima, a menos que le componga esto y eso más y aquello.” Yo no contesté de rabia por lo que la situación se volvió embarazosa, pero pasado el tiempo tuve que confesarme que era cierto; que el libro no era literatura; que sólo era una enseñanza que a mí mismo me di. Esas fueron las experiencias que me enriquecieron, las

que me hicieron un adulto; las que le debo a usted lo mismo en las tardes de lluvia, que en los días soleados, que en las noches de juerga pasadas en su casa para solaz de sus amigos, que lo fueron hasta su fin.

Pero recordemos aquella reunión de disfraces que, para celebrar otro cumpleaños, en este caso el mío, hizo Toño en su casa: yo de marinero niño, con pantalones cortos y una gran corbata de lazada blanca; Pina Pellicer de rana; la Chacha no sé de qué; Roberto Garza de alquimista, con dos redomas en las manos, Lola Feliú de *twenties*, Amelia Abascal de Maritornes, Tita Casasús de marquesa, Pita Amor de sí misma y usted, Maestro, de pirata. Los demás enjaezados, en jolgorio suicida. Entonces fue usted el asaltado: Pina lo atacó a rasguños por celosa y Lola le dio a ella un empujón para librarlo a usted, por lo que ella rebotó en el suelo y se le hinchó la cara, de nervios, mientras Mauricio González de la Garza comenzó a gritar —nadie sabe por qué— “ladrones, ladrones”. La fiesta continuó en delirios, como siempre, pues para eso parecía que hubiéramos nacido. Pero antes, usted, de plácemes, se quitó el parche que tienen los piratas y en plena fiesta, nos leyó un parrafito que decía: “El verdadero amor sólo se reconoce por sus aberraciones; pero éstas son tan sorprendentes, tan inexplicables para cualquiera otra persona, que el verdadero amor casi nunca se reconoce.” Entonces comprendimos que toda relación es peligrosa.

¿Y la Academia? Seguía por su cuenta, paralelamente, sin distraernos de nuestras lecturas a dúo: ya Dostoievsky, ya *El Quijote*, ya Virginia Woolf o Henry James. “La cultura es la vida... a los clásicos hay que leerlos sin miedo, como íntimos amigos; ...la civilización es para aligerarnos la existencia: *sursum corda*. Sólo la literatura nos entristece sin ensombrecernos pero ¡qué experiencia! Se llega al fondo del infierno, pero si se sale, es para convertirnos en algo diferente. Eso es: un gran escritor nos transforma y debe entretenernos. Pero en los grandes, como en los pequeños, también hay algunos atroces: ¿No le dan pereza Wagner y Goethe? Son los que formaron el nazismo... Páseme, por favor, otra copa de vino...” Y usted siempre vigilante de nosotros, queriéndonos a su manera, látigo en mano, riñas aquí y allá, para luego borrón y cuenta nueva.

En cuanto a mí, reitero que el motivo de esta carta es comunicarme con usted sin solemnidades; para no tropezarnos —según su deseo— con las miserias a las que a veces nos conduce... “pensar y sentir, cosas ambas muy tristes”. Por eso traeré a colación aquella fiesta en que el propio Toño hizo una en honor de la Félix. La casa de Rosas Moreno abarrotada: Tamayo cantando a la guitarra sus sonos revolucionarios, con un sonsonete entre aburrido y deslumbrante; algunos negros del ballet de Katherine Duncan; jóvenes de mi generación, todos enloquecidos por lo que daba la ciudad, maravillosa a esas alturas de su historia; y Tinina Calles, la Garro, el doctor Fournier y Carito Amor, Cordelia y Margarita Urueta, la bella Olivia Zúñiga, la no menos hermosa

Gloria Cándano. Todo mundo opacado por la presencia de María quien, vestida de pantalones y con botas, hizo su entrada inundándonos con un collarsote de esmeraldas y un enorme brillante en un dedo, por lo que usted, al saludarla, le dijo: “María, déjame tocarte ese vidrio...” Y ¿quién llegó sin ser convidada? Pita Amor que, con un gran vaso de cristal a la mitad de agua, con una amapola en el centro, se presentó diciendo: “Toñito, ¿verdad que me esperabas? Esta flor es para María.” Y se metió a la fiesta sin ser convidada, con una faldita muy corta de organdí, su cara de muñeca y sus dientes de lobo.

La sala —digo— estaba tan a reventar que Pita quedó en el lado contrario de la Félix. Pero se las amañó de tal modo que cuando acordamos ya estaba junto a ella y en unas y las otras le pidió prestadas las joyas y, cuando logró ponérselas se trepó en la pequeña mesa de la sala y gritó a voz en cuello: “Torero, torero...” por lo que usted, sin mayor premura, la llevó del brazo hasta la puerta y le dijo: “Pita, basta”, y la echó de la casa. Toño entonces comentó en voz alta: “Es bruja; no sé cómo se enteró de la fiesta. Guadalupe me va a matar de un coraje; qué bueno que Edmundo la corrió, debió haberla echado a patadas.” Pero luego volvió y empezó a decir sus versos, inconteniblemente, por lo que la Félix pasado un rato se levantó y se fue, ella sí, para siempre.

Mucho tiempo pasó. Usted y yo nos distanciamos, sin dejar de querernos. *You were too much*, por lo que me retiré a asimilar sus enseñanzas, todas inteligentes, irónicas, con sus grandes flancos de generosidad y de diabolismo a un tiempo: todas, por eso mismo, irrescatables. Luego vino otra vez la cercanía: la muerte de Gaos y una carta mía de condolencias arreglaron nuestras desavenencias. Pero usted, que la aceptó, le dijo a Toño: “Me escribió Sergio. Su carta es demasiado perfecta para creerla. Pero me gusta y me gusta —a fin de cuentas— lo que hace.”

Luego, de tanto asediario, usted cedió a regañadientes por lo que poco a poco se restañaron aquellos rencores de un padre estricto y querelloso con un hijo rebelde. Por eso de tarde en tarde lo veía, lo besaba en la frente y recordábamos, en silencio, nuestra amistad de siglos.

Debo ya terminar no sin agregar que ignoro —con indignación— por qué no fue velado en Bellas Artes y por qué no está en la Rotonda de los Hombres Ilustres. Sin embargo todos nosotros sabemos que si usted no está allí sí en cambio se halla en la esfera de las inteligencias luminosas. La historia, raramente enjaezada con una imaginación como la suya, ha apoyado esta empresa.

México, D.F., Los empeños, San Ángel a 30 de octubre de 1995.

P.S. Maestro: Este recado es parte de lo cotidiano. Lo fundamental queda reservado para una biografía. ♦



Llegaste a llanura verde  
de huasteca oscura por las once de la noche  
del primer día de un año de 1900  
con chillido de grillos, ladridos y rebuznos esparcidos.

Dicen.

Llegaste entre gritos y con gritos.

Moreno y lacio.

Dicen.

Rasgos prestados de niño  
o tiempo corto con horizonte de cerros  
entre jacales, ganado y...  
Gratuita agresividad en torno.

Acumulada ahora larga soledad  
de veinte años y más,  
vida sin vida, muerte sin muerte,  
nada pisando sobre enigmas;  
con traje negro de gala  
por calles de ciudad  
con ojos que se te quedan  
mirando gentes y cosas externas que no miras  
porque te miras: larga soledad ahora.



Técnica mixta, 28.5 x 20 cm c/u

# La dimensión social del Yo y de la identidad personal

◆  
LEÓN OLIVÉ

## I

El problema de la identidad personal ha preocupado profundamente a los mejores filósofos de nuestra tradición occidental. Básicamente el problema tiene dos aspectos: uno es el de qué es una persona, qué es lo que le confiere su *identidad*, qué es lo que hace que sea *esa* persona y no otra. El otro aspecto es el de bajo qué condiciones una persona A es la misma que otra persona B, digamos en momentos diferentes del tiempo; ¿por qué, por ejemplo, yo soy *la misma persona* que era ayer, hace un año o que cuando era niño?

Una muestra significativa de las discusiones contemporáneas sobre este problema se encuentra en un volumen que recientemente ha publicado la UNAM, y que recoge las contribuciones que se presentaron en un simposio del Instituto Internacional de Filosofía, celebrado en México, especialmente dedicado al tema de la identidad personal y la colectiva. (Véase L. Olivé y F. Salmerón (eds.), *La identidad personal y la colectiva*, UNAM, México, 1994.)<sup>1</sup>

Algo que resalta en todas las contribuciones a ese volumen, y que refleja correctamente el sentido en que se ha encaminado la reflexión filosófica sobre el tema, es que hay una interpretación de la identidad personal que subraya *la dimensión social de las personas*. El meollo de esta tesis, la cual ha ganado terreno de manera significativa en los últimos años, es que las personas, en un sentido importante —que requiere cuidadosa elucidación— son *construcciones sociales*. Eso implica que hay una dimensión social que es constitutiva del Yo y de la identidad de las personas. Pero al hablar de *una dimensión social* del Yo, se

<sup>1</sup> El volumen recoge las cinco contribuciones al simposio: del filósofo francés Pascal Engel, del filósofo de origen indú J. N. Mohanty, del filósofo japonés Tomonobu Imamichi, del filósofo mexicano Luis Villoro, y la del autor de este artículo. La lectura del volumen, que incluye una amplia e ilustrativa introducción de Fernando Salmerón, dará al lector una buena idea acerca de los principales aspectos de las recientes discusiones filosóficas en torno al problema de la identidad personal y colectiva.

está dando por supuesto que hay otras dimensiones del Yo, que no son sociales, es decir, que la dimensión social no es la única dimensión que constituye al Yo.

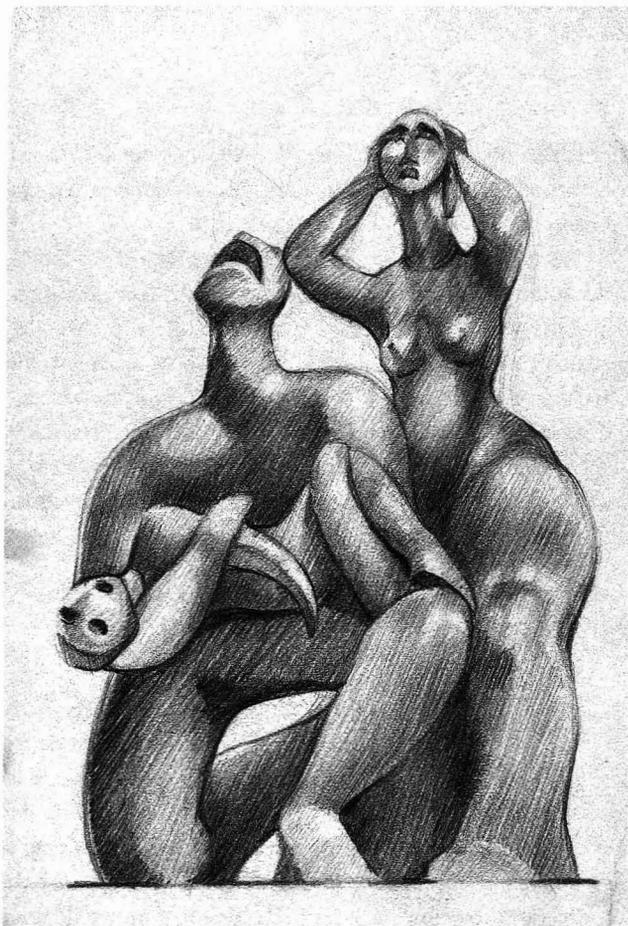
Aunque presentadas desde diferentes perspectivas filosóficas, y con matices distintos, las propuestas del filósofo francés Pascal Engel y del filósofo de origen indio (de la India) —actualmente profesor en los Estados Unidos— J. N. Mohanty, incluidas en el volumen mencionado, pueden combinarse coherentemente en algunos aspectos, para formular una interesante concepción del Yo y de la identidad personal, compatible con la preocupación de muchos autores contemporáneos de entender mejor esa dimensión social del Yo.

## II

Pascal Engel, en su artículo “Las paradojas de la identidad personal”, comienza por recordar acertadamente una de las concepciones clásicas en la filosofía occidental acerca de la identidad personal, la de John Locke. Para este filósofo del siglo XVII, una persona es un ser reflexivo que tiene acceso a sus propias percepciones y pensamientos desde el punto de vista de la primera persona, es decir, desde el punto de vista del Yo. El criterio de identidad personal —es decir, la condición necesaria y suficiente para que alguien sea una persona— es la conciencia. Yo sé que soy la misma persona que era hace unas horas, meses o años, porque soy consciente de mis estados presentes y de mis estados pasados. Mi identidad, entonces, depende de que recuerde mis estados y mis experiencias pasadas; depende, pues, de la memoria. Así, el criterio de identidad personal se reduce a la memoria. Para Locke, entonces, el único hecho constitutivo de la persona y de su identidad es la continuidad de la memoria.

La concepción lockeana resulta interesante a primera vista, sin embargo enfrenta enormes dificultades. Dos de las más importantes se formularon ya en el siglo XVIII. La primera la

presentó Thomas Reid: si el criterio de la identidad personal es la memoria, alguien que no es consciente de un acontecimiento que le ocurrió en el pasado, deja de ser la misma persona. Bajo este criterio, un amnésico sería una persona distinta de aquella que tuvo las experiencias que él ya no recuerda. La otra objeción la formuló Joseph Butler: si el criterio de la identidad personal es la memoria, entonces caemos en un círculo vicioso, porque la continuidad de la memoria sólo debe referirse a *nuestros* recuerdos —o de otra forma no nos identificaría a nosotros mismos—, pero entonces el criterio de la memoria descansa en la posibilidad de identificar los recuerdos como *nuestros*, y para que eso sea posible es preciso identificarnos a nosotros mismos previamente como individuos. Por lo tanto, la memoria presu-



pone la identidad personal. ¡Pero se pretendía que la memoria fuera el criterio de la identidad personal!

Pascal Engel conecta lúcidamente los términos de la concepción lockeana con algunos aspectos de los debates contemporáneos. Al entrar de lleno en ellos —que, como todos los que se refieren a auténticos problemas filosóficos, son interminables—, Engel aprovecha dos intuiciones de dos concepciones antagónicas. Pero a su juicio —y estoy de acuerdo con él— ambas intuiciones son correctas y pueden formularse de manera que resulten compatibles entre sí. Engel toma de cada una de ellas lo que tienen de acertado, y disuelve la alternativa entre las llamadas concepciones reduccionistas y antirreduccionistas en cuanto al

problema de la identidad. El reduccionista sostiene que una persona es un conjunto de hechos físicos (si se trata de un reduccionista fiscalista), o de hechos psicológicos (si se trata de un reduccionista psicologista, como Locke). El antirreduccionista sostiene que las personas están constituidas por hechos irreducibles ya sea a lo meramente físico, o a lo meramente psicológico, o a ambos.

La concepción de Engel “consiste en admitir con el reduccionismo que, en cierto sentido, una persona no es otra cosa que un conjunto de hechos físicos y psicológicos que aseguran su continuidad”; pero con el antirreduccionismo admite “que no es posible reducir a las personas a hechos impersonales” (p. 61 [todas las citas, a menos que se indique otra cosa, se refieren al volumen sobre *La identidad personal y la colectiva*, antes mencionado]).

La idea intuitiva central de la concepción de Engel, que él desarrolla técnicamente con detalle, es que una persona es un conjunto de hechos físicos y psicológicos, pero no es únicamente ese conjunto de hechos. Una persona además está constituida por otro conjunto de hechos, que técnicamente se les llama *supervinientes*, los cuales dependen de los anteriores —de los físicos y de los psicológicos—. Pero si bien los hechos supervinientes dependen de *algunos* hechos físicos y psicológicos, su existencia no depende de *esos* hechos en particular, sino que bien podría depender de otros hechos físicos y psicológicos distintos (esto es precisamente lo que significa el término *superviniente*).

Los hechos supervinientes que constituyen a una persona no son los hechos llamados internos, o subjetivos, por ejemplo, las experiencias físicas, los estados físicos y psicológicos de cada persona —los cuales forman el sustrato necesario de hechos físicos y psicológicos para que haya una persona—, sino que son los hechos externos, las relaciones y las convenciones sociales, que también constituyen a las personas.

Sobre esto profundizaremos más adelante. Por lo pronto subrayemos que en la concepción de Engel éste es el elemento al que nos referimos al principio y que alude a la dimensión social de las personas, a la dimensión social que es constitutiva del Yo y de la identidad de las personas, si bien queda claro que no es lo único que constituye al Yo.

Ahora bien, el conjunto de hechos físicos y psicológicos, aunado al conjunto de hechos externos (determinados por las relaciones con otras personas y con un entorno social), deben tener una condición de agrupamiento para que constituyan a una persona. Y eso, dice Engel,

es algo que está mucho más cerca de lo que Kant llama la unidad de la conciencia de sí a través del tiempo, según la cual una persona es lógica o conceptualmente anterior a los estados y a los acontecimientos que le atribuimos. Los hechos que reagrupa esta unidad pueden ser vagos, pero esta unidad misma no puede ser vaga (p. 57).

Una de las contribuciones importantes de Engel consiste precisamente en la insistencia —que argumenta con de-

talle en su trabajo— en que debe haber esa “condición de agrupamiento”, que es la que garantiza la unidad de la persona. Entre otras, esto tiene la importante consecuencia de bloquear una posición reduccionista que pretenda circunscribir lo que es una persona a un conjunto de hechos impersonales (físicos o psicológicos). Un ejemplo de una muy influyente posición reduccionista psicologista en los últimos años es la de Derek Parfit, a la cual Engel se opone explícitamente mediante una cuidadosa discusión (véase D. Parfit, *Reasons and Persons*, Oxford University Press, Oxford, 1984).

En este punto es donde podemos apreciar una interesante complementación entre la propuesta de Engel y la de Mohanty, pues este autor ofrece un iluminador análisis que permite entender mejor la constitución del Yo, que sin dejar de tener la unidad que exige Engel —unidad que, como hemos visto, es una condición de posibilidad de las personas—, a la vez está compuesto por niveles complejos. Pero antes de repasar esas ideas de Mohanty, subrayemos —para terminar esta sección— que si una persona es un conjunto de hechos físicos y psicológicos, *más* un conjunto de hechos externos, y todos ellos constituyen a una persona en la medida en la que hay una condición de agrupamiento de tales hechos, entonces lo que es fundamental para la continuidad de la persona —y para su identidad, es decir, para que siga siendo la misma persona— no son cada uno de esos hechos particulares, ni siquiera un subconjunto importante de esos hechos, sino que lo fundamental es eso que estamos llamando *condición de reagrupamiento*, y que debe incluir a la conciencia y a la memoria —como sugirió Locke— pero no sólo a ellas. Como veremos, debe incluir también —de manera central— la capacidad de proyectar, de anticipar un horizonte futuro.

### III

La complejidad de la unidad de la persona, en efecto, ha sido claramente expuesta por J. N. Mohanty en su contribución al volumen multicitado, y cuyo título es elocuente: “Capas de yoidad”. Mohanty defiende la idea de que “una persona es una estructura muy compleja, consistente en... capas de yoidad”. Con esto, que ni siquiera pretende desentrañar exhaustivamente las capas que constituyen el Yo de una persona, Mohanty hace una importante contribución al análisis de la identidad personal, señalando diferentes aspectos, que en muchas ocasiones son tratados sólo de manera aislada.

Mohanty distingue entre el sujeto, el ego, el Yo y la persona. El *sujeto* “...es la fuente de actos intencionales como percibir, creer, pensar, imaginar; también esperar, desear, amar y odiar” (p. 24). Este autor llama subjetivo a todo lo que está caracterizado por la intencionalidad, con lo cual, lo subjetivo no es coextensivo con la conciencia, ni con lo mental, pues en su sentido, por ejemplo, hay aspectos del cuerpo que al estar caracterizados por la intencionalidad

—en sus movimientos, por ejemplo— son subjetivos, pero no mentales.

“La idea del *ego*... es la idea de mi vida mental interior en su soledad, separada de mi participación en el mundo y en la sociedad” (p. 25). Si suspendo mis creencias en el mundo —lo que Husserl llamó la *epojé*—, “encuentro que yo mismo soy un continuo flujo temporal de experiencias, no en el tiempo físico, en el tiempo del mundo objetivo, sino en el tiempo interior, en el tiempo vivido...” (*idem*).

El *Yo* “es el ego vestido con las ropas de la sociedad” (expresión que Mohanty toma de Maurice Natanson). Vive, actúa y crece en el tiempo y la historia reales (*idem*).

Para usar la llamativa frase de Maurice Natanson —continúa Mohanty— la persona es una “actualización biográfica del Yo”. Las personas son Yoes “cuyas identidades han alcanzado expresión”. La persona también es un sujeto, un ego y un Yo. Sin ser un sujeto, sin tener la posibilidad del aislamiento reflexivo que es el destino de un ego, y sin disfrutar la identidad social e histórica que pertenece a un Yo, una persona no sería una persona (*idem*).

Es interesante mencionar aquí que la concepción de Mohanty, por la forma en que entiende la intencionalidad y la subjetividad, y por las consecuencias de esto para comprender a la persona y su cuerpo, es semejante a una que sostuvo Ferrater Mora. Este filósofo, en efecto, sostenía que

*el hombre es un modo de ser un cuerpo* —lo que incluye las relaciones entre este cuerpo y el mundo circundante—. Así, si el hombre se distingue de otros seres biológicos no es porque, a diferencia de ellos, posea alguna realidad además del cuerpo; es por el modo como el cuerpo, su propio cuerpo, es y funciona (José Ferrater Mora, *El ser y la muerte*, Alianza Universidad, Madrid, 1988, p. 95).

Mohanty, por su parte, dice: “Las personas están también encarnadas. La concepción que quiero proponer es que los cuerpos humanos son también intencionales.” El que una persona sea una entidad intencional quiere decir —continúa Mohanty— “que es ella misma la fuente de la intencionalidad. Una persona piensa, cree, ama, espera, desea. Su ser y su naturaleza enteros consisten en ese estar relacionados intencionalmente con el mundo y con otras personas” (p. 26).

Con esto se pretende superar el dualismo cartesiano del fantasma-en-la-máquina. No es que las personas sean cuerpos que se mueven animados por una intención mental interna. No, las personas, como bien lo dice Ferrater, son una forma de ser y de hacer de un cuerpo. No es que tengamos un cuerpo, sino que *somos* un cuerpo.

Así pues, una persona es un conjunto de estados físicos y psicológicos que mantienen una continuidad y una unidad, estados físicos y psicológicos que lo son de un cuerpo que está siendo de una cierta manera, que mentalmente pue-

de constituirse como un ego reflexivo, y es también un Yo social. Pero una persona es todavía algo más:

es un campo real de actividades prácticas y de valoración de situaciones concretas, sobre las cuales proyecta decisiones y nuevas posibilidades de ser. Su identidad, por tanto, no puede estar prefijada —es una identidad siempre en cuestión [...] Lo que hace a una persona una persona (y no un mero ego, una subjetividad encarnada o un Yo social) es que ella es aquel ser que no es meramente un sujeto de representaciones (cuyo objeto es el mundo) sino que actúa, sufre, espera, teme, anhela, ama y odia. Como tal, una persona es diferente de un organismo vivo, así como de un centro de conciencia, aunque es ambas cosas. Como organismo vivo, una persona se mantiene, se mueve, se reproduce autónomamente; como centro de conciencia, una persona conoce, concibe, piensa. Pero como persona a la vez es todas estas cosas, actúa, juzga, exige, tiene derechos, estima valores, está en contacto con otros individuos, con sus actos, juicios, evaluaciones, derechos y valores (p. 33).

La identidad de la persona no está pre-dada, sino que tiene que ser continuamente reestablecida... Una persona debe ser capaz de comprender y apropiarse —y no meramente recordar— su historia pasada como propia, identificarse a sí misma consigo misma (y no meramente ser identificada por otro como la misma persona) —por ejemplo, actuando en consonancia con decisiones ya hechas, manteniendo promesas y compromisos (p. 34).

Una persona, para existir y para subsistir, requiere, pues, antes que nada, de un sustrato biológico, de un cuerpo. Si el cuerpo perece, la persona no puede subsistir. Pero el cuerpo puede subsistir y la persona morir, habiéndose transformado en otra, o habiéndose transformado en un mero ser vivo —que ha dejado de ser una persona (el enfermo en estado de coma)—. Lo que da unidad al flujo interno de conciencia se constituye, en parte, internamente y, en parte, socialmente. La muerte de una persona puede provenir del resquebrajamiento de su unidad, provocada por factores internos, o externos, o de ambos.

Otra manera de enunciar lo que es una persona, de acuerdo con Mohanty, es entendiéndola como un “tramo temporal unificado de intencionalidades”. El tramo temporal está marcado por dos sucesos: el nacimiento y la muerte. La muerte, aquí, aparece como el límite que no puede ser experimentado por la persona. Las intencionalidades deben estar unificadas de un cierto modo. Para que eso sea posible, los actos intencionales no sólo tienen objetos, sino que cada objeto debe ser presentado de una cierta manera, debe tener un *sentido*. Y esos sentidos son los que están dados por una *tradicición*. “Una tradición consiste en capas sedimentadas de tales sentidos” (p. 32).

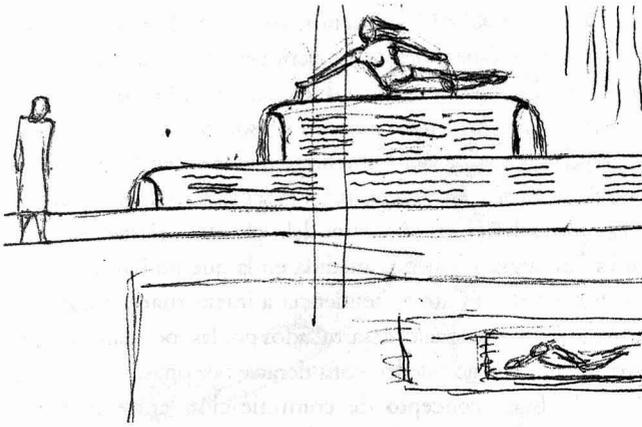
En mi propia contribución al volumen mencionado, y en otros trabajos —por ejemplo en mi contribución al volumen sobre *La muerte*, editado por Ruy Pérez Tamayo, y que será publicado próximamente por El Colegio Nacional—, he ilustrado

el problema del cambio de identidad personal (y por consiguiente la muerte de una persona sin que haya cadáver alguno) mediante el ejemplo de alguien que se integra plenamente a otra cultura, dejando de reconocer su historia pasada como la *suya* —la historia pasada de su cuerpo cuya manera de ser era la de otro yo—, ya no identificándose a sí mismo con ese yo anterior, y más aún, dejando de reconocer su tradición, es decir la tradición con la cual se identificaba como miembro de su cultura anterior. Pero además sustituyendo esa tradición por otra, la cual entonces le brinda un horizonte nuevo en el que se proyecta, muy distinto al que le ofrecía su cultura previa. Todos estos cambios son los que justifican, en mi opinión, hablar de un genuino cambio de identidad personal, aunque haya una continuidad del organismo e incluso del ser humano, digamos, que subyace a las dos personas distintas. Este es el caso que ocurre en la novela —hecha película— que lleva el título de *Danza con Lobos*. Danza con Lobos y el teniente Dunbar, a pesar de que son el mismo ser humano, son realmente *personas* diferentes, cuando el personaje abandona la sociedad blanca y se integra plenamente a la comunidad indígena, abandonando así su tradición, adoptando otra diferente y enfrentando un nuevo horizonte futuro.

Pero no debe pensarse que estos casos incluyen a los transgresores de normas o de tradiciones, los bandidos, los desviados, los *outsiders* en general. Esas personas tienen establecida su identidad por referencia a la tradición desde la cual son calificados como bandidos, malhechores, desviados, etcétera, y ellos mismos se definen en relación con esas tradiciones. Pero en cambio quien pierde el sentido de todos sus actos intencionales, por ejemplo, quien pierde la conciencia de manera irreversible, deja de ser una persona.

De acuerdo con Mohanty, la pregunta: ¿quién soy yo? tiene dos sentidos diferentes. El primero es aquel en el que se responde: “yo soy un cuerpo, yo soy una corriente de conciencia unificada por su estructura intencional interna, y el ego que posee a ambos, así como el polo sujeto de los actos intencionales y las afecciones pasivas” (p. 31). El otro sentido es el que se responde diciendo soy médico, soy un sacerdote, soy un hechicero, soy un profesor de filosofía (*idem*).

Sin embargo, en mi opinión, a pesar de toda la fuerza sugerente de la posición de Mohanty, es preciso evitar el riesgo de separar de una manera injustificada estos dos sentidos. Creo que es aceptable responder a la pregunta ¿quién soy yo? de esas dos maneras, siempre y cuando no se caiga en la idea de que las respuestas se refieren a dos entidades distintas. La mera idea de capas de yoidad de Mohanty, como estratos diferentes del Yo, me parece aceptable y muy sugerente, pero no se debe olvidar que son capas constitutivas de una misma persona, y que todas ellas son condiciones necesarias de la existencia y la subsistencia de la persona. Por eso cuando alguna de ellas falta, o se transforma radicalmente, podemos hablar de una transformación de la persona (que entonces muere como la persona que era, y se constituye en una persona distinta) o que de plano muere *tout court*.



## IV

Un aspecto central de la tesis de que las personas son construcciones sociales, establece que lo que es una persona depende de la interpretación que de sus rasgos característicos hagan tanto ella misma como los otros miembros de su sociedad. Lo que es una persona es entonces una cuestión de interpretación, y no simplemente algo que se descubra. Así pues, no hay tal cosa como una “referencia esencial a los seres humanos tal y como son”, como si este “tal y como son” pudiera interpretarse como “independientemente del contexto social y de los recursos conceptuales de acuerdo con los cuales los seres humanos se ven a sí mismos como personas, y son vistos por otros como personas”.<sup>2</sup>

Un ejemplo de la tesis contraria lo ofrece el filósofo inglés David Wiggins, en su libro titulado *Sameness and Substance* (Blackwell, Oxford, 1980). En efecto, este autor defiende una posición que podemos llamar *esencialista* con respecto a las personas: hay un núcleo esencial que constituye a cada persona, hay un Yo que está “realmente ahí”, que no es la creación de nadie, ni de la persona misma, ni mucho menos de otras personas. Por cierto, desde esta perspectiva, ser auténtico significa *descubrir* ese Yo que está realmente ahí, y dejarlo florecer contrarrestando los efectos nocivos del entorno que pudieran impedir su desarrollo.

Esta visión esencialista también supone que la interpretación que la persona hace de sí misma es algo que se da monológicamente. La tesis de la construcción social de las personas se opone fuertemente a ese punto de vista, tesis que de manera notable ha defendido recientemente, por ejemplo, el filósofo canadiense Charles Taylor (véanse su contribución al libro colectivo *Multiculturalism*, editado por Amy Guttmann [Princeton University Press, Princeton, N. J., 1994], y su libro *The Ethics of Authenticity* [Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1991]). Este autor ha subrayado que, por el contrario, el Yo y la identidad personal se forjan *dialogicamente*.

<sup>2</sup> Esta sección y la siguiente resumen la posición que he defendido en mi contribución al volumen ya mencionado sobre *La identidad personal y la colectiva*.

Como lo ha resumido muy bien Fernando Salmerón:

Mi propia identidad como persona viene a ser el resultado parcial de una negociación con los demás miembros de las comunidades en que participo, y de la manera en que me apropio de sus ideales y sus creencias, de sus normas y de sus gustos. Hasta el punto de que, bien pueda ser que la realización misma de un ideal de perfección y de vida buena se haga posible y se acreciente en esa participación y dentro de esa comunidad. Y el desarrollo de mi identidad dependa del reconocimiento de los otros y gane su lugar en el intercambio (F. Salmerón, “Ética y diversidad cultural”, en *Problemas de la ética*, volumen editado por Osvaldo Guariglia, de la *Enciclopedia iberoamericana de filosofía* [Ed. Trotta, Madrid, en prensa]).

Este aspecto es lo que constituye uno de los fundamentos de la llamada “política del reconocimiento”, o “el derecho a la diferencia”. Siguiendo de nuevo a Salmerón:

una consecuencia mayor de esta interpretación de la dimensión social de la identidad —que se aplica también a colectividades—, es que la política del reconocimiento adquiere un rango singular. Porque lo mismo en las personas que en los grupos, un reconocimiento humillante o simplemente inferior puede contribuir a deformar la imagen que una persona o una colectividad tienen de sí mismas.

Y bien podemos añadir: y por consiguiente, no se trata sólo de una mera “interpretación” humillante de esa identidad, sino que es la identidad misma la que está siendo objetivamente humillada o sojuzgada.

Recíprocamente, esta tesis subraya que la manera en la que una sociedad constituye a las personas, así como la clase o clases de personas que son constituidas en esa sociedad, resulta crucial para la identidad colectiva de la sociedad.

En suma, la tesis de la dimensión social del Yo y de la identidad personal subraya que los elementos que constituyen a una persona y, por consiguiente, los sentidos en los que pueden diferenciarse las personas, incluyen por lo menos lo siguiente: los complejos de rasgos, hábitos, disposiciones cognitivas y conductuales, valores y normas presupuestas, así como las necesidades, los deseos y los fines que constituyen el carácter de una persona; también las formas características que tiene cada persona para interpretar y comprender el mundo, así como para comportarse dentro de ese mundo, y finalmente, sus puntos de vista en relación con lo que es importante. (Cfr. David Wong, “On Flourishing and Finding One’s Identity in Community”, *Midwest Studies in Philosophy XIII*, 1988, pp. 324-341.)

El que las personas sean seres *sociales* significa que sus creencias, necesidades, fines, deseos, así como las evaluaciones que hacen, se conforman por medio de sus interacciones con otras personas, son moldeadas por las comunidades y tradiciones a las que pertenecen, y dependen del horizonte futuro del

que puedan disponer. Esto también significa que las personas no pueden entenderse fuera de contextos comunicativos, en los que las creencias y las evaluaciones se moldean, se expresan, se mantienen, se critican y, en algunos casos, se modifican.

Lo anterior involucra la idea de que las propiedades de una persona que son relevantes para su identificación —y que por tanto son constitutivas de su identidad— incluyen las propiedades relacionales de ser miembro de un cierto grupo —digamos de un grupo étnico, nacional o religioso—, el tener tales y cuales creencias y disposiciones, ser visto de cierta forma por los otros en la sociedad, y el tener una cierta imagen de sí mismo y una cierta auto-estima.

Salmerón, en el trabajo citado, nos recuerda que esta idea viene desde Herder (Johann Gottfried von Herder), pues él hablaba de la necesidad básica de las personas de pertenecer a una comunidad particular de lenguaje, de territorio, de costumbres o recuerdos comunes. Según las ideas anteriores, tal vez podamos ir un poco más lejos y entender que esa necesidad está enraizada en la constitución misma de las personas. No es posible que haya personas que no pertenezcan a un grupo determinado. Pero esto no supone que mediante el ejercicio de su autonomía una persona no pueda renunciar a pertenecer a cierto grupo.

La importancia de la dimensión social del Yo y de las personas, que hemos apenas esbozado aquí, tal vez pueda entenderse mejor si tomamos en cuenta que cuando hablamos de una crisis de identidad personal queremos decir —entre otras cosas, pero de manera muy importante— que la persona en crisis seguramente tiene muchas creencias sobre las cuales tiene dudas, que duda también acerca de actuar conforme a las normas prevalecientes en el grupo social en el que se desenvuelve principalmente, incluso puede tener dudas acerca de si su comportamiento es correcto en determinadas circunstancias. Las creencias, las normas y los valores involucrados, así como las evaluaciones que la persona hace o puede hacer, deben verse contra el telón de fondo de las creencias, valores, normas y procedimientos usuales de evaluación que comparte la comunidad en la que la persona actúa normalmente.

## V

Así pues, la tesis de que las personas son construcciones sociales significa que están al menos parcialmente constituidas por sus relaciones con otras personas dentro de contextos de *interacción* y de *comunicación*, en donde encuentran los recursos conceptuales y teóricos para interpretar y comprender el mundo (tanto natural como social), para actuar sobre él, para interactuar con otras personas, y para hacer evaluaciones de tipo cognitivo, moral y estético.

El ejercicio de la capacidad de comunicación de los seres humanos es un rasgo indispensable para que lleguen a realizarse como personas. Podemos considerar que los seres humanos tienen una tendencia innata a comunicarse y a inter-

actuar con otros seres humanos. Si un ser humano es una persona, debe haber puesto en práctica esta tendencia hasta cierto punto. Esto nos lleva a una diferencia entre los conceptos *ser humano* y *persona*. En mi opinión no son coextensivos. Como acabo de sugerir, por ser humano se puede entender un miembro de la especie *homo sapiens*, en el sentido biológico estricto. Los niños salvajes, esos favoritos del siglo XVIII, ciertamente son seres humanos, pero en la medida en la que no hayan realizado hasta cierto punto su tendencia a interactuar y a comunicarse mediante lenguajes desarrollados por las sociedades de personas, creo que no pueden considerarse personas.

Un buen concepto de comunicación entre personas, pertinente para redondear la idea de la construcción social de la identidad personal, es el que han propuesto Mülhäuſler y Harré: “dos o más personas mantienen una relación comunicativa si el producto conjunto de sus intenciones desplegadas al emitir sonidos y los resultados al escuchar uno o más actos de habla, permiten para cada uno una base común de acciones relativamente coordinadas” (P. Mülhäuſler y R. Harré, R., *Pronouns and People, the Linguistic Construction of Social and Personal Identity*, Blackwell, Oxford, 1990, p. 12).

En este mismo libro los autores han ofrecido evidencias de que la identidad de las personas está fuertemente influida por los recursos conceptuales que tiene cada una de ellas cuando se identifica a sí misma, o por los que utilizan otras personas que hacen la identificación. En particular, mantienen que

las reglas gramaticales para el uso de expresiones indicadoras de personas en la mayoría de los lenguajes incluyen la referencia a relaciones sociales específicas, cuyo conocimiento se requiere para que las palabras relevantes se usen correctamente.

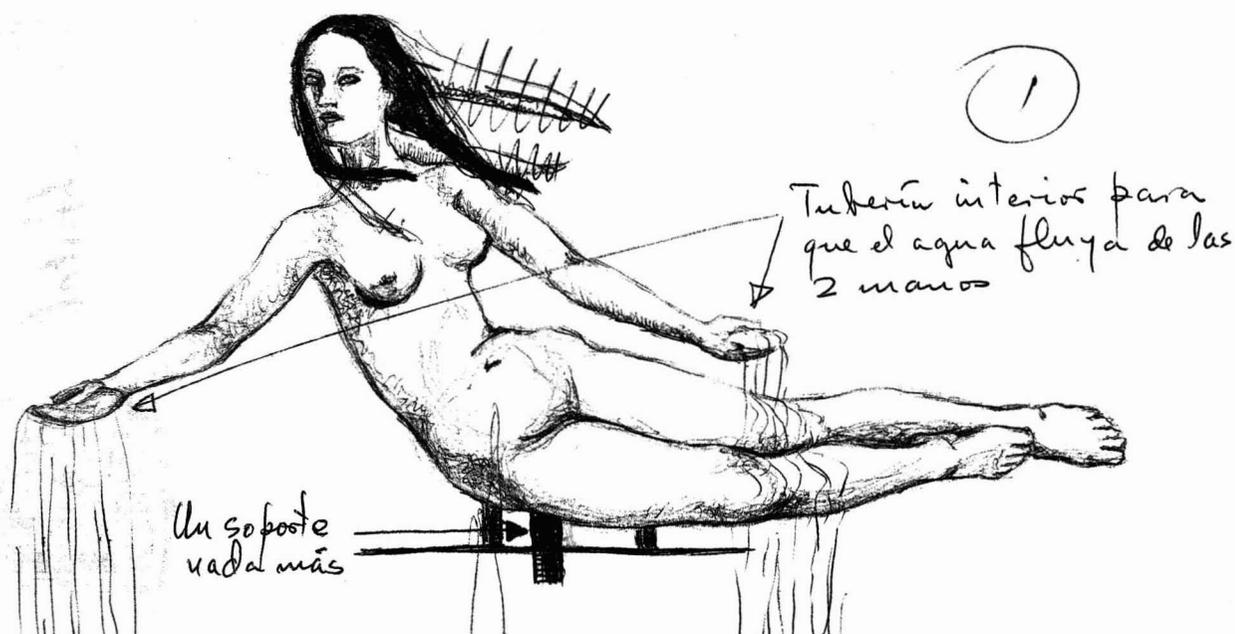
También sostienen que

las lenguas difieren más en cuanto a la información adicional (por ejemplo acerca del *status* social) que los hablantes tienen que manejar con maestría junto con las reglas formales del uso de los pronombres, que en la información que está tácitamente incorporada en esa gramática formal, tales como las reglas de concordancia de número y persona (Mülhäuſler y Harré, *op. cit.*, p. 5).

Finalmente, estos autores alegan que

la gramática de los ítemes verbales que se utilizan para crear un contexto de comunicación [...] incluye conocimiento de las convenciones sociales y psicológicas de la cultura de la gente que utiliza esa gramática. Para usar los pronombres gramaticalmente, de manera correcta, uno debe desplegar sus propias teorías filosóficas de lo que uno es al igual que su conocimiento de las relaciones sociales en las cuales uno se encuentra con quienes conversa (*ibid.*, p. 16).

De acuerdo con las ideas anteriores, lo que es una persona no puede igualarse a un conjunto fijo de atributos “que esté



realmente ahí”, esperando ser descubierto, y no puede haber criterios absolutos para la identificación de una persona. Tanto lo que es ésta como su identificación se basan en el conjunto de creencias, valores y normas de su entorno social, todo lo cual le permite comprender e interpretar el mundo y moldea sus necesidades y deseos; además, la constituye como un ser social.

De todo esto se sigue que las personas no existen independientemente de los papeles que desempeñan en cierta sociedad, de las formas en las que comprenden e interpretan el mundo, incluyendo las formas en las que evalúan acciones y creencias de otros y de ellos mismos, y —entre lo más importante— de las maneras en las que otros evalúan sus acciones al igual que sus creencias, deseos y fines.

No obstante, debemos distinguir entre la idea de que *las personas no existen independientemente de los papeles que desempeñan en cierta sociedad*, y la idea de que el Yo y la identidad personal *se reducen* a una consecuencia del papel social desempeñado dentro de una comunidad. Como he sugerido, me parece que la tesis aceptable es la primera: hay una dimensión social del Yo, constitutiva de las personas, dimensión que he intentado esbozar en este artículo. Tal planteamiento puede apoyarse en estudios lingüísticos del estilo de los desarrollados por Mülhàusler y Harré. No comparto la segunda idea. Como claramente se mantiene en las propuestas de Engel y de Mohanty, la dimensión social es *sólo uno* de los aspectos constitutivos del Yo y de la identidad personal. Es preciso no olvidar que las personas son también conjuntos de hechos físicos y psicológicos, agrupados bajo cierta condición que les da unidad, la cual tiene diferentes niveles y modos de presentación. Entre éstos se incluyen, como lo ha mostrado Mohanty, aquellos referidos a los conceptos de sujeto, ego, Yo y persona.

Lo anterior permite —como bien lo sugiere Salmerón en el texto antes mencionado— mantener “abierta la línea de inspiración kantiana de la dignidad y la autonomía, que es

inseparable del diálogo y de la argumentación crítica”. De esta manera, sin dejar de reconocer que en efecto las personas se constituyen socialmente, de forma dialógica, tampoco se cae —para volverlo a decir en palabras de Salmerón— en el “olvido de las capacidades autónomas del individuo para la acción moral” (*op. cit.*).

Comprender la identidad personal de esta manera puede ayudar, por ejemplo, en las tareas educativas, para formar individuos que sepan ubicarse en su sociedad pero que también sepan ubicarla a ella. De estas ideas se desprende la opinión de que el sistema educativo debe contribuir de manera central a que los niños y los jóvenes consoliden su identidad personal, teniendo claro cuáles son los tipos de valores y de fines que es correcto plantearse; que entiendan que es una virtud el ser *auténticos*, el ser verdaderos a sí mismos, y que pueden elegir libremente la forma en la que desean vivir pero que eso tiene límites en función de la sociedad a la que se deben —sin la cual simplemente no serían las personas que son, simplemente no tendrían identidad personal— y en relación con la cual deberían comportarse, cuando es pertinente, racionalmente.

Las personas así formadas, así constituidas —en buena medida mediante el diálogo con los demás—, entenderían bien que los fines que nos proponemos obtener individual y colectivamente también deben estar sujetos a discusión, y que ese tipo de discusiones bien pueden ser racionales. Por esta vía también se entendería que es posible encontrar soluciones negociadas y racionales a muchos de los conflictos personales y colectivos que aquejan a nuestras sociedades contemporáneas.<sup>3</sup> ♦

<sup>3</sup> Un desarrollo detallado de esta tesis se encuentra en mi libro *Razón y sociedad* (Biblioteca de Ética, Filosofía del Derecho y Política), Fontamara, México (en prensa).

# Desdoblamiento

NUNIK SAURET

**M**i trabajo es reiterativo debido a mi inquietud por escuchar un continuo diálogo de voces.

Este peregrinaje por la pintura es un desdoblamiento que en mí ha persistido gracias al cambio. Lo inerme me paraliza. Me he preocupado por encontrar la analogía de las polaridades, por buscar el sentido de la vida e incorporar al cuerpo humano como vehículo para descifrar el enigma de mi naturaleza.

He deseado generar el contacto de lo externo y lo interno y la relación entre ellos. El viaje transcurre corriendo de mi primera etapa el velo de adolescente a mujer, navegando en los paisajes de las profundidades del ser, y develando mi propio misterio.

Durante mi segunda etapa ocurre un renacimiento. Consiste en el retorno al útero. El transcurso de este viaje lúdico y sensual sobreviene en el agua y el fuego; recorro capas, filamentos y repliegues.

En la tercera, aparecen pubis semejando volcanes silenciosos, solitarios, legendarios, arcaicos en espera de su "momento y tiempo". Las huellas de este último trecho están marcadas en las mujeres-pétreas que se identifican mediante la textura de la piel que ambas presentan.

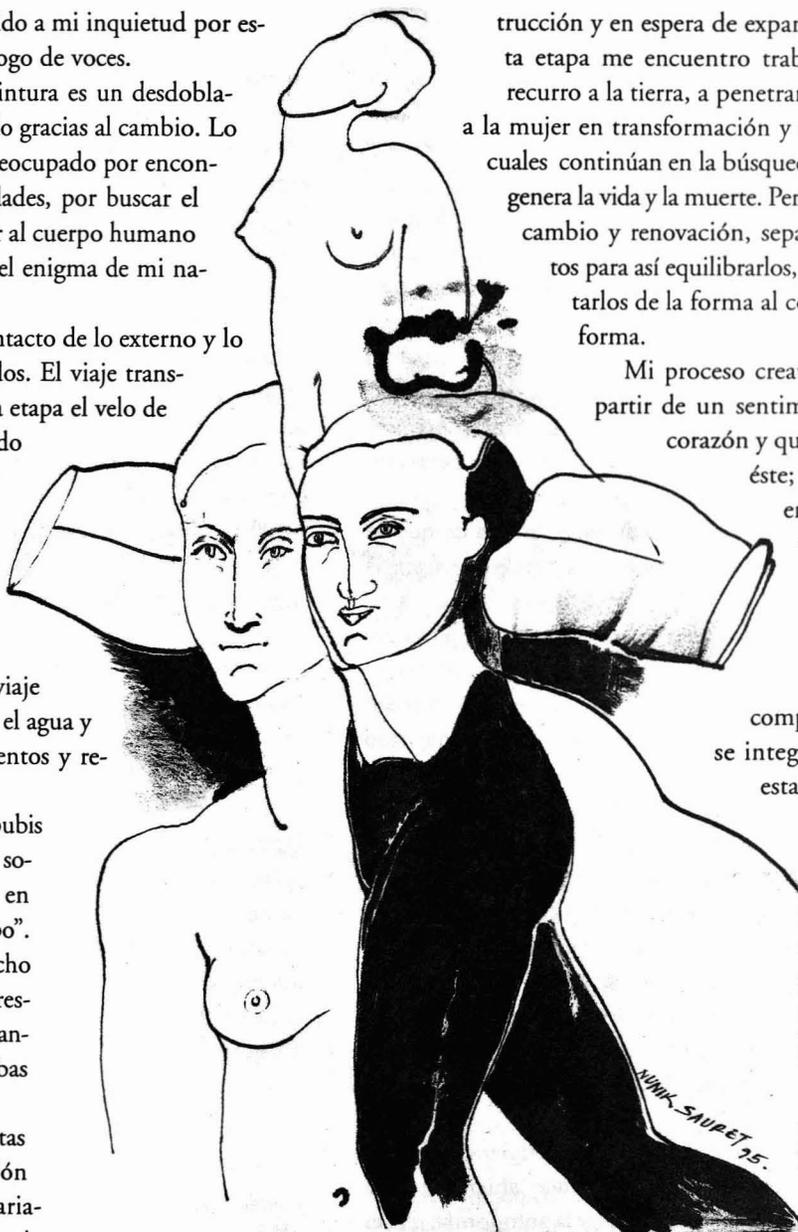
Las fragmentaciones de éstas aportan pruebas: su concreción aparece lentamente, no necesariamente como figuras mutiladas sino en recons-

trucción y en espera de expansión. En una cuarta etapa me encuentro trabajando. De nuevo recorro a la tierra, a penetrar en el inframundo, a la mujer en transformación y a sus otredades, las cuales continúan en la búsqueda del principio que genera la vida y la muerte. Persisten los constantes cambio y renovación, separando los elementos para así equilibrarlos, reunirlos, transmutarlos de la forma al color y del color a la forma.

Mi proceso creativo se desarrolla a partir de un sentimiento que sale del corazón y que mi mano dirige a éste; la magia consiste en entrar y vivir en este verdadero mundo que surge y desaparece.

Mis diferentes arquetipos actúan, componen, entrelazan y se integran. Participan de esta urdimbre de vida.

Mi interés se halla depositado en el conocimiento del ser humano; me he afirmado y aceptado como mujer para lograr una correspondencia con todos los integrantes de la especie. ♦



# Si yo soy mis memorias...

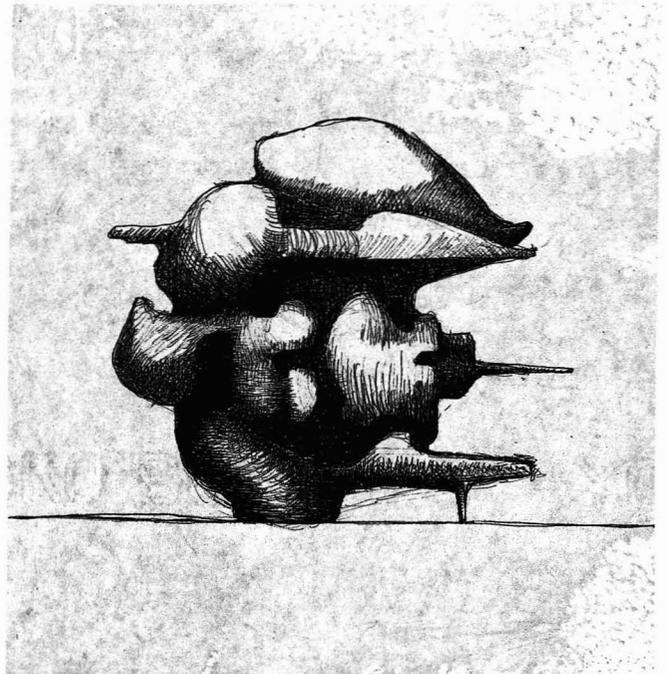
ALINE PETERSSON

**M**i más temprana memoria es la de haberme adentrado en el mar en brazos de un tío. La sensación de lo inabarcable de las olas me produjo miedo. A lo largo del tiempo he elaborado mucho este recuerdo, tanto así, que hoy juraría que tuve una serie de reflexiones de tono casi sartreano acerca del mar que nunca acababa y de mi tío que iba a seguir caminando siempre en él. Está de más decir que nadie elucubra así a los dos años de edad. Acepto que la memoria es falaz y que se modifica a espaldas del memorioso. Uno ordena y compone a través de lo que escucha, de las fotos que contempla, de las reminiscencias, en una especie de ensalada mixta, no exenta de colorantes artificiales.

Me es imposible hacer a un lado lo obvio de que en los primeros años se aprehende al mundo y se aprende de él. Los sentidos y la emotividad, no coartada aún, van construyendo, almacenando, clasificando en la conciencia la percepción de lo que nos rodea. En estos años se está tan ocupado tratando de asimilar todo aquello con lo que uno se tropieza, que el tiempo se acelera y retrasa bastante caóticamente. No pueden entenderse, con facilidad, las actitudes de los adultos en casi nada. Y ese nada se hace evidente en la apreciación que, a los ojos de la infancia, cobra la mirada de los mayores para el transcurrir del tiempo.

Al decidirme a comentar algunas experiencias en torno a mi profesión, y venciendo la incomodidad que implica hablar impudicamente de uno mismo, resolví empezar este trabajo a partir de uno de los recuerdos que inauguran mi tiempo. Mi tiempo forjado desde las amplísimas variables del genoma humano, hasta las circunstancias significativas o insignificantes de mi núcleo familiar, social, que me impulsan al vuelo de la imaginación para desbordar las fronteras. Pero ese vuelo no puede nacer de la libertad, concepto por demás problemático. Nuestras circunstancias nos marcan indefectiblemente.

Por ejemplo, la doble jornada de las mujeres, de la que tanto se habla, si no de manera real, al menos en lo simbóli-



co, está presente en cualquier aprendizaje. No voy a referirme de forma específica a las labores que se les exigen a las niñas, que, aquí en estos momentos, se saldrían del tema, y que, por otra parte, han sido de sobra comentadas. Lo menciono en relación a cómo se reflejan las posturas en la conformación de la personalidad.

El mundo se construye de manera distinta para la niña. Cosa que, en principio, estaría bien, dada la diferencia de los géneros. Es sólo que el desarrollo natural se encuentra, en la futura mujer, lleno de interdictos. No conviene aquí ejemplificarlos, ya que por sabidos se callan. Y quizá de la misma manera en que los procesos del pensamiento rebasan las funciones fisiológicas del cerebro, así, no me parece sencillo discernir lo que pueda ser atribuido a la fisiología (concretamente a la de las hormonas) de lo que es producto de la for-

ma en que el entorno le es presentado a la niña. Porque, para cuando se es capaz de asomarse a conceptos abstractos, la personalidad ya está definida. Y en esta definición, entran en juego ciertos lineamientos. Los puntos de vista que, inevitablemente, se cuelan en el proceso educativo. Se privilegian unas miradas sobre las otras. Y esto aun en el caso más afortunado, cuando la familia nuclear quiere romper el círculo vicioso. Pero esa familia está instalada en la amplitud reductora del mundo. Y ahí, las cosas no son tan fáciles.

Ya que me es imposible hablar por todas las mujeres, me atenderé a mis experiencias. ¿Con qué ventajas o inconvenientes me he encontrado yo, como mujer que escribe?

1) En mis años jóvenes efectué una acuciosa labor de desaprendizaje. Pretendí ignorar todo aquello que me señalara como miembro del "segundo sexo". Así, negué, por ejem-

plo, conocimientos en el arte de la cocina o del manejo de las hebras (lo mismo da si gobelino o remiendo de calcetín).

2) Me sacudí, y desde luego que no me arrepiento, de los lastres represivos de la religión.

3) Incorporé a mi léxico, en este caso más bien oral, cuanta "mala palabra" se agitara en los aires turbulentos de esos años de ruptura de generaciones, hasta llegar a excesos realmente chabacanos.

4) Me negué a ser catalogada dentro de la escritura "dulce y sumisamente femenina" primero, y rabiosa y virulentamente aguerrida después. Busqué la asexualidad a ultranza. O, poetizando, me instalé en la androginia.

5) Escogí un modo de escribir escueto, temerosa de los efluvios del sentimentalismo, tan ligados a la crítica literaria que entonces denostaba así los puntos de vista mujeriles.

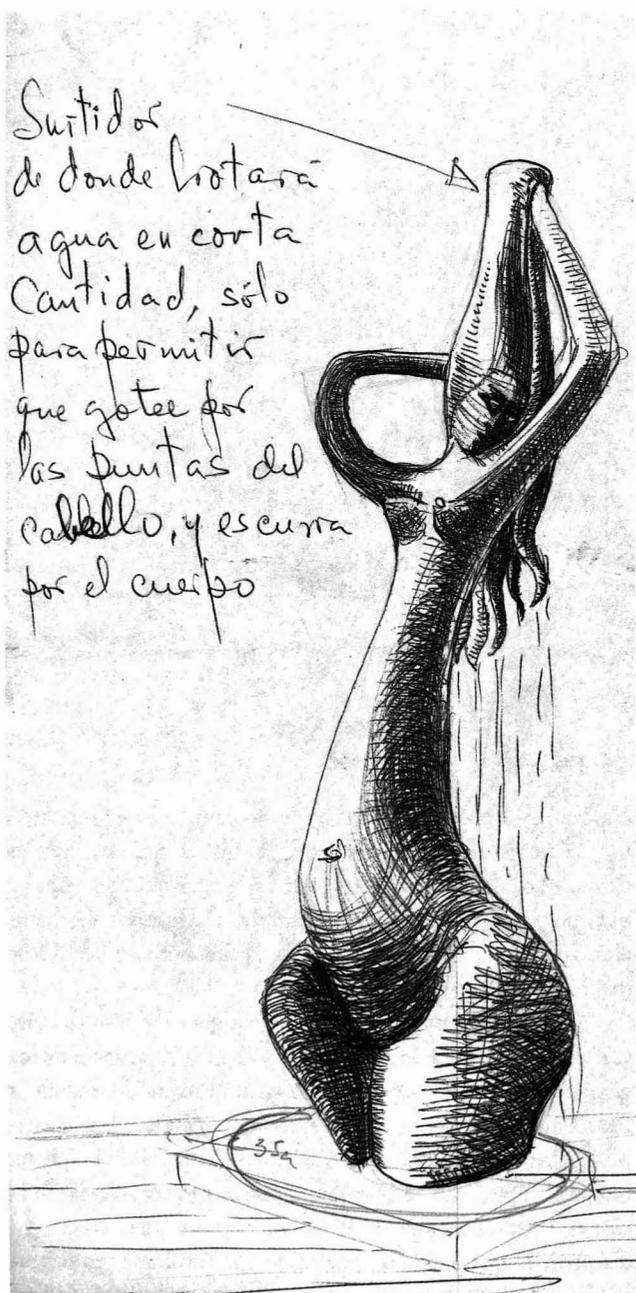
6) Pero desde que pude leer sola, leí todo lo que cayera en mis manos.

El tiempo transcurrió, y, a lo largo de ya muchos años, he analizado y matizado mis posturas. Tal vez necesité contemplar una bella fotografía de Virginia Woolf con un tapiz en las manos, para rescatar el gozo más inmediato de ver brotar, como si de la hoja en blanco se tratara, formas y colores de una urdimbre de hilos blancos también. Algo de mágico tienen ambas labores. La mirada es sorprendida por la irrupción de eso que cubre el vacío. Existen tantos circuitos en la mente humana y tantas formas de entregarse al placer, en este caso, con la confección de textos y texturas.

Algo similar me sucedió con las actividades alrededor de la cocina. De nuevo se impone aquí el deleite que abarca todos los sentidos, al disponer los elementos más allá de su mera utilidad nutricional. El gusto de presenciar la transformación de colores, olores, densidades, ayudados por un tiempo lento que los madura hasta la plenitud de su sabor, o que decanta y extrae la sazón óptima de un texto. Hoy estas artes son compartidas por algunos hombres. Y eso está bien, porque el congregarse en torno a una buena mesa, principalmente si es de nuestra creación, procura —desatando— momentos mucho muy gratos que rebasan la necesidad de saciar el hambre. Son instantes catalizadores del gozo inefable de la conversación, del encuentro con el otro. Igual que sucede con el diálogo al que el texto, goloso, invita.

Sin embargo, estoy segura que más allá de las modas, permanecen las constantes que nos hacen ser los individuos que somos. "Trágame a mi conmigo", dice sor Juana. Y, en efecto, los aires de los tiempos tienen los gustos, pero, en el fondo, la búsqueda obsesiva de cada quien ahí queda. Yo descubrí, después, que mi entrega a una escritura sin adornos no se debía al temor a delatarme como mujer que escribe. Se trataba de un estilo literario que, con muchas excepciones de mi admiración a otras formas, es el que me seduce. Aunque vuelvo a lo antes dicho: finalmente, soy una mujer que escribe. ¿Y qué de malo hay en esto?

Pero en el momento de sentarme frente a la hoja (o la computadora), dejo de pensar en mi condición femenina, para convertirme en alguien que pretende ampliar o alterar





con tinta los horizontes de su tiempo, los pequeños hechos cotidianos que construyen cualquier vida. Sin embargo, en mí están mis memorias, y no puedo ni quiero evitar tampoco (quizá nadie lo pueda) que, detrás de la anécdota, en las entretelas de otros registros de la escritura, se agiten no sólo mis preocupaciones de orden estilístico, sino las otras, esas preguntas sin respuesta que rigen nuestra vida. Son unas cuantas, creo, desde que existe el género humano. No deben haber cambiado mucho, lo que se modifica, tal vez, es la manera de hablar de ellas.

Por otra parte, el diluvio de “malas palabras” se atenuó, hasta convertirse en un chipi-chipi. De venir al caso, las utilizo, pero no siento la obligación de salpimentar la conversación con ellas, como requisito para despojarme de un corsé, ya hecho girones. En el amplio prisma de posibilidades, mi discurso oral y escrito selecciona lo que le conviene. No más. La época juvenil de destrozarse los moldes quedó atrás, consecuencia natural del transcurrir del tiempo. La lucha por, en verdad, romper esquemas ideológicos o literarios precisa de manifestaciones mucho más profundas. Permanecer en el escándalo es terriblemente frívolo y, a estas alturas, inconsecuente.

Debido al éxito comercial de muchos libros de mujeres, ha surgido una manera muy despectiva para hablar del fenó-

meno. Y, puesto que el fulgor rutilante de los reflectores no es mi caso, creo poder decir que encuentro injusto tal desprecio. Porque, baste examinar las publicaciones de un gran número de hombres, para detectar, en el tono peyorativo de los comentarios a los que me refiero, la pretensión de encasillar, minimizando, la escritura hecha por mujeres. La crítica habla de lo superfluo de temas o tratamientos literarios, pero, ¿y qué decir de la infinidad de hombres que busca conquistar el mercado con técnicas, por lo menos, igual de pobres?

Hace años escuché hablar de la fragmentación en los textos femeninos, asunto que entonces se veía como muy característico de dicha escritura. Sin embargo, hoy en día se publican libros de varones elaborados con esta modalidad. Se trata, finalmente, de un estilo, que ha sido asimilado a la creación literaria. Cesó de ser una limitante de género. Quizá ahora sea, más bien, reflejo de los modos de estos tiempos.

He querido dejar para lo último el tan traído y llevado asunto del punto de vista femenino en la elaboración de la obra. El hombre —se dice— tiende a globalizar, mientras la mujer particulariza. El hombre se aboca a los problemas amplios de la humanidad, las mujeres reducen su lente a las minucias que sólo pueden tener interés para ellas mismas. ¿Será?

De nuevo hablo por mí, a partir de mis reflexiones, y es probable que haya mujeres que no estén de acuerdo conmigo, porque pretenden incorporar a sus textos una óptica masculina. Sin embargo pienso que, si por razones de género o de cultura, *grosso modo*, existen dos amplios polos para observar al mundo, ¿por qué sólo debe privilegiarse una mirada? ¿En realidad, los libros de los hombres son tanto más trascendentes? ¿Son, de veras, tan dignos de no ser tomados en cuenta los acercamientos a las pequeñas acciones o a las sensaciones que conforman la vida del ser humano? ¿Dónde quedaría, entonces, Chéjov, por ejemplo?

En una de sus cartas al joven poeta, Rilke habla de la lucha de sexos y de su esperanza para llegar a la armonía: “...un día la joven *será*, y *será* la mujer, y sus nombres no significarán más lo mero contrario de lo masculino, sino algo por sí, algo por lo cual no se piense en ningún complemento ni límite, sino nada más que en vida y ser: el ser femenino”.

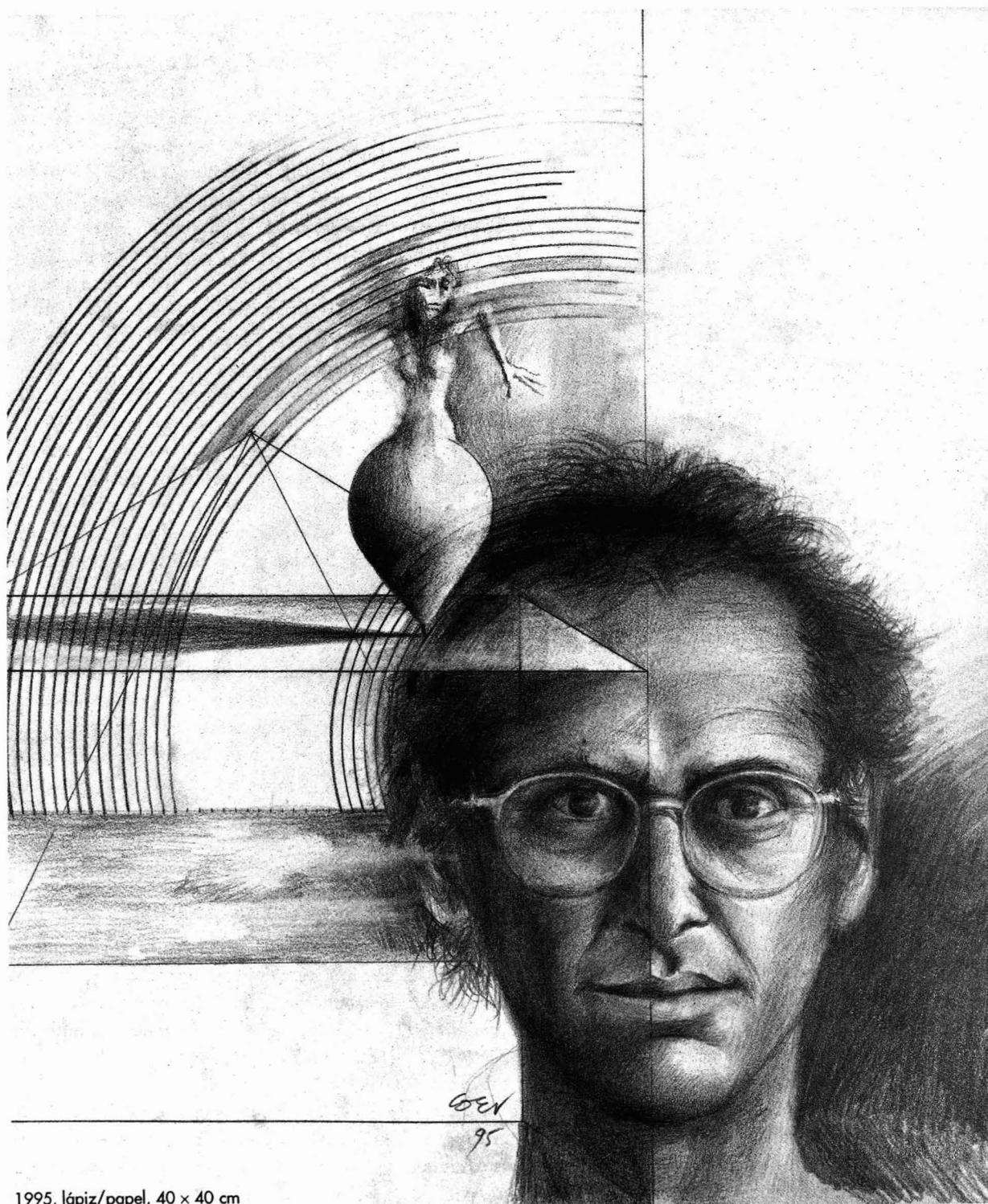
La fina sensibilidad del escritor así lo visualiza, y, yo para mí, desde hace mucho tiempo pienso que no estoy dispuesta a seguir considerándome literariamente asexual. Busco las puertas generosas del ejercicio de las letras a partir de lo que soy: una mujer que ha leído a lo largo de su vida, que no ha dejado de escribir, que se siente tercamente compelida a seguir por los caminos de la creación con su carga de memorias, con la poca o regular destreza que haya adquirido a través de los años, y que le otorga ciertas modalidades a su escritura, más allá o más acá del género.

Ésas son las lindes de mi campo de batalla. Lucho por escribir lo mejor que me sea posible, mi compromiso es sólo ése. Aunque quizá si hubiera entrado al mar en brazos de una tía, y no de un tío, las cosas hubieran sido diferentes. ♦

# Autorretrato



ARNALDO COEN



1995, lápiz/papel, 40 x 40 cm

# Entre historia y crónica: un problema de definición

JUAN BRUCE-NOVOA

## Introducción

La definición clásica de la crónica —una enumeración de hechos históricos en el orden de su acontecimiento y sin ninguna explicación o interpretación narrativa— ha servido para distinguir entre este género documental y la historia misma. En efecto, la relación ha sido de binarios no sólo opuestos, sino necesariamente yuxtapuestos: la crónica y la historia forman una simbiosis de similitud en su contenido básico y de diferencia en su modo de (re)presentación del contenido. Es ésta la relación que pretendo indagar aquí; primero, para comprender más a fondo las características tradicionales de los géneros, tanto en su contenido como en lo que podemos llamar la política de la oposición y contraste; segundo, para tratar de entender mejor la naturaleza de esa gran suma de textos que conocemos como *Crónica de Indias*, y tercero, para considerar algunas ramificaciones de esta relación dialógica en la literatura contemporánea.

## Historia contra crónica

La clave de la oposición entre los dos géneros radica en las palabras mismas que los nombran. La historia cuenta un acontecimiento, o sea, lo narra en forma de un cuento. La narración se ha considerado esencial para la historia —una relación que resulta más clara en inglés, donde en *History* se esconde *story* (cuento)—. Famoso es el juicio de Croce que resume la posición —y el prejuicio— tradicional de los historiadores: “Prima condizione per avere storia vera (e insieme opera d’arte) è che sia possibile costruire una narrazione” (Croce, 38).<sup>1</sup> O sea, por definición la crónica debería limitarse a una pura enu-

meración de elementos, desde los acontecimientos hasta los objetos del contexto y los personajes, pero sin ningún vínculo narrativo, algo como una taxonomía sin comentarios. La historia requiere, entonces, que estos hechos sean convertidos en una secuencia de relaciones de causa y efecto dentro de un fluir significativo que conduzca al lector desde un principio hasta un final a través de un cambio, desarrollo o evolución —una narración capaz de expresar algún mensaje significativo que justifique el viaje de la lectura—. Es decir, para crear historia hay que darle lógica y orden a la crónica, lo cual se logra creando para y con los hechos el diseño de un argumento y el sentido de una trama. Esto implica la intervención de una conciencia humana capaz de imponer cierto orden y límite a la casi infinita suma de detalles y elementos de la materia prima y de plantear una lógica que permita distinguir entre lo significativo y lo desechable, para crear la homogeneidad de los hechos donde la crónica supuestamente ha respetado —por la ineptitud del cronista— la heterogeneidad natural.

Facts do not exist in isolation, in the sense that the fabric of history is what we shall call a plot, a very human and not very “scientific” mixture of material causes, aims, and chance —a slice of life, in short, that the historian cuts as he will and in which facts have their objective connections and their relative importance... In history as in the theater, to show everything is impossible —not because it would require too many pages, but because there is no elementary historical fact, no event-worthy atom. If one ceases to see the events in their plots, one is sucked into the abyss of the infinitesimal (Veyne, 32-33).

Crear un argumento es la función de la conciencia editorial. De allí que siempre se repite que la crónica está llena de elementos superfluos que la historia eliminaría. Todorov, al caracterizar la crónica de Bernal Díaz, opina que “his narrative swarms with ‘useless’ (or rather unnecessary) details not

<sup>1</sup> Véase también Hayden White, *The Content of Form, Narrative Discourse and Historical Representation*, John Hopkins University Press, Baltimore, 1987, pp. 1-57.

imposed by the fatality of events" (Todorov, 120). El cronista anota lo que atestigua, sin perspectiva:

El cronicón Complutense anota con más cuidado y detalle las incidencias de un eclipse que la toma de Toledo por Alonso VI; en los Anales Toledanos se apunta un hecho tan natural como el de que "descendió gran nieve sobre toda la tierra en el mes de janero" al lado de la muerte de la Reyna Urraca... Podrían multiplicarse los ejemplos referentes a estas alusiones, tan típicas en nuestros primitivos textos historiográficos (Calzada, 42-43).

Pero para discriminar entre lo representativo y lo superfluo el autor requiere cierta perspectiva, una distancia que le permite escribir desde más tarde y contemplar el fluir temporal total como si fuera un proceso diacrónico bien delineado y limitado, para tratarlo como si fuera un objeto sincrónico cuyo diseño se deja apreciar —sobre todo después de la intervención del mismo historiador—. El historiador crea y justifica esa fatalidad con la lógica de su presentación.

First the elements in the historical field are organized into a chronicle by the arrangement of the events to be dealt with in the temporal order of their occurrence; then the chronicle is organized into a story by the further arrangement of the events into the components of a "spectacle" of process of happening, which is thought to possess a discernible beginning, middle, and end. This *transformation of chronicle into story* is effected by the characterization of some events in the chronicle in terms of inaugural motifs, of others in terms of terminating motifs, and yet other in terms of transitional motifs... When a given set of events has been motifically encoded, the reader has been provided with a story; the chronicle of events has been transformed into a completed diachronic process, about which one can then ask questions as if he were dealing with a *synchronic structure* of relationships.

Historical *stories* trace the sequences of events that lead from inaugurations to (provisional) terminations of social and cultural process in a way that *chronicles* are not required to do. Chronicles are, strictly speaking, open-ended. In principle they have no *inaugurations*; they simply "begin" when the chronicler starts recording events. And they have no culminations or resolutions; they can go on indefinitely. Stories, however, have a discernible form (even when that form is an image of a state of chaos) which marks off the events contained in them from the other events that might appear in a comprehensive chronicle of the years covered in their unfolding... The historian arranges the events in the chronicle into a hierarchy of significance by assigning events different functions as story elements in such a way as to disclose the formal coherence of a whole set of events considered as a comprehensible process with a discernible beginning, middle, and end (H. White, *Metahistory*, 5-7).

Se supone que el cronista sólo anota y testimonia, mientras el historiador explica y analiza. Los dos tipos de autores parecen

tener distintas metas: "The chronicle answers questions like, 'and what happened then?', history answers questions like 'what was the significance of this events, that is, how can it be causally related to certain events?'" (M. White, 222). Volvemos siempre a lo mismo: la narración permite que aparezca la explicación y el análisis que convierten la crónica en historia; es a través de la narración que el autor plantea sus preguntas y enuncia las respuestas en una forma aparentemente tan lógica y natural que se toman por indiscutiblemente verdaderas. La crónica, en contraste, deja la impresión de arbitrariedad, que a su vez pone en duda el don totalizador del autor.

El tejido de relaciones causales a través del cual se aprecia el significado de los acontecimientos hace posible hablar de la ideología del texto histórico. El historiador, a pesar de su postura en cuanto a la objetividad científica, a duras penas puede esconder su actitud frente a los hechos. Su ideología aparece en los tropos y los subgéneros literarios (comedia, tragedia, sátira, ironía, etcétera) que escoge para prestarle forma al texto (H. White, *Metahistory*). Por oposición, la ausencia de estos factores se le atribuye a la crónica: supuestamente al cronista sólo lo impulsa una necesidad de no dejar pasar inadvertido nada, pero como no tiene un diseño en mente no puede seleccionar según una meta trascendente. Mas siendo imposible el documentar absolutamente todo —empeño ideal satirizado por Sterne en *Tristram Shandy*— el cronista trata de recordar todo lo que puede, quizás con la esperanza de pescar los elementos importantes en la red amplia de su vista abarcadora. El cronista resulta ser ingenuo frente al ingenioso historiador; aquél pasa por inocente y natural, mientras éste peca de intencionado y artificioso, pecados sumamente apreciados en la academia. De esta oposición de características, identificadas unas con lo sencillo y otras con lo sofisticado, surge la asociación de la crónica con la conciencia primitiva y de la historia con la civilizada, que a su vez siempre se asocia a lo moderno, sea cual sea la época. Y aun más, la crónica se clasifica como una obra todavía no fidedigna, demasiado personal e imaginativa —cercana a la literaria—, mientras la historia pretende ser científica, sobre todo cuando la ciencia triunfa sobre el arte como en los últimos siglos.

### ¿Las crónicas de Indias?

Podríamos, como algunos estudiosos de renombre sugieren, simplemente descartar este título por lo absurdo de su empeño en agrupar, bajo una sola categoría, textos tan heterogéneos como los de Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo y Álvar Núñez Cabeza de Vaca, etcétera.<sup>2</sup> Aunque sería más fácil adoptar esta estrategia, me parece más interesante mostrar

<sup>2</sup> Don Edmundo O'Gorman sugirió esto en la ponencia plenaria del Tercer Congreso de Mexicanistas sobre la Crónica, celebrado en la UNAM en abril de 1991.

que el título de Crónica no es apropiado porque ninguna de las obras claves se acopla bien a la definición estricta del género que acabamos de resumir.

Si tomamos los tres ejemplos mencionados arriba, vemos de inmediato que ninguno se limita a la mera enumeración de fechas y acontecimientos; o sea, no se trata de anales, la forma más pura de la crónica. Cada texto es una narración escrita desde cierta distancia, tanto temporal como espacial, que permite al narrador una perspectiva que le deja ver y (más importante) estructurar su material como un hecho completo, un objeto sincrónico. Esto es obvio en el caso de Bernal Díaz del Castillo y de Cabeza de Vaca. Aquél escribe sobre la conquista de México (1517-1521) unas tres décadas más tarde y desde su residencia en Guatemala. Cabeza de Vaca crea su texto sobre su aventura americana después de regresar a España. Ambos tratan los acontecimientos que narran como un proceso finalizado, cuyo significado se puede apreciar en su totalidad desde cierta fatalidad que, a fin de cuentas, resulta ser su propia vida. Cortés, en contraste, parece más cronista en la aparente simultaneidad, o por lo menos estrecha cercanía, entre hecho y escritura. Sin embargo, sería ingenuo pensar que haya escrito sus cartas en el campo de batalla. Cada una se crea después de una serie de eventos que parecen haber llegado, si no al final, por lo menos a un punto de crisis que marca un cambio —efecto que bien puede haber resultado de la misma necesidad de la narración de crear el marco de principio y fin—. Como veremos al estudiar el uso de diseños conscientes y el empleo de la lógica de causa y efecto, si Cortés no gozaba de una perspectiva lejana que le permitiera tratar la conquista como un hecho completo, como lo haría Bernal Díaz más tarde, por lo menos pudo crear estructuras temporales aisladas en el pasado dentro de las cuales ciertas anécdotas asumían las características de objetos finalizados.

Si la diferencia mayor entre historia y crónica es la existencia de la narración intencionada —el argumento diseñado como objeto sincrónico cuyas relaciones se atan por un sistema lógico de causa y efecto con la meta de comunicar una interpretación y un mensaje— entonces ninguno de estos textos es una crónica. En el caso de Cortés, aunque nos falta la primera carta y las demás no se escribieron en la misma ocasión, la intervención de la conciencia del diseño se hace ver en escenas en las cuales Cortés prepara el efecto final a través de una lógica clara y una perspectiva totalizadora. Por ejemplo, en la “Tercera relación”, Pedro de Alvarado surge como el rival de Cortés, de algún modo el posible héroe de la batalla por Tenochtitlan. Para rebajarlo a los ojos del emperador, Cortés trama una lección moral: el guerrero más valiente no siempre tiene la capacidad mental para ser líder. Cuando Alvarado va penetrando rápidamente en la ciudad, Cortés “le amonestaba que ganase un palmo de tierra sin que quedase muy seguro para entrar y salir los de caballo, porque éstos hacían la guerra” (121). Cortés va entrando a su vez por otro lado, más despacio, sí, pero con el cuidado necesario,

aunque los españoles le ruegan seguir el ejemplo de Alvarado. Sin embargo, Cortés les repite su consejo: hay que asegurar lo ganado para no encontrarse atrapado y sin ruta de escape. A Alvarado se le aconseja “cada día, por escrito y por palabra” (121). Pero Alvarado se olvida, y Cortés tiene que salvarlo, arriesgándose él. En este momento de crisis, cuando Alvarado ha fallado, la voz de otro oficial, el fiel Antonio de Quiñones, pronuncia la moraleja lógica de la escena al persuadir a Cortés que huya: “Vamos de aquí y salvemos vuestra persona, pues sabéis que sin ella ninguno de nosotros puede escapar” (123). Pero ni así quiere Cortés abandonar el campo de batalla, por lo que se hace necesario que los súbditos lo lleven a la fuerza. La batalla la ganan los indios, quienes matan a unos cuarenta españoles al retomar todas las plazas de la ciudad. Cortés le da el golpe de gracia retórico a Alvarado con una ironía diáfana: “Los del real de Pedro de Alvarado... se retrajeron a su real, habiendo peleado aquel día muy bien y ganado casi hasta el dicho mercado; el cual aquel día se acabara de ganar si Dios, por nuestros pecados, no permitiera tan gran desmán” (124). Cortés bien sabe que el lector —el emperador— atribuirá la culpa a Alvarado porque el texto está perfectamente diseñado para producir este efecto. De ninguna manera falta diseño, y la interpretación creada justifica a Cortés como el líder lógico. Escribía para mantener el poder, no simplemente para dejar un testimonio de los hechos.

En *La relación* de Cabeza de Vaca el diseño sale de modelos clásicos. A diferencia de Cortés, la expedición en la que había participado aquél, como representante del mismo emperador, fue un desastre vergonzoso, forzando al autor a enfrentarse a un problema fundamental: había fracasado. Tenía que encodificar su experiencia dentro de un modelo capaz de transformar el fracaso en otro tipo de victoria. Logra la meta pres-tándole al texto la forma de una hagiografía, específicamente la vida de los santos guerreros que descubren a Dios al pasar por una experiencia reveladora que les provoca abandonar los privilegios del rango. Cabeza de Vaca pasa por una purificación al ser reducido a un cuerpo desnudo en la naturaleza más hostil. Pasa por la prueba con la ayuda de Dios, aun convirtiéndose en lo que expresan las palabras de Dios en el desierto, apropiándose de la tipología de san Juan. Antes de regresar a la civilización, instruye a sus feligreses indígenas en el uso de la señal de la cruz, creando de ellos cristianos fieles. Su experiencia, entonces, no nos llega como una mera enumeración de hechos, sino como una peregrinación guiada por la mano de Dios para convertir a este joven cortesano en un hombre sabio y religioso. Su texto cobra el diseño trazado por el sagrado autor de los cielos, y lo marca como el escogido de Dios, merecedor de otro encargo oficial donde pueda utilizar su sabiduría, lo cual es exactamente lo que el autor logró con el texto.

Díaz del Castillo hace hincapié no sólo en el principio de los hechos, sino en sí mismo como el protagonista del principio. Autoriza su texto con la prioridad, luego continuamente controla la exposición del desarrollo natural de los suce-

sos para mostrar su presencia en los acontecimientos de fundación. Esta prioridad genera la autoridad del testimonio *verdadero*, el cual merece ser escuchado primero, antes que los de escritores que no presenciaron los hechos. El diseño del texto, entonces, consiste en una respuesta que busca apropiarse la función de origen. Para realizarlo, Bernal Díaz tuvo que escribir con cuidado, editando el texto para mayor efecto —lo cual lo pone más en el campo de la historia que en el de la crónica—. En estudios recientes, Rolena Adorno y David A. Boruchoff han mostrado, aunque con intenciones opuestas, que Bernal Díaz planeó su texto según metas específicas que brindaron orden y estructura al conjunto (consulte las obras citadas). El hecho de que Bernal Díaz haya corregido su manuscrito para lograr ciertos efectos, sobre todo para desacreditar a Las Casas (Cfr. Sáenz de Santa María), hace que su texto no pueda ser pensado como una mera crónica sin diseño e intenciones, que sólo la narración hace posible —y de allí que pasamos de la crónica a la historia—. Y si la intención de Bernal Díaz queda ambigua aún, él mismo la aclaró más adelante en el texto al decir que ha descrito para que los lectores —más bien el lector, el emperador— hallen “que somos dignos y merecedores de ser puestos y remunerados como los caballeros” (577). El diseño de su texto surge de la meta, que es una misma desde el principio hasta el final: la autoridad de la prioridad, sobre todo en la nómina de remunerados.

### *Evolución de la diferencia*

Si consideramos la exposición que hace Hayden White respecto al incremento del interés por la documentación de los acontecimientos, nos damos cuenta de que la oposición binaria expuesta arriba era más bien producto del desarrollo del modo de concebir el mundo que fue desplazándose desde una base en los valores divinos hacia un apoyo en lo antropomórfico (H. White, *Content*, 1-25). Según White, la mera enumeración de fechas y acontecimientos, sin comentarios ni narración, no denuncia una falta de valores sobre los cuales funciona el escritor, sino el predominio de un valor totalizador del paso del tiempo en el orden natural tal y como los seres humanos lo experimentan. Y como el tiempo mismo es el valor básico, entonces no tiene principio ni fin, porque los años nunca comenzaron ni dejarán de venir y desaparecer. White responde aquí a la tendencia tradicional de atribuir a las crónicas un trasfondo religioso. O sea, se explicaba la falta de interés en los detalles de la evolución humana en una forma de argumento con principio y fin, recurriendo a una supuesta trascendencia de lo divino. Sin embargo, esa explicación sí parece encajar bien con el desarrollo histórico de la historiografía que venimos considerando. Fue el Renacimiento, con su enfoque antropocéntrico, el que introdujo la preocupación por la narración, construida a base de enlaces de causa y efecto dentro de un diseño de principio/desarrollo/fin, que llegamos a llamar his-

toria. Como observó Luciano de la Calzada acerca de la crónica de los reyes católicos, el autor Bernáldez todavía escribía fiel a las normas más asociadas a la crónica:

Frente a la concepción renacentista de la Historia, donde el conjunto se escalona en etapas de sucesiva amplitud y una línea permanente de relación genética traba y encadena los sucesos; donde el personaje, como un héroe de la tragedia clásica, crea Historia en su agonía contra los hombres y los elementos hasta culminar en el desenlace final de la muerte, Bernáldez es el representante de la vieja tradición historiográfica medieval que no busca en el hecho anterior la causa inmediata del siguiente, sino que extiende sobre el conjunto la razón primera de una causa suprema cuya determinación opera sobre el todo y, simultáneamente, sobre cada caso particular y concreto. Las páginas de su Crónica están llenas de constantes alusiones a este providencialismo histórico, que opone instintivamente a la determinación antropocéntrica exaltada por otros historiadores renacentistas (Calzada, 26-27).

La evolución de la *historia* la caracteriza este empeño por alejarse de lo inhumano de la naturaleza infinitamente repetible, de lo incomprensible justificado por la mano de Dios y del fluir arbitrario de la contingencia. La forma predilecta para lograr dichas metas ha sido la narrativa, aunque no es la única. En el siglo XVIII surge la enciclopedia con su tendencia hacia las taxonomías y las estadísticas. Sin embargo, como Borges sabía bien, las enciclopedias de más éxito han empleado narraciones.

Hayden White ha estudiado persistentemente la relación estrecha entre la narración realista y la historia.<sup>3</sup> En el siglo XIX, con el triunfo de la metodología científica, tanto la historia como la novela tratan de alejarse de la subjetividad de la narrativa imaginaria. La novela se convierte en el espejo de la realidad, una rebanada de la vida misma, un ojo pasivo y la pluma fiel —imágenes de la literatura objetiva—. La historia se aúna con la novela, creando y creándose en la imagen de la objetividad realista del arte de la gran narrativa de su época.

In fact, when many contemporary historians speak of the art of history, they seem to have in mind a conception of art that would admit little more than the nineteenth-century novel as a paradigm... Historians continue to act as if they believed that the major, not to say the sole, purpose of art is to tell a story (H. White, *Tropics*, 44-45).

Derrida ha observado que el binarismo valoriza los polos opuestos, y en este caso la historia suele considerarse el positivo y la crónica su contrario. Díaz del Castillo, sin em-

<sup>3</sup> Véanse las obras de Hayden White. Para un análisis del mismo fenómeno, pero desde una perspectiva semántica, véase Ankersmit en las obras citadas.

bargo, al comenzar una de las obras más sobresalientes de la *Crónica de Indias*, evoca un contexto ambiguo en el cual los géneros no se distinguen claramente al llamar su texto *historia*, palabra que repite en el título del primer capítulo. Pero luego evoca la tradición de los cronistas, a quienes les atribuye la función de escribir historia: "Notando [he] estado como los muy afamados cronistas antes que comiencen a escribir sus historias" (Díaz, xxxv). No parece haber diferencia. Mas en el Capítulo 14, cuando por primera vez nombra al escritor en contra de quien escribe, lo llama "el cronista Gómara" (26). Si ambos son cronistas que escriben historia, entonces la diferencia parece estribar en el adjetivo que Díaz utiliza para caracterizar la suya, "verdadera". Para justificar el uso del adjetivo, Bernal Díaz recurre a la autoridad que le da su presencia como testigo. O sea, para este autor la diferencia no es genérica, sino una cuestión de presencia.

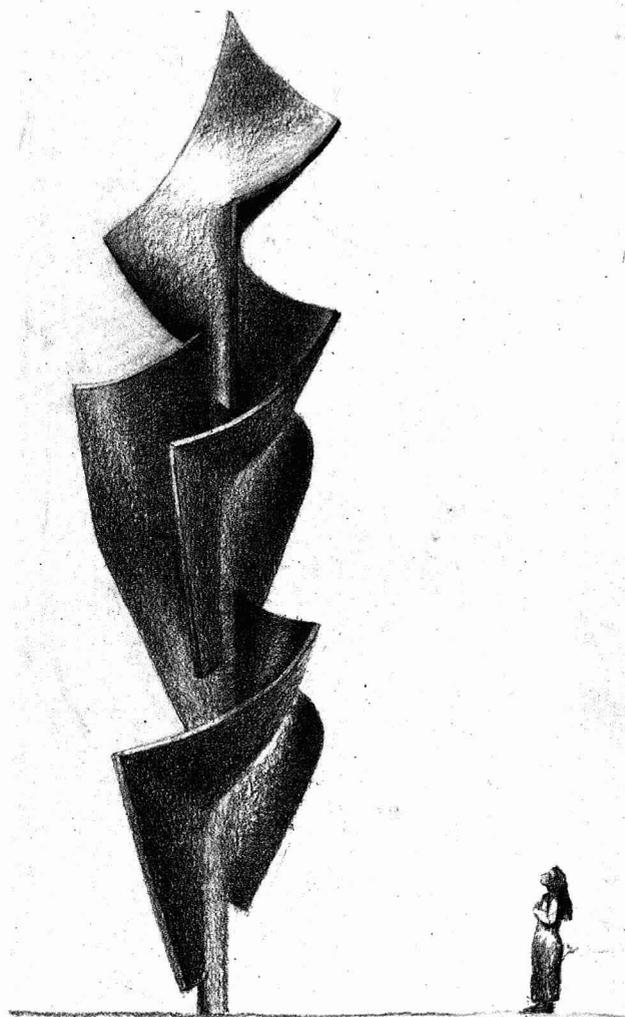
Irónicamente, es exactamente la presencia del autor como testigo la que viene a ser una de las características de la crónica. Esa presencia subjetiva supuestamente hace imposible la distancia necesaria para escribir historia —para darle a los hechos una estructura y una lógica objetiva y totalizadora—. El testigo se limita a una perspectiva, lo cual recuerda a los lectores la posibilidad de múltiples perspectivas, cada una con otra versión de los acontecimientos. Son esos cabos sueltos los que la historiografía trata de suprimir bajo la ilusión de la objetividad científica. Para lograrlo, como ya queda expuesto, los historiadores se apropian de la retórica del realismo decimonónico.

Esta relación entre la novela realista y la historia ha quedado bien documentada. Menos claras son las ramificaciones: por un lado, el binomio novela-historia se liga al racionalismo positivista, que busca eliminar del juego toda arbitrariedad subjetiva o perspectivismo múltiple; por otro, relega los textos de otra índole al polo opuesto. Por ende, el escritor narrativo que quiera reaccionar en contra de ese racionalismo positivista tan limitado producirá un texto con la apariencia de una no-novela. Ya Unamuno al principio del siglo, cuando le criticaban que sus narraciones no eran novelas, respondía que eran *nivolos*. Más significativo para nosotros es el hecho de que escribir contra la novela realista decimonónica quiere decir, lógicamente, que uno escribe también en contra la *historia* como género. O sea, no debe sorprendernos que la renovación del género novelesco se lleve a cabo en textos que por una u otra razón se opongan a la historia, como tampoco debe sorprendernos que algunos de esos textos busquen relacionarse con esa otra producción opuesta a la novela/historia, la crónica.

### *La antinovela mexicana contemporánea*

*Pedro Páramo*, obra maestra de la novelística latinoamericana contemporánea, nos sirve de primer ejemplo de esa antinovela, que a su vez es radicalmente antihistoriográfica. El texto de Rulfo devora la historia, rehusándose a reconocer su cen-

tralidad en la narración, aun en la forma más ingenua de la crónica. Recoge temas bien codificados, como la Revolución mexicana —el hecho histórico más significativo del siglo XX en México— o el reinado de un caudillo —el foco de tantas crónicas—, y los subordina a la obsesión amorosa capaz de desvirtuar cualquier tema que se le oponga. Una escena reveladora sucede cuando Pedro Páramo invita a los revolucionarios a comer y, en pocas palabras, se apropia del movimiento para luego desviarlo lejos de su comarca, es decir al margen



de su centro ahistórico y aun acronológico, porque a fin de cuentas su espacio intemporal es el texto, cuya búsqueda se centra en la obsesión sexual/textual de Susana San Juan, el móvil y la meta de todo lo hecho —los hechos— por Pedro Páramo. Y a ese espacio nos guía un joven aventurero que en ciertas circunstancias —la Conquista, la Colonia o las guerras de Independencia— se hubiera convertido en el cronista, el testigo personal de los acontecimientos que se transformarían en hechos textuales a través de su intervención testimonial, o en otras situaciones en historiador. Va en busca de los elementos fundamentales de la historia: el origen paternal, una

explicación del diseño que se le ha dado al tiempo, un principio/final que sería una resolución de las inquietudes, y, finalmente, un escape que lo dejara fuera del asunto, libre para aprovechar los derechos de autor. Pero aquí el testigo fracasa porque no hay hechos sino puros deshechos, voces sueltas más allá de ningún orden cronológico temporal exterior, sujetos sólo al orden de la lectura interior, una cronología conscientemente acronológica. Como notó García Ponce hace tiempo, esta novela no puede tratar del caudillaje porque no hay historia y sin la historia no puede existir un personaje cuya esencia es el existir en el tiempo.

En Carlos Fuentes se puede encontrar un empeño de cronista. En efecto, sigue mostrando cierta obsesión sociohistórica. Sin embargo, en sus textos siempre subvierte la historia a través del mito, que en esencia es la repetición de lo mismo en forma cíclica. O sea, la fundación de la cosmovisión de Fuentes no es el acontecimiento único, definido por su contexto específico en el tiempo y en el espacio —su valencia cronotopográfica—, sino la irrupción de lo arquetípico en uno de sus múltiples avatares.

*Aura*, su obra maestra, pone en juego esta misma dinámica en el terreno del argumento en cuanto presenta a un historiador que arrogantemente piensa que puede dominar los acontecimientos, tanto los materiales como los textuales, para ordenarlos según su propio criterio y para su ventaja. Sin embargo, seducido por la belleza y el erotismo de la mujer —otro personaje—, cae en la trampa de todo historiador: el autoengaño de creer que uno puede limitar el fluir vital dentro de la lógica de la narración realista y de pensar que la historia tiene principio, medio y fin controlados y determinados por el historiador. No se da cuenta de que al comenzar a escribir la historia, de veras está reescribiendo, repitiendo, reencarnando no al historiador sino al cronista, el testigo personal de los hechos que estaba tan íntimamente involucrado en los acontecimientos que no pudo verlos como una totalidad sincrónica alejada. El historiador se convierte en el cronista de su misma seducción, y a fin de cuentas, lo que más desea es prevenir el final, postergar la clausura tan necesaria para el texto histórico, porque no quiere quedarse en la posición del historiador, alejado, distante y fuera del movimiento de la acción. Prefiere repetir lo mismo —y dejarse repetir como el mismo/otro—. Aquí puede haber cronología, pero no historia. Como aprobarían Mircea Eliade y Robert Graves, la historia profana expira en el altar de lo sagrado, que en la época de la ausencia del dios cristiano vuelve a ser el cuerpo de la mujer.

En *Terra Nostra*, su gran suma “histórica”, Fuentes utiliza lo aprendido en *Aura* para armar una enorme crónica topológica. Los hechos se cuentan con cierto orden temporal exterior, pero los protagonistas se van repitiendo como avatares de los arquetipos fundamentales. Como en los pintores más caros a Fuentes (José Luis Cuevas y Alberto Gironella), cada figura recuerda a otras anteriores, cuya supuesta perfección como modelo es imposible de mejorar, dejándonos sólo la

posibilidad de repetir infinitamente unos grotescos simulacros de una presencia por siempre ausente, sin principio y sin fin, un puro fluir continuo, ahistórico. Y a fin de cuentas, el documento de este proceso, fraguado a base del mismo método, es la única tierra nuestra posible.

Aunque Elena Poniatowska trabaja abiertamente el género de la crónica, dos de sus libros, *La noche de Tlatelolco* y *Hasta no verte, Jesús mío*, se leen como obras históricas. Sin embargo, son textos radicalmente antihistóricos. En los dos, Poniatowska escribe en contra de la historia oficial, con su lógica de causa y efecto, manipulada o por el gobierno en colaboración con los medios de comunicación, o por los hombres para mantener la dominación patriarcal —en realidad, son dos lados de la misma moneda—. Pero la autora no crea una contra-historia; o sea, no escribe un texto con las mismas características de la objetividad, la distancia, la narración limitada dentro de la estructura cerrada, la explicación de los hechos, sino que nace exactamente lo opuesto. Se declara tan conmovida por los hechos de la masacre de Tlatelolco que tiene que acercarse lo más que pueda. Comienza a producir el texto al ritmo de los acontecimientos, sin ninguna distancia, y la obra aparece poco después, antes de que se pueda comprender a la luz de los años —ni olvidar detrás de la sombra del tiempo—. Se ha hablado mucho de cómo se empeña la autora por darle voz a los silenciados, y es cierto, pero no debemos equiparar eso con la falta de presencia o de su propia voz. Poniatowska jamás está lejos de sus textos. En *Hasta no verte*, nos recuerda continuamente que está escuchando a la narradora, convirtiéndose en su voz, o mejor dicho, en su escritura. Igualmente, es la autora quien escoge y arregla los textos de *La noche de Tlatelolco* para darles una forma estética. Y mientras ambos textos parecen tener principio y fin, los dos enfatizan la arbitrariedad del marco. Famosas son las palabras con las cuales acaba *Hasta no verte*. Jesusa le dice a Poniatowska que se vaya y deje de chingar. Qué lejos estamos de la fórmula del capítulo sumario donde el historiador pone todo en orden, sacando sus conclusiones para postular posibles ramificaciones que estratégicamente proyecta para su próximo libro. Pero sí hay diseño, control y propósito. Y parte esencial del propósito es brindarnos una alternativa a la historia oficial.

En *Farabeuf o la crónica de un instante*, Salvador Elizondo utiliza las supuestas características de la crónica para escribir un texto que la crítica jamás ha sabido clasificar con exactitud. Si la novela es una narración de acontecimientos en el tiempo, dentro de un argumento que se desarrolla desde un principio hacia un final, *Farabeuf* no parece ser novela. Elizondo busca la apariencia de una arbitrariedad de los hechos en cuanto a su falta de desarrollo lógico; sin embargo, como en las crónicas, de veras hay diseño con su propia lógica. Elimina el principio en su sentido de primer acontecimiento temporal a favor de una red de interrelaciones cuyo valor va creándose en la lectura. También subvierte la individualidad histórica al permitir que sus personajes vayan

sustituyéndose, a veces cambiando de identidad al cruzar de un lado a otro en una escenografía que resulta, a fin de cuentas, no ser más que un simulacro de la realidad. El texto no busca documentar un hecho *histórico* —aunque menciona por lo menos un acontecimiento durante la rebelión bóxer en China que califica como tal— sino ser un proceso de sí mismo. Ese instante al que se refiere el título es siempre el presente a punto de desaparecer en el pasado, la muerte del tiempo, que atemoriza tanto a los seres humanos que han tenido que inventar modos de conservar, en el mundo material fuera de sí mismos, la ilusión de la permanencia y el significado de la vida: la escritura, y sobre todo la historia/novela. Sin embargo, lo más que puede hacerse frente a esta amenaza invencible es tratar de dejar documentado el instante como un acontecimiento siempre por hacerse; o sea, la vida se parece más a un hecho de crónica, que no se presta bien a la manipulación de la historiografía, que a un dato de la historia, siempre muerto, distante, sin su verdadera vitalidad.

Juan García Ponce titula una de sus obras clave *Crónica de la intervención*. Aunque el título se refiere a la Intervención francesa en el siglo XIX, el hecho histórico que irrumpe en el argumento es de nuevo la masacre de Tlatelolco, con el programa de la olimpiada cultural que la antecedió. Sin embargo, el autor no permite que ningún *evento histórico* se apropie de la vida de los personajes ni mucho menos del texto, sino que hace que los acontecimientos se subordinen a lo que parece más bien el nivel personal. Pero no por eso debemos pensar que García Ponce pretenda escribir una novela histórica a través de la infrahistoria; es decir, el autor no busca reflejar los grandes acontecimientos históricos en la vida cotidiana. Al contrario, García Ponce hace años viene sistemáticamente negando la validez de la identidad individual como valor primordial. En su *Crónica* ni la muerte puede detener la vida, porque la identidad no es personal ni singular, sino extraindividual y múltiple. Y si la identidad particular tradicional es una ilusión, toda narración social o histórica —toda lógica tanto social como moral— que estriba en ella es a su vez ilusoria. Aquí lo que existe es el supuesto mundo de la crónica: lo subjetivo sin la distancia crítica que le pudiera permitir la manipulación logocéntrica; la falta de principio y fin —la acción comienza y sigue al final, a pesar de los hechos que deberían lógicamente marcarlos como terminados; la abundancia de detalles aparentemente no sujetos a una lógica narrativa maestra, y la nivelación de los acontecimientos, que da por resultado que lo aparentemente insignificante pueda recibir más énfasis que los hechos históricos de significado sociohistórico.

El epítome de la dinámica que venimos trazando sería sin duda *Noticias del Imperio*, de Fernando del Paso. Como García Ponce, Del Paso tiene en mente la Intervención francesa del siglo pasado, pero en este caso sí la enfoca como el hecho central. O sea, *Noticias* podría haber sido una novela histórica, bien documentada, con una cantidad abrumadora de información estrictamente clasificada, ordena-

da y homogeneizada dentro de una visión singular del autor pero resultó lo opuesto. Del Paso no sólo renuncia a la perspectiva monológica absoluta del historiador/novelistas, sino que toma el concepto de un punto de vista objetivo y autoritario y lo somete a un proceso destructivo devastador. Continuamente utiliza testimonios que se ofrecían como versiones fidedignas al aparecer en su singularidad de obras independientes y los yuxtapone para forzarlos a dialogar (*i.e.*: “Un pericolo di vita”, 458-479; “En la ratonera”, 495-514; “El compadre traidor y la princesa arrojada”, 553-574). En otro apartado, “Cittadella acepta el trono de Tours”, comienza con una larga enumeración de documentos escritos por testigos bien enterados, no sólo de los hechos que pasaban sino de las supuestas razones por las cuales pasaban así, para mostrar que las posibles fuentes “auténticas” de la historiografía —el campo histórico de Hayden White— son múltiples y contradictorias (191-195). En otro compara dos versiones del mismo texto histórico, revelando cómo la historia cambia según las decisiones editoriales del autor (468-469). Pero luego, empleando el proceso lógico deductivo del historiador, Del Paso mismo crea un detalle sumamente interesante y bello, aunque totalmente ficticio, tan fascinante que queda como el elemento más memorable (véase Bruce-Novoa, “Noticias...”). Las pretensiones científicas de la historia quedan arrazadas por la heteroglosia sublime.

No obstante, lo que liga todo, abarcando los testimonios más diversos, es un clásico monólogo interior llevado igualmente a lo sublime. En una parodia desmedida del monólogo de Molly de *Ulises*, la emperatriz Carlota recuerda y reconstruye —o desconstruye— su vida como centro, no sólo del incidente mexicano de la Intervención francesa, sino de toda la época en la historia europea. Como Bernal Díaz, Carlota habla para corregir las mentiras escritas por historiadores que ni presenciaron los acontecimientos; habla para criticar al protagonista histórico, Maximiliano, y recordarle al mundo que ella también participó en la conquista de México. Como Cabeza de Vaca, construye su texto para salvarse del fracaso de ese proyecto de conquista que la margina del poder y la condena al olvido; y aunque su texto convence, sólo sirve para identificar a su creadora como la fracasada heroína, la ya no enteramente europea, y el recuerdo continuo de los sueños descabezados del poder. Su monólogo no parece tener orden, surgiendo de la nada al principio del libro para desaparecer al final, sin seguir una línea lógica en el desarrollo narrativo del buen novelista/historiador. Y cualquier detalle, aparentemente sin importancia histórica, puede merecer más espacio que los *acontecimientos claves*, porque le falta esa perspectiva capaz de convertir el fluir contingente en un proceso diacrónico limitado a los hechos significantes dentro del marco de una unidad sincrónica. O sea, en Carlota, Del Paso ha creado la figura prototípica del cronista. Y con ella, *Noticias* se convierte en la lucha de polos dentro del campo de la historiografía, que, como venimos viendo, coincide con el de la novela.

## Conclusión

Con *Noticias del Imperio* entramos al pleno posmodernismo. Ya no experimentamos la lucha entre historia y crónica como dos polos supuestamente opuestos y contradictorios, sino el reconocimiento de que los polos, lejos de ser distintos, son mutuamente dependientes, suplementarios, diría Derrida (141-164). Aun más, el posmodernismo se caracteriza no por el mero reconocimiento de esta situación, sino por la institucionalización de los medios que comunican el fenómeno: la arquitectura, los muebles, la música y la televisión, entre muchos ejemplos. En la televisión, el perspectivismo, los cortes rápidos de una escena a otra, la mezcla de lo "real" y lo otro (¿cómo denominarlo?), las pretensiones de seriedad y profundidad intelectuales reducidas a los formatos de cincuenta, veinticinco o dos minutos, el dominio de la superficie visual sobre el contenido conceptual, la simultaneidad de todo lo que sirve para hacernos conscientes de lo pequeño de un mundo unido por el reconocimiento de sus diferencias fragmentarias intrascendentes —todo esto y más, se convierte en el clisé más común y corriente—. *Noticias* toma la forma de un gran noticiario televisado, con todas las fuentes yuxtapuestas instantáneamente. No importa en absoluto que un testigo haya muerto, la televisión recrea sus palabras en la persona de un actor, o retoca fotos de la época hasta que luzcan mejor que las originales, y luego las pone en movimiento a través de una simulación computarizada. El presente y el pasado se funden. Y luego las cintas se van repitiendo año tras año fuera de contexto —aunque ese término carece de sentido cuando el verdadero contexto es la falta de contexto absoluto fuera del texto específico de la presentación actual; o sea, ha quedado a su vez fuera del contexto posmoderno—. La historia se ha reemplazado por las noticias, forma de historia a la marcha, más parecida a la crónica por su falta de perspectiva y por la necesidad comercial de mantenerla siempre abierta a la reinterpretación que garantiza la atención de los televidentes. La novela también entra al juego, tratando de competir con las noticias para atraer a lectores ya adictos a la televisión. Y si las noticias son *la verdad* testimonial, las telenovelas son la ficción del medio —crónicas de amor que se van repitiendo *ad infinitum* hasta fundir la identidad de los personajes con la de los actores. *Noticias del Imperio*, como un edificio posmoderno, yuxtapone lo supuestamente histórico con lo telenovelesco en un gran carnaval. Y a fin de cuentas, es la amenaza de la carnavalización de lo serio y ordenado —la voz del pueblo, de los no-licenciados, del caos que se burla del cosmos— lo que los historiadores han rechazado de los cronistas. Los historiadores, como los demás hombres de razón, se empeñaron durante muchos siglos en imponer el orden de la objetividad científica, pero gran parte de su lucha ha quedado en la retórica del realismo pasado de moda. Lo que se reafirma ahora es el espíritu antilogocéntrico,

antiabsolutista, antitotalitario. "La Historia es imposible; hay historias" nos dice Del Paso. Pudiera haber dicho que lo que hay son no(crónica)velas. ♦

## Obras citadas

- Adorno, Rolena, "Discourses on Colonialism: Bernal Díaz, Las Casas and the Twentieth-Century Reader", en *Modern Language Notes*, vol. 103, núm. 2, marzo de 1988, pp. 239-258.
- Ankersmit, F. R., *Narrative Logic. A Semantic Analysis of the Historian's Language*, Martinus Nijhoff Publishers, La Haya, 1983.
- Boruchoff, David A., "Beyond Utopia and Paradise: Cortés, Bernal Díaz and the Rhetoric of Consecration", *Modern Language Notes*, vol. 106, núm. 2, marzo de 1991, pp. 330-369.
- Bruce-Novoa, Juan, "Naufragios en los mares de la significación: de la relación de Cabeza de Vaca a la literatura chicana", *Plural*, vol. 19-5, núm. 221, febrero de 1990, pp. 12-21.
- , "Noticias del Imperio: la historia apasionada", en *Literatura Mexicana*, vol. 1, núm. 2, 1990, pp. 421-438.
- Cabeza de Vaca, Álvar Núñez, *La Relación o Naufragios de Álvar Núñez Cabeza de Vaca*, editores Martín A. Favata y José B. Fernández, Scripta Humanistica, Potomac, Maryland, 1986.
- Calzada, Luciano de la, "Prólogo" a Andrés Bernáldez, *Historia de los reyes católicos Don Fernando y Doña Isabel*, M. Aguilar, Madrid, 1946.
- Cortés, Hernán, *Cartas de relación*, Porrúa, México, 1967.
- Croce, Benedetto, "La storia ridotta sotto il concetto generale dell'arte", en *Primi saggi*, Bari, 1951, pp. 3-41.
- Derrida, Jacques, *Of Grammatology*, John Hopkins University Press, Baltimore, 1974.
- Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Porrúa, México, 1976.
- Elizondo, Salvador, *Farabeuf o la crónica de un instante*, Joaquín Mortiz, México, 1964.
- Fuentes, Carlos, *Aura*, Ediciones Era, México, 1964.
- , *Terra Nostra*, Joaquín Mortiz, México, 1974.
- García Ponce, Juan, *Crónica de la intervención*, Bruguera, Barcelona, 1982.
- Paso, Fernando del, *Noticias del Imperio*, Diana, México, 1987.
- Poniatowska, Elena, *Hasta no verte, Jesús mío*, Ediciones Era, México, 1969.
- , *La noche de Tlatelolco*, Ediciones Era, México, 1970.
- Rulfo, Juan, *Pedro Páramo*, FCE, México, 1955.
- Sáenz de Santa María, Carmelo, *Edición crítica de Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Instituto Gonzalo Fernández de Ovideo, CSIC, Madrid, 1982.
- Todorov, Tzvetan, *The Conquest of America, The Question of the Other*, Harper & Row, Nueva York, 1984.
- Veyne, Paul, *Writing History: Essay on Epistemology*, Wesleyan University Press, Middletown, 1884.
- White, Hayden, *The Content of the Form, Narrative Discourse and Historical Representation*, John Hopkins University Press, Baltimore, 1987.
- , *Metahistory, The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, John Hopkins University Press, Baltimore, 1973.
- , *Tropics of Discourse*, en *Essays in Cultural Criticism*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1978.
- White, Morton Gabriel, *Foundations of Historical Knowledge*, Harper & Row, Nueva York, 1965.

# Ideas y revelaciones



AUGUSTO ESCOBEDO



*Ehécatl,*  
década  
de 1970,  
crisacola

I

Una de mis constantes preocupaciones como escultor ha sido tratar siempre de adaptar mi obra a su peculiar recinto, para lograr una unidad de conjunto.

Cuando fui llamado por el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez para cooperar en la decoración de una fuente que formaría parte de su original (y único en América) proyecto de una guardería de nuevo tipo, lo primero que hice fue buscar la manera de utilizar los elementos arquitectónicos ya presentes para colocar mis esculturas de acuerdo con una composición que me permitiera armonizar e integrar las formas y materiales empleados, tanto arquitectónicos como escultóricos.

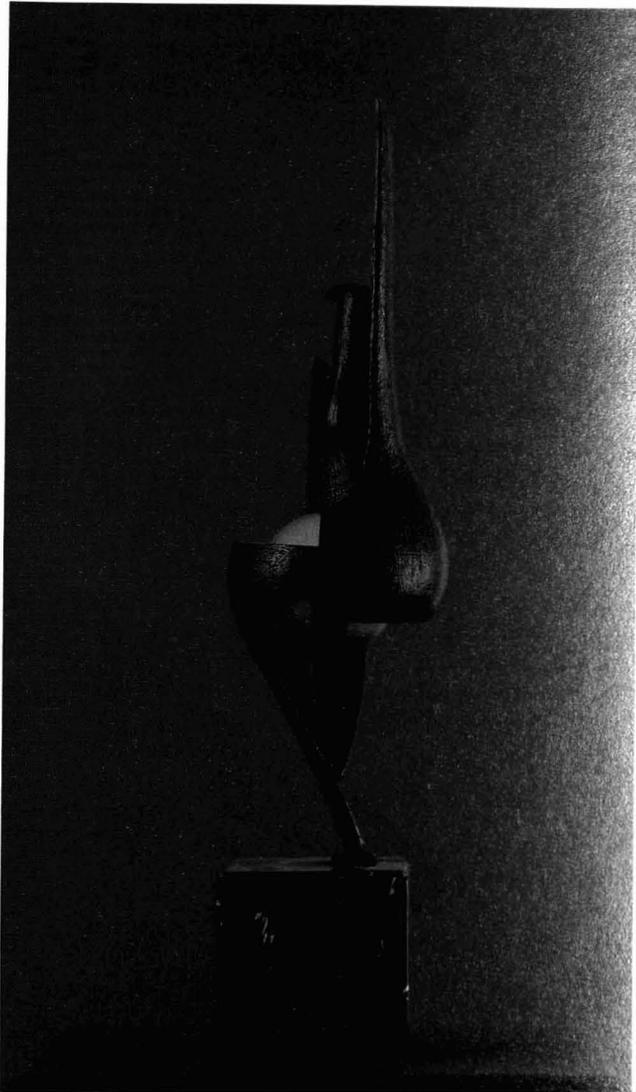
Pero más importante aún que la integración de conjunto era, para mí, evitar a toda costa caer en la manida y estereotipada fórmula de rutina para hacer una fuente, a saber: receptáculo, tazón, surtidores y el consabido coro-

namiento escultórico, apoteosis de la repostería fontanal. Consecuentemente, decidí hacer que mis esculturas jugaran un doble papel: por un lado decorativo y por el otro funcional; en otras palabras, que sirvieran tanto para recrear la vista como para producir por sí mismas los juegos de agua.

La solución no era nueva; por siglos se han venido utilizando ranas y pececillos arrojando agua por la boca y hermosas doncellas con jarras desbordantes. Pero esta vez se trataba de hacer algo que diera la tónica del lugar y que tuviera originalidad. Por tanto, ideé figuras de niños arrojándose agua unos a otros. Con ello obtuve una serie de surtidores que formaron un dinámico y agradable conjunto, el cual, a la vez que rompió la horizontal monotonía de una fuente de veinticinco metros de largo por seis de ancho, me dio una ágil y juguetona línea de composición que fuera saltando a lo ancho y a lo largo, hacia arriba y hacia abajo, de uno a otro extremo de la fuente.

Aunque la tendencia general de mi escultura no es tan definidamente realista, considerando que se trataba de un lugar destinado al recreo de los niños y de carácter eminentemente popular, preferí crear un tipo de escultura fácilmente comprensible, que permitiera el impacto del mensaje jocundo y gracioso que la inocencia y alegría de vivir de los niños nos transmite; mensaje que muy pronto hemos olvidado y del cual estamos urgidos en esta nuestra desquiciada era atómica.

1957



*El águila,*  
década  
de 1980,  
bronce

## II

Se ha dicho y repetido infinidad de veces que las academias de arte forman artesanos pero no artistas. La escultura es, quizá, de las artes visuales, la que con mayor frecuencia confirma esta opinión. En efecto, del gran número de jóvenes que concurre a las academias a practicar tal disciplina, muy contados escapan a la clasificación de artesanos, con la agravante de considerarse a sí mismos artistas. El escultor necesita, es cierto, conocer bien su oficio; pero esto, que bastaría aparentemente para hacer de él un virtuoso, no es suficiente; necesita tener conocimientos profundos de los métodos de trabajo, procesos de elaboración y materiales empleados para comprender las estructuras, formas y superficies que en cada caso determinado requiere la obra escultórica, con el fin de expresar al máximo la idea preconcebida. Necesita familiarizarse con los estilos de las diferentes épocas para hablar un lenguaje acorde a sus tiempos y labrarse una personalidad y un estilo definidos con base en una cultura general no circunscrita sólo a su especialidad, sino relacionándola con todas las otras manifestaciones culturales.

Se oye frecuentemente nombrar a los escultores con un despectivo criterio acerca de su cultura.

## III

Un amigo mío tenía una hacienda cerca del pueblo de Teotihuacan e invitó a un grupo de amigos a pasar con él un fin de semana. Cuando llegamos todos se dirigieron al bar pero como yo había dejado de beber me quedé en el enorme patio cuadrado de la hacienda. En un rincón encontré una escalera de mano que estaba recargada contra



Guerrero  
olmeca,  
década de  
1970,  
ónix

## V

Se ha abierto una brecha que conduce al término de la época del arte como algo separado del ambiente. La vieja época de cuadros y esculturas para adornar paredes y chimeneas ha muerto. El concepto tradicional del artista no es ya válido para una época de energía nuclear y conquista del espacio. El hombre empieza a cortar su cordón umbilical con la tierra, su placenta, y se dispone a nacer. La escala futura del artista no es ya doméstica, ni siquiera monumental, sino ambiental. El artista del futuro no será pintor, escultor o arquitecto sino un nuevo modelador de formas plásticas, que será pintor, escultor y arquitecto a la vez, y no una mezcla adulterada de estos talentos; será un nuevo tipo de talento que los resuma y supere a todos. Con la unificación de la pintura, la escultura y la arquitectura se creará una nueva realidad plástica. La pintura y la escultura no se manifestarán ni como murales ni como objetos inde-

Gabriela, 1985, bronce

un muro de cinco metros de altura. Se me antojó trepar por ella y en la cima el paisaje circundante se ofreció a mis ojos. Era un paisaje plano, solitario, pero a lo lejos, en el cielo, se recortaba una única pequeña nube. No había nada ni nadie en toda la extensión de la llanura; sólo estábamos frente a frente la nube y yo. Recordé un mármol blanco con vetas rosas que tenía en mi taller, con más o menos el mismo contorno de la nube. Mis ojos empezaron a imprimirla, y pronto tuve suficiente material memorizado para mi próxima escultura.

Vuelto a mi taller empecé febrilmente a trabajar, pues sabía que era el momento mágico de la creación. Después de varios días de trabajo sentí la necesidad de analizar lo que había hecho ¡Que desilusión! Ahí estaba el retrato, la fiel copia de la nube, pero la emoción que había sentido al verla por primera vez en Teotihuacan ya no la podía repetir pues habían desaparecido todas las motivaciones de aquel momento. Fue entonces que mi sensibilidad alcanzó el nivel del razonamiento y el mensaje llegó con toda claridad: la función del artista es interpretar la emoción provocada por una conjunción de elementos que lo rodean en un momento determinado, para crear una forma artística que a su vez sea capaz de crear una emoción en el espectador, que no será necesariamente una repetición de la emoción primaria del artista sino que será la respuesta personal del espectador en concordancia con su propia idiosincracia y cultura.

## IV

Representar la esencia de las cosas no es en sí objetivo suficiente del arte. El arte es su propia realidad. Es la revelación o creación de un mundo objetivo, no la representación de otro.



pendientes sino que contribuirán a la creación de un ambiente no solamente utilitario y racional, sino también puro y concreto en su belleza.

1973-1974

## VI

Cuando empiezo a modelar una piedra no sé lo que va a suceder, sólo sé que me atrae su apariencia y empiezo a buscar formas en ella, siguiendo mi intuición de excavar dentro del grano de la piedra, porque quiero llegar a algún lado, no sé dónde, o cómo, pero a algún lado, tan lejos como pueda, y cuando suspendo mi trabajo, a veces siento que llegué hasta donde podía, pero no a donde quería; algunas de mis esculturas me dejan un sabor de frustración, otras no. Considero cada escultura que hago como un episodio romántico con una mujer, como una aventura amorosa que nunca se sabe cómo va a terminar. Al iniciar la relación con la piedra, ésta responde dócilmente a mis esfuerzos para convertirla en obra de arte, como una amorosa y



*Paisajes internos, década de 1970, ónix*

comprendiva mujer contribuye a realizar el romance perfecto, pero a veces la piedra no soporta el trato que le doy como a veces ocurre con la mujer, y en vez de pedirme el divorcio, la piedra simplemente se rompe.

## VII

Muchas de mis obras se derivan de la energía de lo erótico. Mis formas son muy sensuales porque toda mi vida he sido sexualmente encauzado y muchas veces me he maldecido a mí mismo por emplear un tiempo en el sexo, en vez de dedicarlo a mi carrera. Fui educado en la religión católica, que considera el sexo como algo pecaminoso y malo, y así he pasado todos mis años de actividad sexual, tratando de liberarme de este complejo de culpa y creo que aún lo llevo dentro de mí y tal vez al simbolizar mis necesidades sexuales en la piedra, me libero del trauma. ♦

1979



*Autorretrato, 1953, tinta/papel*

# Recuerdo de Mascarones

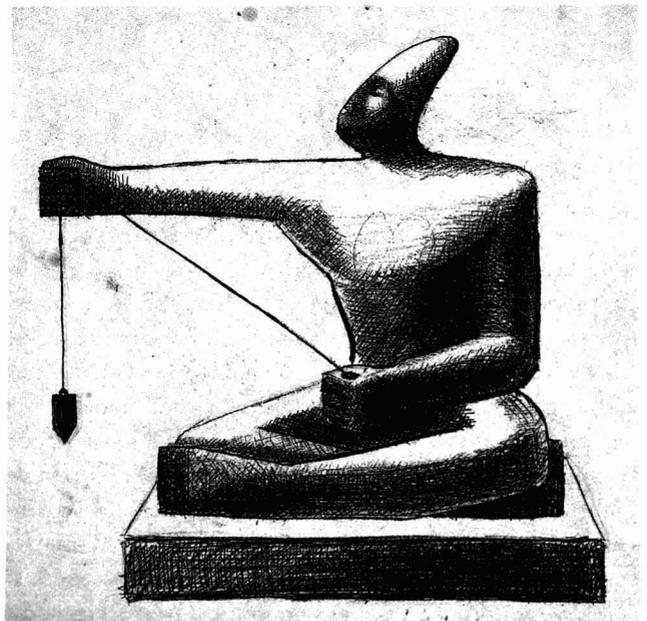
JUAN MARICHAL

*Para Ana, de su abuelo que es de Mascarones*

Un gran poeta catalán, Agustí Bartra, observaba que el exilio había sido un episodio providencial para su lírica pues había ampliado considerablemente su horizonte. Sin ser versificador puedo decir también que el abandonar esta península representó una ampliación notable del horizonte del estudiante de bachillerato que cursaba sexto año en el Instituto Nicolás Salmerón, en Barcelona, en la primavera de 1938. Ingresé en el Liceo Michelet de París en el otoño y allí permanecí hasta 1940, cuando pude trasladarme al Liceo Maréchal Lyautey de Casablanca, dos meses antes del derrumbe de la tercera República francesa. Al año siguiente concluí el bachillerato francés y algunos meses más tarde llegué a Veracruz en uno de los últimos barcos con pasajeros españoles que atravesarían el Atlántico rumbo a México. Pronto, ya en la capital mexicana, acudí a las oficinas centrales de la UNAM en la calle de Justo Sierra y la más eficaz administradora universitaria que he conocido, la muy diminuta señorita Pimentel, hizo revalidar mi diploma de bachiller francés en un real santiamén. Me matriculé en la Escuela de Minería a la vez que en la recién nacida Facultad de Ciencias pero infortunios familiares me forzaron a dejar la Universidad y a buscar algún empleo, que obtuve en la embotelladora Canada Dry, sita entonces en el Paseo de la Reforma. Ahorro lo que siguió, aunque sí me atrevo a relatarles que una tarde, mientras esperaba en un banco de Reforma el comienzo de mis horas de cajero en la empresa dicha, leía *Historia como sistema* de Ortega, y decidí matricularme de nuevo, en la Universidad, esta vez en Filosofía y Letras. Así, empecé el curso de 1943 —en el antiguo calendario escolar mexicano— en Mascarones: en el remanso de paz que era aquel antiguo convento barroco. Allí conocí, esperando el comienzo del curso del maestro Edmundo O’Gorman, a John Phelan (mi mejor amigo norteamericano y muy distinguido historiador de la América virreinal),

a Luis Zorrilla (que haría una brillante carrera diplomática y excelentes estudios de historia mexicana) y al profesor Ortega Medina (fidelísimo discípulo español de don Edmundo): conviene advertir, aquí, que éramos la muy exigua minoría de *varones* en el curso pues en Mascarones dominaban *las* estudiantes. De ahí también su carácter de *oasis*, donde no había *novatadas* y otras barbaries.

Allí, en el hermoso patio, paseaba con alguna alumna mi profesor de filosofía del Salmerón de Barcelona, Eduardo Nicol, cuyas clases habían sido también un remanso de paz en aquellos meses en 1933 de terribles bombardeos aéreos. Otro filósofo catalán, don Joaquín Xirau, me permitió participar en su escogido seminario, en el cual conocí a su hijo, Ramón Xirau, y a otro buen amigo, Manuel Durán. Mas hubo también en mi tiempo de Mascarones episodios no exclusivamente *intelectuales*, que conservo en mi recuerdo como muy propios de un clima universitario, muy precisa-



mente fechados. Así, la clase de historia de España con el venerable don Rafael Altamira —que estaba siempre acompañado por su mujer, muchísimo más joven que él— y cuyo contraste cronológico nos lo explicó en una de sus primeras lecciones (a la apenas media docena de sus alumnos): ¡se había casado con la hija de la novia que lo había dejado plantado ante el altar! Decepción que él había compensado con su enorme trabajo de historiador joven. Debo añadir que don Rafael sólo comentaba páginas de su muy famosa *Historia*, añadiendo socarronamente: “yo ya soy historia”. No recuerdo el nombre del profesor de latín (que seguramente era un antiguo eclesiástico mexicano) pero sí su expresión de sorpresa absoluta cuando Ernesto Cardenal —¡entonces mucho más interesado en explorar los misterios del alma femenina que en los arrebatos místicos de san Juan de la Cruz!— se presentó ante dicho maestro a rendir examen oral de latín. “¿Quién es usted?”, le preguntó. Y Ernesto respondió: “Mire, maestro, en su libreta, y comprobará que he estado presente todo el curso.” El aturcido profesor concedía que así era: ¡lo que no sabía era que Ernesto Cardenal y Ernesto Mejía Sánchez (luego eminente erudito) se descolgaban de la ventana en el extremo sombrío del aula, una vez registrada su presencia en el cuadernito del latinista! Claro está que el predominio femenino en el estudiantado daba una marcada seriedad a las clases. El único curso verdaderamente mixto era el del excelente catedrático de Teoría general del Estado, don Luis Recaséns Siches, pues acudía a Mascarones a seguirlo un apreciable número de futuros licenciados en derecho, mucho más interesados, por supuesto, en encontrar novia que en la legendaria erudición jurídica del profesor español. Sólo varones, en cambio, asistían al seminario del doctor Gaos, de ocho a nueve de la noche. Me sorprendió encontrarme allí con el maestro O’Gorman y otros colegas suyos del profesorado (Justino Fernández, el historiador del arte mexicano, por ejemplo). Mayor fue mi sorpresa cuando Gaos inquirió, con cierta risilla, si por azar había algún estudiante matriculado: ¡y resultó que yo era el único! Quedé, así, incorporado al grupo del seminario, que a las nueve atravesaba la avenida para merendar, en un modesto *chino*, enfrente de Mascarones. Así pude participar, como mero y entusiasta oyente, en la tertulia más animada intelectualmente de mi vida. No muchos años más tarde —entre 1946 y 1949— también a las nueve de la noche, se prolongaba el seminario de Américo Castro en un cafetín de Princeton: aunque sólo se escuchaba una voz, la del maestro, en su siempre atormentado monólogo sobre el *ser* de España. En el seminario de Gaos también se oía nada más el discurrir del maestro: ¡y qué claridad la suya, por abstruso que fuera el asunto! No creo ser arbitrario si mantengo que Gaos fue el mejor exponente de su tiempo del precepto de Ortega, su propio maestro: “la claridad es la cortesía del pensador”. Digamos de paso que en nuestros días y en esta vecindad, priva lo opuesto: “añadamos un poco de obscuridad” (*ajoutons un peu d’obscurité*) —que decía Mallarmé—. Lo

sorprendente en Gaos (según descubrí al empezar a leerle) era el contraste entre la diafanidad del *habla* docente y la espesura germánica de su prosa. Aunque para mi fue un descubrimiento con indudable porvenir el seminario sobre el pensamiento de lengua española, cuyos textos principales recogió en su espléndida *Antología* de la Editorial Séneca: que debería reeditarse aquí donde *no* fue conocida. Ahí, en verdad, en el seminario del maestro Gaos encontré mi *campo* de trabajo: y de ahí procedió mi curso de Harvard: Historia intelectual de la América Latina (cuyo título y tema motivó que un muy ilustre especialista en arqueología maya me manifestara su sorpresa: “¿Pero es que acaso hay un pensamiento latinoamericano?”).

Si aquella eminencia harvardiense hubiera conocido al maestro O’Gorman no me habría interrogado en los términos recién citados. El curso de don Edmundo versaba sobre temas de la historiografía hispanomexicana, del Descubrimiento a los preludios de la Independencia. No era, sin embargo, una exposición panorámica, puesto que se centraba en figuras singulares, digamos, por ejemplo Las Casas. Y no obstante sus frecuentes *aportes*, adversos a la metodología heredada de los positivistas —que apuntaban casi siempre a los trabajos del doctor Silvio Zavala— se aprendía con O’Gorman el rigor intelectual y la claridad expositiva propios de las mejores universidades europeas y norteamericanas. De hecho, para mis aspiraciones, O’Gorman ofrecía —mucho más que Gaos— las normas de la historia intelectual, ya que el maestro español hacía más bien *historia de las ideas* (según se sigue practicando aquí). Debo añadir que —pese a su animadversión a todo lo que “oliera” a positivismo— don Edmundo acogió muy cordialmente a su gran rival norteamericano, el ya venerable Herbert Bolton, cuando organizó un seminario de investigación documental en el Archivo General de la Nación (que O’Gorman dirigía), con gran provecho para nuestro pequeño grupo de novicios investigadores. Y a don Edmundo debí el obtener el puesto de instructor que me concedió la Universidad de Princeton para ser ayudante de don Américo Castro. Volviendo a Mascarones quiero reiterar que era un remanso espiritual para mí, donde vivía horas diarias de amistad con jóvenes mexicanos de mi edad, como Joaquín Sánchez MacGregor. Decía mi querido y admirado Max Aub —sin duda el ciudadano más ejemplar de la república hispanomexicana de las letras— que “se *es* de donde se ha hecho el bachillerato”. Y en mi caso la Casa-blanca-oasis de 1940-1941 —que no tiene nada que ver con la actual— me dio amistades fraternas que han pervivido hasta hoy: pero el irrepitible ámbito hispanomexicano de Mascarones en 1943-1945 fue el clima humano propicio para mi naciente vocación, además de darme el refugio y la amistad de maestros y compañeros, que nunca perdí. Así que yo podría decir —siguiendo a Max Aub— que “se *es* de donde se han hecho los estudios de la *maestría* de historia”: uno *es* de Mascarones. Y a mi nieta mayor, Ana Marichal, alumna de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, *envío* esta constancia de mi deuda. ♦

# Autorretrato

REYNALDO VELÁZQUEZ

**M**i conflicto con el espejo data de mi primera infancia. Desde entonces sufrí un impacto que me dura hasta la actualidad. Fue la sensación de un fraude, de un engaño; a uno le alimentan más o menos el ego pero tarde o temprano se impone la sinceridad del espejo. Naturalmente, mi primera reacción fue eludir la contemplación intencional. El problema fue que cada vez fueron aumentando las posibilidades incidentales de toparme con esta presencia y por absurdo que parezca me sobresaltaba (me sobresalta) invariablemente. En aquel tiempo lo atribuí piadosamente a mi individualidad. La verdad es que me daba mucha envidia ver que la mayoría de los niños de mi edad podía observarse con naturalidad ante cualquier espejo a la pasada, sobre todo si llevaban una prenda nueva. Yo mismo compartía su entusiasmo pero jamás quise asomarme a comparir la imagen. Hasta la fecha no me gusta revisar el resultado de cualquier combinación. Me visto de memoria para evitar el mal rato.

Por otro lado, el autorretrato me gustó desde antes de dedicarme formalmente al dibujo. Entre los trece y los quince años me nació la curiosidad de hacer un registro de los cambios que se producían en mí y a la vez fue un intento de familiarizarme de una vez por todas con ese personaje que por sus señas no me abandonaría jamás y que me sería siempre tan contradictorio. Fue un fracaso porque además ya tenía yo la capacidad para distinguir los rasgos de que estaba compuesto mi rostro. Entonces tuve una idea morbosa y desdichada: observarme con dos espejos de modo que el uno corrigiera lo que el otro invirtió. Así lo hacía mi hermano cuando quería saber si estaba bien peinado por atrás. Las consecuencias fueron desastrosas pues descubrí que mi perfil no coincidía con mi frente ni era yo como lo sentía desde aquí adentro. Sobrevino una nueva sensación: como que vivía yo dentro del casco (la cabeza) de un desconocido que no logré identificar. Exactamente lo que pasa cuando uno escucha por primera vez la propia voz en una grabadora y piensa que el aparato está descompuesto. Des-

de luego, todo este tráfico de experimentos lo realizaba a escondidas, en lo más íntimo del secreto. No hubiera yo tolerado la humillación de ser descubierto. Sin embargo, una vez que comencé a dibujar, indagué que muchos otros habían sentido también la inquietud de la autoobservación de modo que mi desasosiego se mitigó un poco. Por aquel entonces empecé a pensar lo contrario: en lugar de suponer una originalidad absoluta descubrí que mi tipo era producto de repeticiones y que incluso los cartílagos de la nariz están debidamente contados y numerados en los libros de anatomía. ¿Qué gano con esto? Muy claro: que mi parecido a un autorretrato no es estricto sino que se viste de estados de ánimo de los que el espectador no se hallará nunca al corriente. De todos modos y en favor de una sinceridad absoluta, pienso que el autorretrato ejecutado en técnicas que no contigén la inversión del espejo es un diálogo cerrado entre el autor y su imagen, mientras que cuando se ejecuta con cualquier técnica de grabado, la copia, por constituir una inversión de la placa, nos devuelve el diálogo abierto en dirección del espectador. En teoría, este fenómeno debe facilitar la penetración en la psicología del autorretratado.

Todo lo anterior no significa que yo haya superado la extrañeza ante mi propia imagen. Mi sufrimiento pasó a otra escala. La siguiente etapa, el siguiente drama fue la fotografía, desgraciadamente un requisito tan común, necesario y falso en nuestra época. Así como antes mi interior protestaba ante la falsedad de mi imagen en el espejo, ahora protestaba ante la estampa fotográfica o todos sus subsecuentes productos por absurdos. Desgraciadamente, son tan indiscutibles sus imágenes que prácticamente son los testimonios que sobreviven de la actualidad, aunque yo digo que sobre una foto de Gauguin o de Van Gogh se acumula el tiempo mientras en cualquiera de sus autorretratos no ocurre ningún cambio. En fin, que mis palabras no pueden ser un testimonio definitivo. ◆

# (a la vera)



VÍCTOR SOSA

*Para Fred Herrera*

*Soy a la vez demasiado grande y  
demasiado débil para la escritura:  
estoy a su vera*

Ronald Barthes

la música proviene de la mente  
la luz oblicua  
la ondulatoria danza de los cuerpos  
que toca  
    ilumina  
        y parte  
siempre a otra parte  
siempre encontrada sobre un fondo  
rocoso y a la vera del mar  
sedal donde mi ingle rozo  
¿pero qué es el mar?  
¿qué es la música?  
¿qué es un pájaro?  
comencemos por un pájaro  
que es el recuerdo de un amigo iluminado  
por esa antigua grandeza del sol  
sí  
comencemos por el pájaro  
porque tocar es cantar  
tocar un cuerpo es cantar  
a la vera del que goza  
como a la vera del árbol pasa el río  
dentro del árbol el río fluye  
y dentro del río el árbol  
se mece  
    moja  
        y murmuran

sus hojas como peces  
altísimos jugando  
simplemente a ser hojas  
ejemplo 1) como juncos taoístas  
que ya leyeron a Chuang Tzu y se esmeran  
en ser cada día más flexibles  
ejemplo 2) como los niños  
que son como las montañas  
sagradas que el viento peina  
y esa cima incierta  
para el pie que avanza y cree poseer  
el aliento  
lo único que te pertenece  
entra  
    sale  
        entra  
la inteligencia de tu aliento insuflando  
frondas en la mirada  
hacia la meta  
ladera arriba  
los niños como las montañas  
el aire más puro de la tierra  
que renacen  
    engendran  
        respiran  
en su centro inquieto  
*digo que es necesario renacer*

decía Cristo a los hombres  
como las montañas  
cantando sobre ellas  
como sobre el mar  
porque cantar es recibir  
vaciar la nave resonante  
cantar  
es navegar más allá de Ítaca  
más allá de ese *alto mare aperto*  
que Dante cantara  
nadie está solo cuando canta  
cantando esperan al buda Maitreya  
y alguien lava cantando  
las vestiduras del emperador Huan Ti  
amarillas como el desierto de Arizona  
tolvanera de recuerdos empotrados  
esa música  
*soy un hombre violento que busca ser pacífico*  
decía Lennon  
*soy un hombre cuyas facultades físicas*  
*están en declive*  
decía J. L. B. a sus ochenta  
asomado asombrado a la vera

de su bastón chino de laca  
la noche canta en el recuerdo  
de unas ramas inmóviles  
y el palmeral de la vida asoma  
salta  
el gato sobre la bola de papel  
y Pilar duerme  
mientras una desaparecida supernova  
palpita aún en esta percepción  
de un presente que es recuerdo  
a la vera del poema  
¿recuerdas?  
si recuerdas reactivas la mirada  
escudriñas las analectas  
otorgas la luz al ojo  
¿recuerdas?  
la luz oblicua  
la ondulatoria danza de los cuerpos  
esa música  
¿recuérdala!  
el paraíso es esa música  
que a la vera de las palabras  
no se oye.

# Dos textos



JOSÉ C. VALADÉS

*La vida de José C. Valadés correspondió a la intensidad de un periodo agitado y creativo de México. En su infancia asistió a las vicisitudes de una familia antiporfirista y maderista; en su juventud participó en la Revolución al lado del general Ramón F. Iturbide, más tarde en la fundación del Partido Comunista y fue dirigente del sindicalismo independiente en los años veintes. Expulsado del país, se dedicó al periodismo en California y Texas y luego, superando obstáculos y trabajando con ahínco, encontró tiempo para la investigación histórica, a la que acabó dedicando por completo sus años de madurez.*

*Entre 1936 y 1976, año de su fallecimiento, publicó más de treinta títulos de investigación histórica, algunos en varios volúmenes. Aunque fue profesor de la Facultad de Filosofía y Letras y de la Escuela Nacional Preparatoria, su labor histórica fue resultado de su dedicación personal.*

*A la fecha han sido publicados dos volúmenes autobiográficos de José C. Valadés. El primero corresponde a la descripción de la vida lugareña en Mazatlán, de donde era oriundo,<sup>1</sup> y el segundo comprende su época de actividad sindical durante los años veintes.<sup>2</sup>*

*Al comenzar el gobierno del general Manuel Ávila Camacho, Ezequiel Padilla asumió el cargo de secretario de Relaciones Exteriores. Padilla invitó a José C. Valadés para que ocupara su secretaría particular en la cancillería mexicana. El volumen inédito de las memorias de Valadés durante este periodo, que va de 1937 a 1946, contiene interesantes datos y reflexiones sobre la vida política de México. Además de testigo, Valadés fue actor de hechos que caracterizaron esa época, los cuales recoge y observa con la mirada analítica del historiador.*

*Del volumen inédito se han seleccionado dos textos, uno correspondiente a la entrevista exclusiva que diera el entonces presidente electo Manuel Ávila Camacho a José C. Valadés en la que hizo revelaciones sorprendentes para la época, texto que constituye un magistral retrato del presidente Ávila Camacho.*

*El segundo se refiere a un capítulo poco conocido de la política exterior mexicana, en el que Valadés recupera una serie de reflexiones sostenidas con el ministro Padilla ante la proximidad de la guerra, en torno a cuestiones como la posible participación de México en el conflicto y la reanudación de relaciones diplomáticas con la entonces Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y con el Vaticano.*

Patricia Galeana

<sup>1</sup> José C. Valadés, *Mis confesiones*, Editores Mexicanos Unidos, México, 1966.

<sup>2</sup> José C. Valadés, *Confesiones de un joven rebelde*, Universidad Autónoma de Sinaloa, México, 1985.

## ¡Soy creyente!

Llegamos a la casa de Ávila Camacho en Teziutlán, minutos después de que una comisión de diputados y senadores le comunicó oficialmente que era presidente electo de la república. Ávila Camacho, afable, nos invitó a su mesa; pero declinamos la invitación tanto por saber que a la comida sólo le acompañaban sus familiares, cuanto por el deseo que yo tenía de conocer la ciudad antes de hablar con el designado.

Varias horas tomamos en el recorrido por Teziutlán, hablando con sus ilustrados habitantes. Éstos me llenaron de noticias sobre la vida de Ávila Camacho. Apacible y discreta, pero con aire de viejo señorío, es la ciudad. Sin la prisa que nosotros llevábamos qué de interesantes observaciones se pueden hacer en esa pequeña madriguera de criollos que es Teziutlán, y cuyos aledaños, en los que reinan la pobreza y la miseria, ofrecen un serio contraste con la ciudad.

Regresamos a la casa de Ávila Camacho, quien nos esperaba amable y comunicativo. Sin ser excepcional, nada de vulgar encontré en el presidente electo. Descubríase desde luego la falta de su experiencia política que ocultaba hábilmente con la suavidad de su fácil conversación.

Aunque opaco en sus frases, tenía instantes de lucimiento. Daba la idea del individuo que sólo por indolencia no ha abierto las páginas del Libro universal. Su caracterología era notoriamente la de quien no queriendo hacer mal a nadie, en el balance de su vida hace más males que bienes. Su amaneramiento afectivo indicaba que no correspondía a los hombres que se entregaban a la nobleza de la amistad, sino al interés de la amistad.

Fui para Ávila Camacho fiscal terrible. Sin embargo, me conmovió el esfuerzo de naturalidad que daba a sus respuestas. Cuando le pregunté cuál era su religión, de una manera categórica contestó que la católica, apostólica y romana. Lo dijo con entereza. Ningún otro presidente de México, desde hacía años, tuvo tamaño atrevimiento. Nada me atrae más en un hombre que cuando pronuncia la verdad, aunque ésta sea contraria a mi pensar. Con esa declaración, lo comprendí al instante, Ávila Camacho conquistaría a una parte de los mexicanos cuya inclinación hacia Almazán tenía todos los visos de ser decisiva.

Ninguna maldad encerró mi pregunta. El diputado Alejandro Carrillo se equivocó, cuando en la tribuna de la cámara dijo que yo había obrado dolosamente. Yo quise conocer los sentimientos y los pensamientos de Ávila Camacho. ¿Era posible dejar de interrogarlo sobre sus creencias religiosas cuando éstas, existiesen o no, forman en la vida del individuo?

No obstante que la conversación fue, en todas sus partes, en presencia de Morales y Díaz al despedirme de Ávila Camacho, agradado pero también hondamente preocupado, le pregunté si podía hacer públicas, por la elevada importancia que tenían sus palabras, a lo que me contestó autorizándome para que las usara conforme a mis deseos.

Salimos de Teziutlán cuando entraba la noche, dirigiéndonos a Tehuacán con el propósito de tomar un breve des-

canso. De allí, al siguiente día fuimos a Orizaba en donde se encontraba mi madre, acompañada de mi hermana Renée, visitando a Guillermo, el menor de la familia.

De regreso en México me entregué silenciosamente a escribir mis impresiones sobre Ávila Camacho; y me encontraba en esta tarea, cuando llegó a mí el capitán Waldo Romo Castro, individuo de despejado talento y ayudante de Ávila Camacho, quien me comunicó que éste deseaba, que por la repercusión que pudiesen tener sus respuestas y debido a que yo no había hecho apuntes, que permitiera al propio Romo Castro examinar el texto de la conversación, antes de que el original fuese entregado al director de *Hoy*.

Puse a la vista de Romo Castro el manuscrito, no sin advertirle que no acostumbraba que mis trabajos fuesen leídos antes de su publicación; pero que tratándose de las palabras de un futuro presidente creía necesario, dada la trascendencia que encerraban, que fuesen escrupulosamente examinadas, aunque confiaba en haber repetido con exactitud lo dicho por Ávila Camacho.

Romo Castro ofreció devolverme el manuscrito horas más tarde; pero como esto no sucedía, fui en su busca. Me hizo esperar cerca de dos horas, y devolviéndome el original me dijo que Ávila Camacho estaba admirado de la feliz versión de nuestra conversación, y que la única petición que tenía que hacerme consistía en que cambiara la frase "soy católico" por la de "soy creyente".

¿Por qué, me he preguntado después, las injurias de que me hicieron objeto los amigos de Ávila Camacho al ser publicada la conversación con el presidente electo? Se me calificó de perverso y satánico; y no faltó quien tuviera la audacia de afirmar que yo había obrado por cuenta del clero mexicano.

Las palabras de Ávila Camacho, pues, fueron causa de una tempestad; y confieso que temí en la flexibilidad del presidente electo. Me equivoqué. Ávila camacho hizo honor a la verdad. Siempre me han sido repugnantes quienes se desdican o quienes, por complacencia momentánea, prometen y no cumplen.

Jamás he tenido la osadía de desvirtuar una sola palabra de las que he sido asiduo coleccionista. Si algunos —reducidos en número y todavía más en calidad, por cierto— hicieron rectificaciones a mis escritos, no es porque yo hubiese adulterado sus expresiones, sino porque cuando las han visto impresas, provocando los efectos consiguientes, por miedo han tratado de lavarse las manos culpando, como siempre, a quienes la parte más débil; y esto sucede en un país como el nuestro, donde el pensamiento no tiene la solidez de los pueblos organizados y dueños de una conciencia.

Siempre desterré de mis procedimientos lo torturoso; y mi amor por la rectitud y la verdad en todos los actos de mi vida lo he sometido a las más duras pruebas.

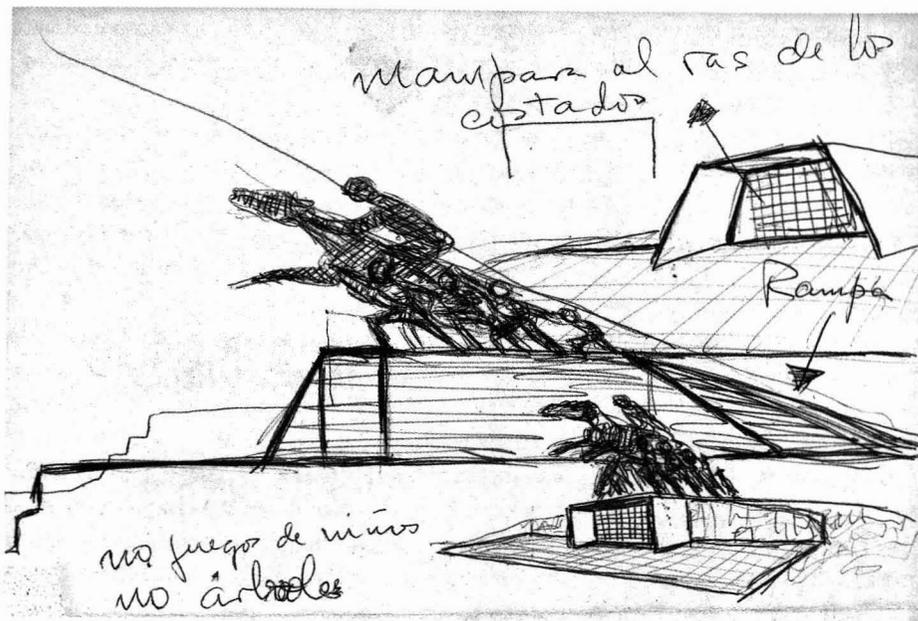
Quien esté acostumbrado a manejar documentos históricos sabe que tarde o temprano la luz de la verdad brilla con la esplendidez que tiene en nuestro trópico. A veces, la

forma literaria o la pasión, pueden dar determinada oscilación al sentido estricto de un vocablo o de una frase; pero ni los hechos generales ni los particulares pueden en su esencia permanecer en la obscuridad eterna.

Sin vanidad alguna, digo que la publicación de mi plática con Ávila Camacho reconcilió a éste con un fuerte núcleo popular. No me refiero al católico decapitado políticamente hace un siglo. Hablo de esa porción mexicana que no ha alcanzado ningún privilegio; ni siquiera el privilegio de los sindicalizados. Pero alentó también, por desgracia, al sietemesinismo plutocrático, que aprovechó al nuevo gobierno como portentosa incubadora que dio cuerpo y extensión a sus fondos y fueros por toda la república.

### La vecindad de la II Guerra Mundial

Plácidamente se postraba el día. Habíamos saltado sobre tecorrales y bardales para ir de huerto en huerto. Todo era fragancia y quietud; y sólo rompía el silencio el murmurio del despeñadero de las aguas del arroyo de Tlaltenango al que contem-



plábamos desde una pequeña meseta cubierta con árboles: aguacates, mameyes, mangos, guayabas.

Largo caminar el de esa tarde después de haber dado Padilla a los ingenieros, quienes no salían de su asombro ante la ráfaga de proyectos del ministro, los trazos para su nueva finca: orientación de la casa, superficie para el jardín, aprovechamientos de las inclinaciones del terreno, medidas del vallado, orden de plantación de los más diversos frutales.

De regreso, y mientras que seguíamos con la mirada en las aguas de la cascada de Tlaltenango que, saltando sobre

las peñas y bajo los últimos rayos del sol, daban efectos magníficos de luces y formas, Padilla advirtió cómo aquella ordenada naturaleza podía ser sacudida por la lucha de los hombres. Todo estaba expuesto a la transformación violenta o pacífica. Excesivo el poder del hombre para romper los nudos de una paz natural, y sin superiores esfuerzos los de una paz artificial. ¿Por qué, seguía diciendo Padilla, el mundo democrático no estaba preparado para la guerra?

Hacia tres semanas que los nazis caminaban sobre el suelo ruso, y ya no era un disparate hablar de una nueva guerra a la que ningún pueblo escaparía. ¿Qué papel estaba llamado México a desempeñar en el drama? No por la vecindad y la amistad con los Estados Unidos, sino porque la nación que no condenara las guerras de agresión y conquista no tendría mañana el derecho de reclamar su independencia si llegara a ser asaltada o invadida por el extranjero, México se vería obligado a concurrir a la contienda.

Pero ¿qué podíamos esperar del país? ¿Existían los hombres capaces de hacer entender este principio al pueblo mexicano en el que, sobre una doctrina que debió haber creado la Revolución, aún latían los odios para los noramericanos?

Si México no disfrutaba los beneficios de una democracia, de los derechos a las libertades y a las garantías individuales, ¿podría comprender el significado universal de la guerra? ¿Poseía el Estado mexicano las características de una grandeza que da soldados y levanta empréstitos, que crea pasiones y consolida intereses?

Contra su costumbre, Padilla escuchó mis preguntas que se siguieron a sus reflexiones, como quien por primera vez se da cuenta de que no solamente él sabe pensar. Luego, siguió hablando: tampoco Estados Unidos estaban preparados para la guerra; pero caballerosos y valientes marcharían a los frentes de batalla. Mas los noramericanos, advertí, no sólo tenían un presidente, cuya era la palabra que por el poder moral de su doctrina crearía

guerreros capaces de cruzar los mares y los aires con el sentido de los posesos.

A excepción de que el propio Padilla —seguí hablando— se convirtiera en catequista y apóstol, toda empresa para hacer figurar a México en el estrado de la democracia internacional en esos días, me parecía infructuoso. No atinaba a creer que Ávila Camacho tuviera la abnegación suficiente ni el valor necesario para el sacrificio de su pueblo por una doctrina que no sentía, que no estaba dentro de él. Tampoco era posible admitir que un pelmazo como el general Pablo Macías, quien ocupaba el minis-

terio de Guerra, poseyera los más medianos dones para hacer del ejército una fuerza combativa en el exterior del país.

Padilla se volvió violentamente a mí: ni Ávila Camacho ni Macías se opondrían a una participación de México en la guerra que estaba ya dibujada en el horizonte; el obstáculo sería el general Cárdenas. Las palabras del ministro fueron tajantes; y sin más abrir la boca, reemprendió el camino.

Días después, aunque sabiendo que el procedimiento estaba fuera de mis atribuciones, aparte de que el ministro no creía en mí —él era viejo e inteligente político; yo un aficionado—, presenté a Padilla un memorando, no como sugerencia que su soberbia no hubiera admitido, sino escrito en el tono de un acuerdo del propio Padilla. Sin extenderme en consideraciones decía en el memorando que México reanudaría sus relaciones diplomáticas con Gran Bretaña y Rusia y que las establecería con el Vaticano.

Desabridamente leyó el ministro la nota, y sin hacer observaciones, procedió a dictarme los acuerdos; pero al terminar, con un poco de burla, me preguntó si yo pretendía que cayera el gobierno de Ávila Camacho; pues ¿cómo era posible que yo me tomase el atrevimiento de promover relaciones con la Santa Sede? ¿Que no poseía la capacidad suficiente para darme cuenta de que tal hecho provocaría una guerra civil?

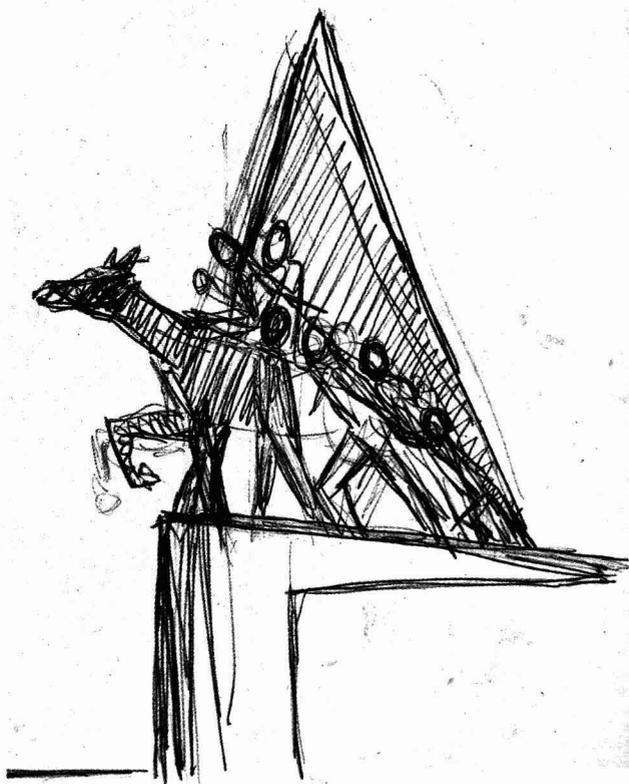
Un gobierno mexicano que se declarara católico, estaba perdido. Mi proyecto olía a incienso, a catedrales, a clero, a Maximiliano. Leí en sus labios la misma expresión que Santos me dedicara; pero le detuve, recordándole que él mismo, y con razón me llamaba impío; y que si alguien creía en un Estado laico, era yo. Mas existían motivos de Estado para establecer relaciones con el Vaticano. El ministro me escuchó con paciencia. Su comentario final fue de que nunca, ni dentro de cien años, podría ser vista la figura de un nuncio en el salón de recepciones del ministerio. Me devolvió el memorando pidiéndome que lo destruyera —porque de caer en manos extrañas sería una bomba de dinamita contra él.

Más tarde, y al preguntarme si el peligroso documento estaba incinerado, a lo que le respondí que lo tenía en mi archivo y firmado para que nadie dudara de mi responsabilidad, me dijo que no era mala idea la de reanudar las relaciones diplomáticas con Gran Bretaña; pero ¿pondría el gobierno británico bajo tierra las impertinencias originadas por la expropiación de las empresas petroleras? Quiso enterarse, y así lo hizo, de las notas cambiadas con la Gran Bretaña con motivo de los incidentes que condujeron a la suspensión de relaciones; y en seguida me comisionó para que por conducto de una persona indicada por don Luis Montes de Oca, fuese invitado el cónsul británico a una plática informal. De esa conversación partió el nuevo y feliz entendimiento con el gobierno de la Gran Bretaña. Me alegré por la admiración que tengo al pueblo inglés.

Aprovechando la proximidad del aniversario de la revolución rusa, hablé al ministro nuevamente sobre la reanudación de las relaciones diplomáticas con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, por lo que me preguntó si yo tenía inten-

ciones de que México fuese convertido en un centro de propaganda comunista. Me referí a las penalidades que en esos días estaba pasando el pueblo ruso; su territorio invadido, sus soldados sacrificados, su economía destruida. ¿Iba México a permanecer indiferente frente a ese espectáculo? ¿No sería nuestro silencio justificación para cualquier agresión que sufriera nuestra patria? Mis argumentos no encontraron eco en el ministro.

Me visitaba a menudo el doctor Jacques Soustelle, representante del general Charles De Gaulle, quien encontró en mí toda la simpatía para Francia Libre. De nuestras conversaciones pasaba nota a Padilla, hasta que me dijo que yo estaba comprometiendo al gobierno de México; pues que el ministro francés M. Albert Bodard, no ignoraba mi amistad con Soustelle. Azuzaba a Padilla contra el representante de Francia Libre y contra el



general De Gaulle, de quien decía que en momento de peligro había huido de su patria, el subsecretario Torres Bodet.

Con motivo de un almuerzo al que fui invitado por el doctor Gilbert Medioni, quien sustituyó a Soustelle en la representación de Francia Libre, el ministro me pidió que no concurriera, explicando que mi amistad con los delegados de De Gaulle pondría en peligro las vidas de miles de españoles que estaban en territorio francés bajo la custodia del ministro de México en Vichy; pero al fin, convino en que mi presencia en el almuerzo no causaría los males que él imaginaba. ♦

# Soy adicto



RICARDO ANGUÍA



Yo: el obsesivo, insatisfecho e inmaduro  
ser que intenta romper el capullo descubro  
los placeres del intelecto  
y me dejo seducir por la vida,  
¡me masturbo!  
Soy perverso, profano e irreverente.  
Adicto a la naturaleza.  
La vida es un orgasmo  
y en su clímax me encuentro.  
Sus flujos activan mi fantasía.  
Su olor: mis sentidos.  
Soy adicto.  
Las imágenes me masturban.

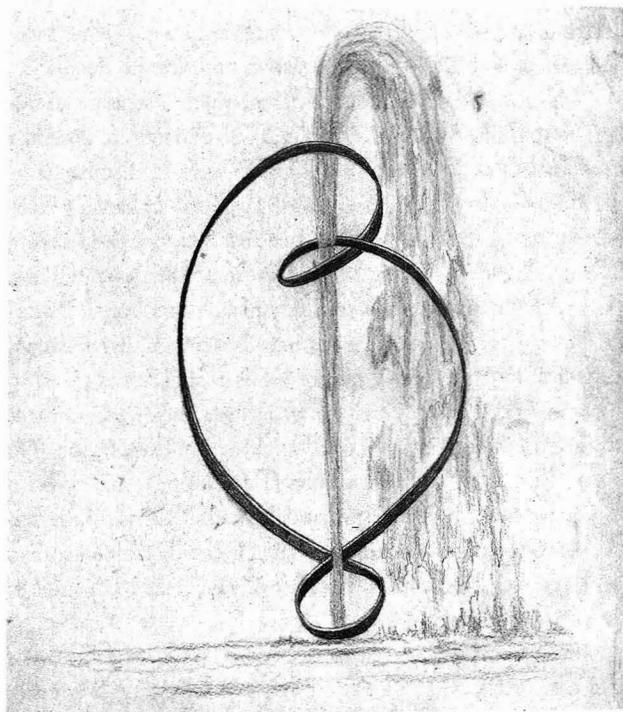
# La signorinna Appendini

ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

**M**i conocimiento de la *signorinna Appendini*, como todos la llamábamos con gran cariño y respeto, se inicia cuando yo era estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras, que por entonces se encontraba en el bello y noble edificio de Mascarones. Este local —¿por qué no decirlo aquí?— se adentra y está íntimamente ligado a mi vida de estudiante. En él estuvo un *kindergarten* en el que yo tuve mi primer contacto con la vida escolar. Parte de mi instrucción primaria la realicé en la escuela Galación Gómez, situada junto a Mascarones, y desde cuyos enormes patios pasábamos al local de Mascarones, contiguo a los jardines en donde se encontraba el que había sido el teatro de los jesuitas. El teatro nos llamaba poderosamente la atención por sus palcos, sus lunetas y su foro con muchas decoraciones y telones. Más tarde el edificio de Mascarones albergó a la Escuela de Música de la Universidad, en donde enseñaban maestros como José Vázquez, José F. Velázquez, Santos L. Carlos, Manuel Barajas, Estanislao Mejía y Luis Saloma, y eran alumnos aventajados Arturo Romero y Luis Herrera de la Fuente.

Cuando la Facultad de Filosofía y Letras se trasladó del edificio de Licenciado Verdad a Mascarones, la Escuela de Música cambió de domicilio. Al tiempo de ingresar en la Facultad de Derecho, lo hice también en la de Filosofía y Letras y fue entonces, ya inscrito como alumno regular, que conocí y fui alumno durante tres años de Ida Appendini Dagazzo. Ya tenía noticias de ella al asistir a la Academia Dante Alighieri, en donde se hacía mención constante de la capacidad enseñante de María Appendini, mujer excepcional de enorme cultura, y también se señalaba que su hermana Ida se distinguía como maestra en la Universidad y en planteles secundarios de la Secretaría de Educación.

Para adelantar mi conocimiento del italiano me inscribí en el curso de Ida. Ella daba clases en la parte posterior de Mascarones, a la que se accedía luego de atravesar el hermoso patio sembrado de verdes y frondosos laureles. Llegaba en el tren de La Rosa, que salía a la Ribera de San Cosme por la



calle del Ciprés. Era puntual en exceso, y luego de firmar en la secretaría que cuidaba don Trini subía, siempre llevando un portafolio cargado de libros, a su salón. Los alumnos decían: “Ya llegó la *signorinna*”, y la seguían con embeleso. Las clases se iniciaban muy formalmente, y pronto ya habíamos conjugado verbos, aprendido vocabulario y realizado traducciones y conversación, todo con fluidez, tacto y extraordinaria eficiencia. Las sesiones se deslizaban rápidamente, nada se dificultaba pues las lecciones estaban siempre preparadas, las contrariedades pronto se resolvían y no había escollo en el aprendizaje. Se estaba en verdad frente a una gran maestra, seria, simpática y sencilla, sin petulancia ni soberbia, que llenaba sus clases de amor a la enseñanza y a los alumnos.

Al llegar a México, procedente de Italia y de Rumanía, en donde nació, ingresó en la Escuela Normal para Maes-

tros, en la que destacó por su inteligencia y belleza. Era alta, bien formada, blanca marfilina y tenía una cabellera castaña clara, que se detenía garbosamente en la nuca. Su tez sonrosada y su perfil delineado estatuariamente hacían sobresalir una boca y dentadura perfectas. Su mirada era profunda, dulce, llena de ternura. Maravillosa era su voz tibia, impostada, sin disonancias, y su risa, constante, franca y atractiva.

Los alumnos la admirábamos y gozábamos de que ella nos tuteara y nos dijera *caro, piccino* o nos llamara por nuestro nombre. Casi siempre tocaba su cabeza con un pequeño sombrero o una gorra que se colocaba de lado y le daba respetable atractivo. Usaba tacón bajo, muchas veces traje sastre o vestidos floreados que la envolvían suavemente. No cabe duda de que todos sus alumnos se enamoraban de ella, de su belleza física y espiritual. *Tanto gentile e tanto honesta pare...* puede encerrar su admirable figura. Muchas personas han aseverado que la mujer más bella retratada en el Anfiteatro Bolívar por Diego Rivera fue Ida Appendini. Su generación la estimó como la novia ideal y se cuenta que el joven e inteligente Manuel Gómez Morín estuvo enamorado de ella.

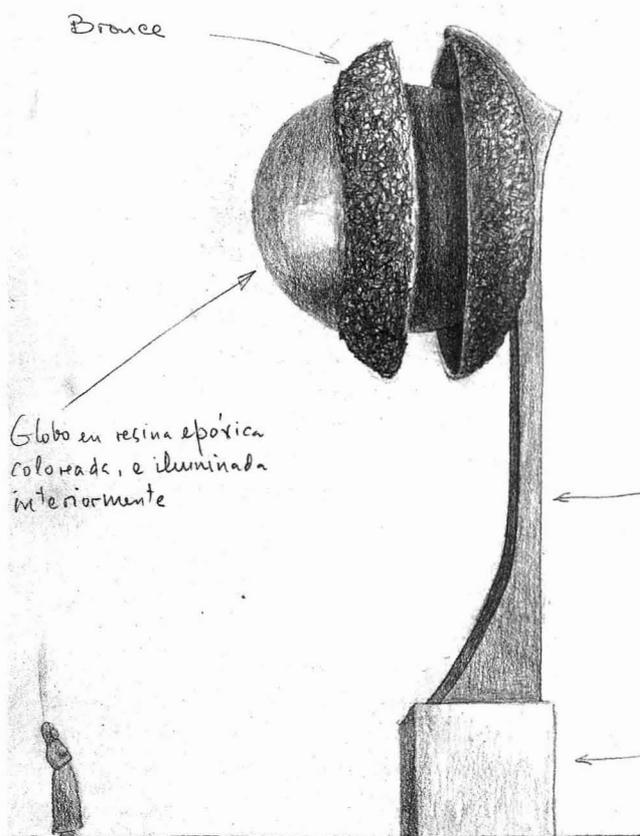
Más todas estas cualidades físicas quedan atrás de su belleza moral. Ida Appendini tuvo alma de educadora. Poseía, a más del don de la enseñanza, una gran cultura. Estaba siempre atenta a los últimos aportes de las letras italianas y también de las españolas. Hacíamos que sus lecciones de literatura italiana, que deberían durar un año, se convirtieran en dos, pues admirábamos sus magistrales cursos sobre Dante, Petrarca, Boccaccio, Ariosto y las últimas creaciones de Manzoni, Leopardi, D'Annunzio, Pirandello. Sus explicaciones en torno a las escuelas, estilos y los propios autores, nos hacían entrar en un mundo maravilloso que vivíamos con delectación. No era su enseñanza ni una cronología ni una nómina, sino un ingresar en el mundo y espíritu deleitoso de la cultura italiana. Cuando nos leía trozos de Gracia Deledda o algún soneto petrarquiano, lográbamos entender el valor, calidad y calidez de las letras de Italia.

Sus alumnos la seguíamos de curso en curso, y al repasar la memoria me surgen los nombres de colegas que asistíamos con singular interés a su enseñanza. Juan José Terán Mata, Arturo Campanella, Francisco de la Maza, Antonio Pineda y otros más, la seguíamos con fidelidad y noble cariño.

La Facultad de Filosofía y Letras que albergaba el vetusto y noble edificio de Mascarones era una escuela frecuentada por profesionales bien preparados, por estudiantes que de veras estudiaban y deseaban hacer una carrera para ganarse la vida como maestros o bien eran personas que ansiaban aumentar su cultura. No se usaban todavía los *jeans* ni las melenas y todo el mundo vivía en un ambiente de limpia y respetuosa camaradería. Los estudiantes no conformaban las multitudes de hoy sino eran escasos; abundaban más en la sección de letras y arte que en la de filosofía o historia. Los maestros eran excelentes. Sobresalía entre todos don Antonio Caso, quien en su curso de estética llenaba un amplio salón. Dirigía la Facultad Eduardo García Máynez, muy joven por entonces,

quien explicaba filosofía. Alfonso Caso tenía a su cargo el curso de epistemología y Oswaldo Robles los de metafísica y filosofía escolástica. En el campo de las letras Manuel González Montesinos impartía literatura comparada. Jaime Torres Bodet enseñaba letras francesas; Julio Torri, literatura española; Julio Jiménez Rueda, literatura mexicana, y Francisco Monterde, literatura iberoamericana.

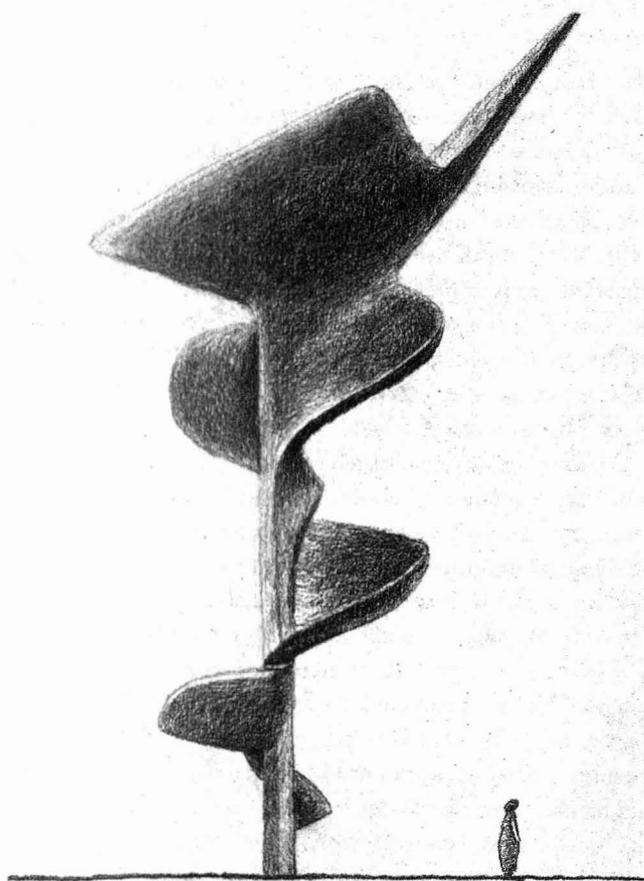
En el terreno de la historia, el maestro Ramírez Cabañas orientaba sobre las nuevas corrientes a sus alumnos de historia de México. Rafael Heliodoro Valle, con enorme portafolio lleno de papelería, nos mostraba los aspectos culminantes de la cultura y la historia americana. Don Pablo Martínez del Río, siempre de rigurosas polainas, bastón y sombrero, disertaba sobre los recorridos de las tribus bár-



bas en el Viejo Mundo. Federico Gómez de Orozco, encargado de la historia colonial, ensartaba los hechos reales con los salidos de su imaginación. Antonio Mediz Bolio había sido llamado para explicar la literatura maya y nos mostraba con verdadera preciosidad poética el valor del *Popol Vuh*, de los *Chilames* y del *Rabinal Achí*, en un curso que criticaba su amigo Alfredo Barrera Vázquez, hombre juicioso de enorme preparación, quien nos comentaba al salir de clase que la fantasía del maestro Mediz Bolio era más poética que histórica. En uno de los salones amplios,

el arquitecto Carlos Lazo, el viejo, disertaba con maestría excepcional en torno a la historia del arte. Don Carlos había sido mi maestro de dibujo de imitación en la secundaria, de dibujo constructivo en la Preparatoria y ahora era un maestro admirado y respetado. Su curso, que acompañaba con lecturas de numerosos libros, con música de las épocas que explicaba e ilustraba con preciosas placas de vidrio, todas en blanco y negro, logró darnos sólida preparación. Cuando años después llegaron lumbreras exteriores, éstas no nos hicieron olvidar su singular maestría. Tal era el ambiente de la facultad entonces.

En las escuelas secundarias para niñas Ida explicaba historia. Un gran número de estudiantes de la Secundaria 2 gozaron de sus lecciones y fueron impulsadas a continuar sus



estudios. Los nombres de Conchita Caso, de Susana Uribe y de otras mujeres que destacaron en el mundo intelectual deben sumarse al de otros alumnos que en diversos planteles y en la Facultad orientaron su vocación apoyados por la mano y el consejo certero de Ida Appendini.

Realmente su alta calidad de educadora, el empeño amoroso que ponía en sus lecciones, se confirma en la enorme influencia que ejerció en sus alumnos. Al graduarse como maestra en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad, trabajó con gran dedicación su tesis que fue un estudio comparativo

entre *Boccaccio y la literatura castellana*. Para el doctorado escribió: *La literatura italiana en los primeros cincuenta años del siglo XX*, obra que mereció ser editada por la propia universidad. En colaboración con su hermana María redactó una *Gramática italiana*, modelo de orientación pedagógica y lingüística.

Como en las escuelas secundarias explicaba historia universal, adquirió en la enseñanza de esa disciplina, que conocía a profundidad y en forma sistemática, enorme experiencia. Ello le permitió comunicarse con el medio de los historiadores y participar con un trabajo y pertinentes explicaciones en un coloquio organizado por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia en torno de la enseñanza de la historia. De ahí partió la amistad y cooperación entre ella y Silvio Zavala, quien apreció en alto grado su capacidad e inteligencia. De esa comunicación surgió la idea de elaborar en colaboración una *Historia universal* a nivel de enseñanza secundaria, en la que la parte metodológica y didáctica así como el tono y contenido de las explicaciones fue obra de Ida Appendini. Ese texto modélico — el cual sigue siendo utilizado — es obra de la conjunción de dos maestros, de dos historiadores bien enterados de la historia universal, de sus alcances y dificultades para hacerla accesible y útil a los estudiantes. En ella se trasluce el conocimiento histórico de ambos autores y la gran experiencia enseñante de la maestra Appendini. Para sus estudiantes de lengua italiana, tradujo y editó el eficaz trabajo de De Angeli: *Nei Meandri del Linguaggio*, valioso auxiliar para los estudiantes de la lengua de Alighieri.

Cuando la Universidad se trasladó a la Ciudad Universitaria, Ida prosiguió sus lecciones en el Pedregal. Para entonces ya había sido atacada por el cáncer. Empezó a recibir los terribles tratamientos que ese mal conlleva, mas la crudeza de la enfermedad y de las curaciones vencían en momentos su fortaleza. Una tarde que llegaba para sustentar su curso, con dificultad pudo alcanzar la mesa de firmas. Me tocó estar cerca, verla sufrir por las radiaciones recién recibidas y acompañarla a su casa. En el trayecto lamentaba no poder cumplir con su trabajo por la enfermedad. De tal grandeza moral era esta maestra, mujer admirable, que dispuso al morir que sus cortos bienes, labrados a través de una vida de noble y alto magisterio, se destinaran para fundar dos becas manejadas por la Universidad para estudiantes carentes de recursos.

Había nacido la *signorinna Appendini* en Galtz, Rumanía, el año de 1899. Su familia se estableció en México en 1909. Aquí aprendió el español, que hablaba con enorme corrección, con dulce y cantarina voz. La Escuela Normal le otorgó el título de maestra en 1919, año en el que comenzó a enseñar, a impartir su saber, riguroso y profundo, y otorgar su ternura, comprensión y noble amor a innumerables generaciones de estudiantes por cerca de cincuenta años. Al recordarla vemos cómo se transfigura su imagen llena de bella y cautivante sabiduría. ♦

# Una mujer de bastón

FEDERICO PATÁN

*Un cadáver es un punto terminal, evidente e irrevocable.*

Lois Parkinson Zamora

Apareció de pronto. Como si hubiera surgido del aire y no del brumoso exterior, tan próximo a la lluvia. Madura, severa en el vestir, de bastón. Porque una suave, apenas insinuada, cojera le moldeaba el ritmo de los pasos dándole, espejismo sin duda, elegancia. Apareció de pronto y sólo yo, en el atiborrado local, tuve un asomo de curiosidad. Quizás porque parecía ajena al bullicio que me rodeaba. El bastón, la ropa severa, la madurez eran señales de algún otro modo de concebir la existencia. Aunque no había razones para pensar aquello. Pero la idea vino y se quedó rondándome la cabeza. Los demás se aislaban en una esfera de inmovilidad, en sus refrescos, sus bebidas, sus cafés y los llamados a los ocupadísimos meseros. Yo mismo, inmóvil, utilizaba el expreso como barrera. Había sofoco. Excepto en ella, ahora dos pasos más adentrada en el local, cinco dedos musculosos apoyados en el mango del bastón. Miraba. Cuidadosamente, a la busca de algo que sabía parte de aquel pandemónium circunstancial, momentáneo, tenso.

El lento giro de sus ojos se detuvo en un hombre. Un hombre sesentón, como yo. Bebía un café con leche, abstraído en la lectura de cierta nota roja. Algo sobre un autobús, un fallo de los frenos, un barranco. Tan abstraído leía sobre aquellas peripecias, que no sintió en la nuca el peso de la mirada. Mirada circunstancial, momentánea, pues la mujer sacudió ligeramente la cabeza, negando, y la vi continuar su búsqueda. El giro lento terminó por detenerse, ¿cómo evitarlo?, en mí. Puesto que la observaba, nuestros ojos se encontraron con familiaridad casi. Eran los suyos castaños, aún con cierta humedad de vida, acaso tristes. No tardaron en cumplir alguna tarea de comprobación. Luego, la mujer tuvo un gesto ligerísimo de asentimiento e inició su marcha hacia mi mesa.

Esperé, sin duda curioso. Allá afuera, tras el cristal de una ventana, el conductor del autobús hablaba con la gente

del taller. Un tanto excitado, como si quisiera convencerla de algo. Fantasmal, puesto que a causa del vidrio sólo había gestos. Ya estaba la mujer junto a mí. Los cinco dedos sobre el bastón quedaron a escasa distancia de mi atención. Les eché un vistazo: musculosos, de piel enrojecida y coyunturas sobresalientes. El mucho trabajo hogareño; tal vez artritis. Como malamente podía pretender que la mujer no estaba allí, alcé los ojos. Hasta los suyos, éstos aún con cierta humedad de vida, tristes, algunas venillas en la córnea. “¿Vamos?” preguntó, una lejana cortesía en el tono. Quise llamar al mesero, pero aseguré ella que no hacía falta.

Afuera, el frío y la insistencia de la niebla. “La niebla” decía en ese momento el chofer a los otros, los del taller. “No está lejos” la escuché asegurarme y empezamos a caminar, yo respetuoso de su leve cojera o inseguro de apetecer aquella visita. La niebla, insistente, desdibujaba la calle. Una calle empedrada, muros de adobe a los lados y, tras los muros, casas. “¿Fue grave?” preguntó mi acompañante. Hice un gesto vago: “No, un problema de frenos. Se llevará sus horas arreglarlo.” Con el bastón indicó una puerta. Recia, de pino seguramente, casi negra por lo viejo del barniz que la cubría. El llamador, un círculo de metal calado, un rostro indefinido al centro, cuyos labios (¿belfos?) sostenían el otro círculo de metal, éste macizo, que martillaba sobre el yunque. De pronto un vientecillo acentuó el frío sobre mi piel. Con llave de pueblo, grande y también maciza, la mujer abrió la puerta y, una vez más el bastón, hizo un gesto invitándome. Entramos. Aguardé mientras cerraba la puerta con lentitud, con firmeza, como sellándola. “Ya conoces la sala” y se quedó en el vestíbulo mientras yo iba a la habitación indicada. Mis ojos reconocieron los sillones, el sofá de pana gris ya comida por el uso y el tiempo. Sillones cómodos, aunque nunca pude aceptar el color. Ennegrece la atmósfera, fue mi queja. Solía sentarme en el de la izquierda y lo busqué ahora. En el vestíbulo se oyeron roces y, luego, pisadas y, enseguida, la mujer en el dintel.

“Te queda bien; el sillón, quiero decir” y fue a su lugar de costumbre, en un extremo del sofá. “Cuéntame” y apoyó el bastón en el mueble, junto a la mano casi agarrotada. “No sé bien. Un burro, dicen. Surgió de la niebla, sin más. Por no atropellarlo, el chofer giró bruscamente y los frenos no agarraron.” Ella asintió con un gesto: “¿Y?” Un gesto me ayudó a decir que no estaba seguro: “El asunto va a tomar horas.” Al escuchar esto, la mujer fue relajándose. “Ah, entonces hay tiempo. Dime qué piensas hacer.” Le di una repasadita a la petición. “¿Hacer? Nada. Esperar.” Uno de los dedos nudosos, el índice derecho, comenzó a sobar la pana: “Siempre te ha gustado esperar. Podríamos hablar” sugirió.

Hablar. Siempre le ha gustado hablar. Yo soy de otro temple. Además, dado lo sucedido, poco se me antojaba. “¿Hablar? ¿De qué?” Ella: “No sé. Cualquier cosa. Simplemente hablar. A veces conviene hablar. ¿Qué va a ocurrir ahora, por ejemplo.” En realidad, no era una mala pregunta. “Esperar ¿no?” Me miró con un asomo de burla: “Lo dicho, siempre te ha gustado esperar. ¿Y si llegas tarde por esperar?” No era crítica nueva: “En este caso, no tiene mucha importancia ¿o sí?” Se le fue cerrando el gesto: “Pese a todo, le corresponde enterarse” y me interrogó con la vista. “Sí, ese derecho lo tiene” y tras una pausa agregué “me agradecería mucho estar allí cuando reciba la noticia, para sorprenderle la reacción. En el fondo, se alegrará. Aún le quedan años...” La mueca fue dura: “Eso no se lo merece. ¿Por qué no eres más justo?” Apresuré una aclaración: “No, si quise decir que debe aprovechar esos años. No es ya joven, pero algo puede llegarle. Es más, me alegraría que le llegara.”

Mi acompañante miraba en algún rincón de su memoria: “Hubo años agradables. Luego vino el accidente” y lo recono-



cí: “Sí, el accidente lo echó a perder todo. Nunca me perdonó lo de la pierna.” Negó con la cabeza: “No, no fue eso, fue lo que estaba detrás ¿o ya lo olvidaste?” Aquella noche en el hospital, concluida la intervención médica, dijo a punto de hundirse en la modorra: Tu lugar está con ella ¿no? Así elegiste. Pero no le hice caso y por la mañana, cuando abrió los ojos, poco a poco fue permitiéndome acceso a sus necesidades externas. Allí, en las necesidades externas, me dejó a partir de entonces. Terminé acostumbrándome.

“Le quedó una vida triste” y la vi tender la mano hacia el bastón. Me atreví a mirar el pasado. Cuando, los dedos tan fatigados sobre el bastón, estaba por levantarse, le contesté: “Sí. De rebote, hizo triste la mía. No nos lo merecíamos ¿o sí?” De pie ya: “En general, nadie se merece la tristeza, pero ella menos que otros. Tu cuota fue bien ganada” e iba a retirarse. “Eso no me lo merezco. Examina mis años, busca allí razones, júzgame luego. Es lo menos que puedes hacer” y estuvo escuchándome con atención. “Tal vez sea justo lo que pides. Voy a prepararte la bebida” y comenzó a irse. A solas, miré otra vez los muebles, seguramente procurando no pensar en lo hablado. Me acerqué a la puerta de la cocina. Ponía ella una tetera al fuego, luego tomó de un estante el tarro gris oscuro y la estuve observando mientras decidía entre algunas cajitas de infusiones.

“Hubo sus momentos, ¿por qué no aceptarlo? Sabías cortejar, incluso ya de casado. Eso merece agradecimiento, aunque estuvieras mintiendo. Ah...” y echó mano a una cajita de color morado, cuyo letrero no llegué a ver. Quedamos en silencio hasta el silbido de la tetera. El agua fue cubriendo el sobrecito puesto en el tarro. “¿Vamos?” y ella con el recipiente en la mano izquierda, volvimos a la sala. Lo colocó en la mesita lateral, puso el bastón donde siempre y regresó a la tarea de mirarme: “Esta noticia no la espera.” Le recordé lo obvio: “Nadie la esperaba. Pero mira, un sacudimiento y luego el alivio. Vale la pena, el ratito de sorpresa.”

Con la mano derecha movía el saquito de infusión dentro del tarro: “Sorpresa. Es una palabra insuficiente. Va a haber sufrimiento, te lo aseguro.” Bien podía yo creerlo y se lo dije, mas insistiendo en el alivio: “¿Por qué te niegas a aceptarlo? Habrá alivio” y ella se asomó a ver la consistencia del brebaje. Dejó de mover el saquito, aunque sin extraerlo todavía. “Habrá, a largo plazo. No es fácil volver a ciertas libertades. Es necesario conquistarlas de nuevo, acostumbrarse a ellas. Esto ya parece listo” y me miró de lleno por primera vez desde que volvimos de la cocina. Recibí el tarro sin renuencias, aunque sin beber aún: “Dile que no sea tonta, que aproveche la oportunidad... Está muy caliente” opiné tras dar un sorbo tentativo. “Te hará dormir poco a poco; de nada te darás cuenta” y sonó el teléfono. “Bebe” fue su orden y obedecí, permitiéndome esta vez una serie de tragos que bajaron el líquido hasta la mitad. Satisfecha, acudió al llamado insistente del teléfono. “Seguramente es la compañía de autobuses, para dar la noticia” creí escuchar mientras comenzaba a meterme en la oscuridad del sueño. ♦

# Eliseo Diego y la sabiduría



HERNÁN LAVÍN CERDA

*Aquí me tienen, muerto de risa...*

Primer verso de *Olmeca*, texto póstumo de Eliseo Diego

**J**orge Teillier, el poeta del misterio, me dijo durante el otoño de 1964 en Santiago de Chile, mientras bebía lentamente su cerveza en un vaso de caña alta:

—Si alguna vez viajas a Cuba, pregunta por Eliseo Diego, un espíritu sabio y silencioso. Es un poeta excepcional. En su voz resucita la infancia extraviada para siempre. Habla con él, búscalo, no dejes de verlo. Nicolás Guillén es el poeta más conocido y divulgado, pero Eliseo es la otra voz, la visión más íntima, la épica de la niñez prodigiosa, la voz y la imagen de los mundos interiores, la épica de los dominios perdidos, la épica de los espejos familiares que con dificultad recuerdan el rostro de nuestra infancia. Como yo, Eliseo Diego es un lector muy entusiasta de las novelas *David Copperfield*, de Charles Dickens, *La isla del tesoro*, de Robert Louis Stevenson, y *El gran Meaulnes*, de Alain Fournier. Aún no lo conozco personalmente, pero lo leo y lo voy descubriendo con asombro y devoción. Tuve la fortuna de leer algunos poemas de su libro *En la calzada de Jesús del Monte*, que se editó por primera vez en 1949, y me sentí deslumbrado. Hay algo existencialmente clandestino en la voz de Eliseo: una voz muy sutil, un soplo subterráneo que hace vibrar los vasos comunicantes entre la vida y la muerte. Ahhh el terrible esplendor de estar vivo, dice en uno de sus textos. Si algún día viajas hacia el Caribe y llegas a la isla de Cuba, pregunta por él y no dejes de verlo: búscalo, mi querido Hernán, y que Nicolás o Cintio Vitier te digan cómo encontrarlo.

En julio de 1966 tuve la oportunidad de conocer personalmente a Eliseo Diego en aquella hermosa casa de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Fue un encuentro muy cordial, pero breve. Hablamos de la joven poesía chilena, de Teillier y de su libro *El árbol de la memoria* (“qué bellos, qué profundos poemas, y qué título más afortunado”); de Pablo Neruda y la “Barcarola”, aquel poema de *Residencia en la tierra* (“Si

solamente me tocas el corazón, / si solamente pusieras tu boca en mi corazón, / tu fina boca, tus dientes, / si pusieras tu lengua como una flecha roja / allí donde mi corazón polvoriento golpea, / si soplaras en mi corazón, cerca del mar, llorando...”); de José Lezama Lima y su prestidigitación verbal y maravillosa, y finalmente de Gabriela Mistral, aquel logos umbilical de América, la América más antigua: “He preparado una antología con los textos de esa mujer admirable, que pronto editará la Casa de las Américas.” Recuerdo que Eliseo me dio algunos de sus poemas inéditos para la revista *Orfeo*, que dirigía Jorge Teillier en Santiago de Chile; también me regaló un ejemplar de su libro *Por los extraños pueblos*, que se imprimió en los talleres de Ucar, García, S. A., de La Habana, el 10 de mayo de 1958. La lectura de esta obra fue una revelación para mí, a partir de su “Dedicatoria”—a manera de prólogo—, que sin duda es un arte poética. Quiero reproducir un pasaje de dicha reflexión. Escribe el poeta:

Porque en esto ya no tengo dudas: o un libro es útil o no vale la pena, y cuando decimos que no sirve —¿habrá algo más tremendo?— ya lo decimos todo. ¿Y para qué sirve un libro de poemas?, preguntarían ahora, obedientes, mis hijos. Servirá para atender, les respondería. Maestros mayores les dirán, en palabras más nobles o más bellas, qué es la poesía; básteles entretanto si les enseño que, para mí, es el acto de atender en toda su pureza. Sirvan entonces los poemas para ayudarnos a atender como nos ayudan el silencio o el cariño.

No es por azar que nacemos en un sitio y no en otro, sino para dar testimonio. A lo que Dios me dio en herencia he atendido tan intensamente como pude; a los colores y sombras de mi patria; a las costumbres de sus familias; a la manera en que se dicen las cosas; y a las cosas mismas —oscuras, a veces, y a veces leves. Conmigo se han de acabar estas formas de ver, de escuchar, de sonreír, porque son únicas en cada hombre; y como ninguna de nuestras obras es eterna, o siquiera perfecta, sé que les dejo a lo más un aviso, una invitación a estarse atentos.

A estar, mejor que estuve yo nunca, en lo que Dios nos dio en herencia.

Abandoné la isla del Caribe y regresé a Chile después de un viaje por el centro de Europa. Transcurrieron seis años y volvimos a vernos en La Habana, a principios de 1972. Eliseo Diego se mostró muy preocupado por la situación política de Chile. ¿Qué ocurrirá, finalmente?, me preguntó con una voz pausada. No lo sé, le respondí, confuso: podría suceder cualquier cosa. Todo es allí muy incierto. Me volvió a preguntar por la salud de Teillier y por su poesía. Ya salió la antología que hice de Gabriela Mistral, me dijo con entusiasmo. Su espíritu es el mismo espíritu de José Martí, con algunos versos memorables; su prosa es como la respiración del continente americano. ¿Dónde está Neruda, aún permanece en París? Recuerdo que intercambiamos algunos libros. Yo le obsequié mi poemario *La conspiración* (Editorial Universitaria, Chile, 1971) y mi volumen de cuentos *La crujidera de la viuda* (Siglo XXI, México, 1971). Él me regaló su *Muestrario del mundo o libro de las maravillas de Boloña* (Unión de Escritores y Artistas de Cuba, Serie Contemporáneos, 1969) y *Versiones* (Unión de Escritores y Artistas de Cuba, Serie Contemporáneos, 1970). De este último, deseo recordar el poema en prosa "La nariz":

La nariz está henchida de tiniebla, la dolorosa nariz del hombre.

Su forma es tan grotesca que reventaríamos si pudiésemos contemplarla. ¡Ah de su gruesa piel, ah de la dolorosa nariz del hombre!

Pero está henchida de tiniebla, es rica en tinieblas, abastada de tinieblas como la noche. Como el aliento mismo, como la noche.

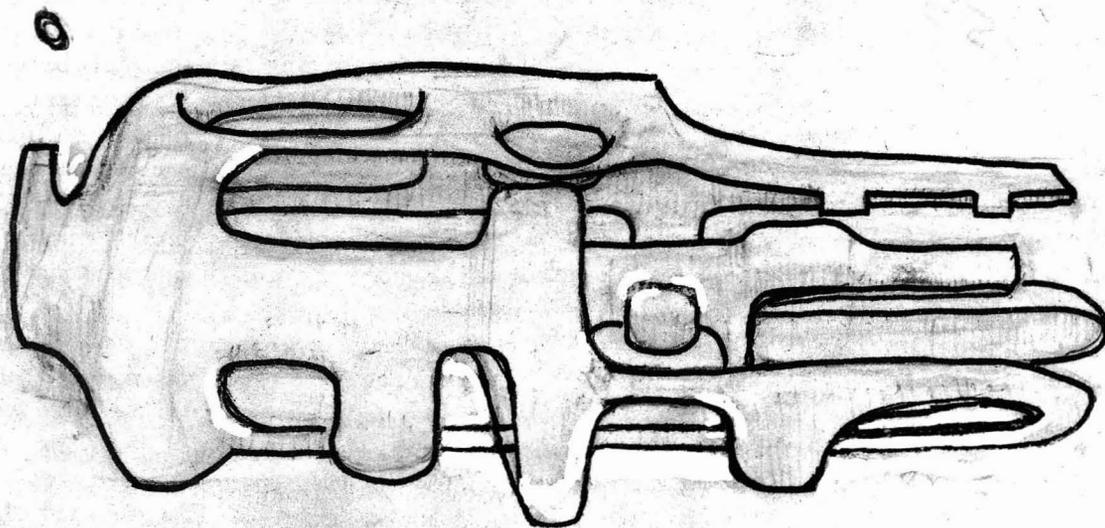
Así es de tenebrosa la doliente nariz del hombre.

Creo que este texto, como toda su obra, constituye un buen ejemplo de aquella escritura que siempre está ocupándose —con humor, sabiduría y dolor— de nuestra condición humana. Los miembros del jurado que le concedió el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo 1993, establecen en su acta:

Después de haber examinado los 195 candidatos propuestos para el Premio correspondiente a este año, decidimos, por unanimidad, otorgar el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo 1993, al poeta cubano Eliseo Diego, en razón de haber logrado, a partir de una visión íntima de lo cotidiano, una trascendencia universal, y por su permanente dedicación a la creación literaria.

De lo íntimo a lo planetario. ¿Cómo? Escuchando *atentamente*, desde el fondo, las contradicciones de la naturaleza humana: nuestra grandeza y nuestra miseria, el júbilo y la melancolía, la eternidad del olvido, la más antigua eternidad de la memoria. El sentimiento de orfandad original (César Vallejo no deja de resucitar a cada instante, en cada impulso del ser y del no ser?, en cada soplo).

Luego vino el exilio y nuestro descubrimiento paulatino del mosaico étnico y cultural que es México. Pasaron catorce años —desde aquel febrero de 1972— y tuve la inmensa alegría de encontrarme nuevamente con Eliseo Diego en San Ildefonso, con motivo del Primer Encuentro de Poetas del Mundo Latino que se celebró en octubre de 1986. Leímos nuestros poemas en el salón El Generalito, y luego en el Teatro de Bellas Artes. Fue un estupendo festival de poesía con la asistencia de un público muy entusiasta. Eliseo me obsequió sus dos últimos libros hasta ese momento: *Entre la dicha y la tiniebla*, antología poética 1949-1985 (Fondo de Cultura Económica, México, 1986), seleccionada por Diego García Elío, quien escribió dos



textos muy lúcidos y muy bellos: la nota preliminar —el ámbito legendario de la infancia—, y la presentación. En un pasaje de esta última, García Elío señala cuáles son *Las cosas de Eliseo*. Veamos algunas de esas cosas:

La luz cubana y la penumbra de Eliseo. La imposibilidad de una mirada total y la noticia del detalle. El ebanista: la propia luz de sus objetos y su relación con Eliseo. Una analogía imaginaria. Los dos sentidos de Eliseo: el auditivo y el visual. El tiempo: “el terrible esplendor de estar vivo”. La angustia: la paz como necesidad. La religión. El grupo *Orígenes* [...] Literatura inglesa y norteamericana: Robert Louis Stevenson, Gilbert Keith Chesterton, Joseph Conrad, Virginia Woolf, Walter de la Mare, Edna St. Vicent Millay, Edgar Allan Poe... Literatura infantil: Andersen [...] Poesía: Vallejo y los místicos. Literatura española: Cervantes, el Arcipreste de Hita, y Don Juan Manuel. El café. El humor literario. Los soldaditos de plomo y las batallas memorables. Su caligrafía: un cuidadoso artesano. Su familia, sus amigos. Arroyo Naranjo: la nostalgia. La muerte: versiones. Su testamento: el tiempo.

Para el editor Diego García Elío, en la escritura del poeta cubano que falleció en México a principios de 1994, palpita el milagro y la magia de cada día. Es un artista real, un poeta del origen y del fin, un espíritu que siempre parecía venir de vuelta, un visionario en lengua española o, mejor dicho, en lengua hispanoamericana. El otro libro que recibí de sus manos fue *Poesía*, compilado por Enrique Sáinz, que reúne toda su obra poética hasta 1983 (Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1983). En la contraportada de este volumen de más de cuatrocientas páginas, Eliseo Diego escribe otra de sus claves en unas cuantas líneas:

Los niños, o los señores de la sabiduría, son capaces de ver en cada fragmento del universo todas las cosas juntas y por todos sus costados a un tiempo, de un solo golpe absoluto y satisfactorio. Sospecho que el acto de escribir es casi un testimonio de pobreza: los demás precisamos de una mirada sostenida al máximo de atención posible, y, además, necesitamos comprobar que no hubo engaño, que se vio de veras, y en consecuencia, compartir nuestra visión con *otro*.

En la noche de aquel 18 de octubre de 1986, al abandonar el Palacio de Bellas Artes, Eliseo se refirió con tristeza a los sucesos de Chile. Lo vi algo nervioso y con la voz temblorosa: su caligrafía, aquella vez, fue tan temblorosa como su voz. Tuve el presentimiento de que no se sentía muy bien. Estaba muy delgado y débil, físicamente.

—Ay, Hernán, querido Hernán, qué terrible ha sido todo. ¿Cómo te sientes en México? Supe que estabas aquí, tus amigos lo saben, algunos me han preguntado... ¿Cómo te sientes?

—Ese dolor es casi imborrable —le dije en voz baja—. México ha sido como la casa paterna. Nuestra gratitud es permanente. Yo espero que la angustia y el sufrimiento por lo que ocurrió en Chile vayan desapareciendo poco a poco. En fin. ¿Sólo la eternidad comienza un lunes?

Eliseo me respondió con una sonrisa. Nos dimos un abrazo en silencio. Pensé que me diría algo por aquella eternidad y por aquel lunes, pero permaneció mudo, con la elocuencia misteriosa de una piedra en el camino. Había humedad en sus ojos casi siempre, por lo que recuerdo. ¿Lágrimas de un niño, aquel niño a punto de ser anciano, aquel niño que viene de regreso, siempre?

El 7 de marzo de 1991 asistí a una charla suya en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Lo vimos llegar al salón con dificultad, caminando lentamente. Yo te veo muy bien, me dijo con su voz profunda, pero ávida de oxígeno. Vengo a escucharte una vez más, le dije, ¿cómo está la familia? Todos muy bien, me respondió con la sonrisa de siempre. De nuevo apareció la melancolía en sus ojos. Soy yo el que no está muy bien: el tabaco me va matando, paso a paso. Yo pude tomar algunos apuntes, de modo fragmentario, que ahora reproduzco. Eliseo Diego nos dijo:

—Gracias a Dios, la poesía es un fenómeno indefinible. Si alguna vez se logra definir, se habrá acabado la poesía... Detesto, a veces, la palabra Dios; pero no queda más remedio.

—¿Caperucita y el lobo? Declaro mi simpatía inagotable por el lobo. Es infinitamente más simpático, más libre.

—Las muchachas son un milagro de la naturaleza. Dejad que las niñas y las muchachas se acerquen a mí.

—Alguien dijo que una de mis pocas virtudes reside en la brevedad, y es cierto, absolutamente cierto.

—La eternidad, por fin, comienza un lunes... Aún eres demasiado joven para el odio del tiempo. No sé, pero a menudo me equivoco de puras ganas de no equivocarme. Al morirse, como adrede, uno deja de saludarse a sí mismo. Ahhh testarudo...

—En cada poema, todo debe ser necesario. El poema es una criatura que depende de la armonía total de sus elementos: ritmo, pausa, silencio.

—Las palabras son diablillos huidizos. A menudo dicen todo lo opuesto de aquello que queríamos decir. Mucho cuidado con ellas.

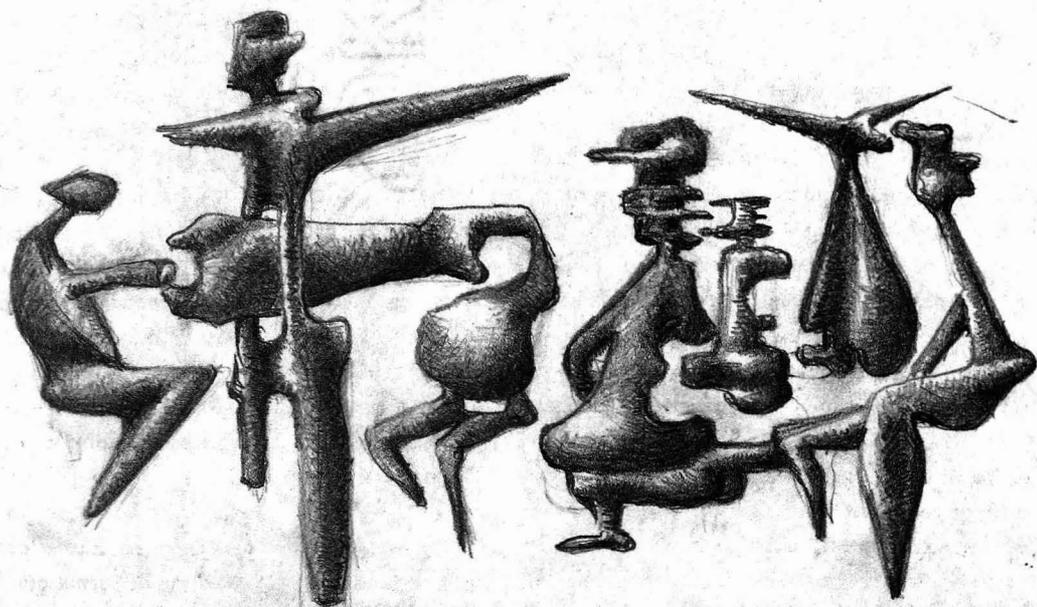
—Uno nunca escribe un poema: es el propio poema el que se escribe, paso a paso, a través de uno. Debemos abrir el camino para que el poema respire por su cuenta y se desarrolle libremente.

—Leer la buena poesía de nuestro idioma es un ejercicio esencial e imposterizable.

Así como el inglés es un idioma muy fluido, el español es casi arquitectónico: es difícil tomarse libertades dentro de su ámbito.

—La rima no debe ser un artificio; cuando sí funciona se convierte en un elemento de significación.

—Hace algún tiempo se publicó mi libro *Inventario de asombros*. El periódico oficial de Cuba (alusión al *Granma*, del Partido Comunista), que como ustedes saben nunca miente..., publicó el siguiente aviso: “Mañana se hará la presentación del nuevo libro de Eliseo Diego, titulado *Inventario de escombros*.”



El jueves 14 de octubre de 1993 estuve en la inauguración de 50 Años de Poesía, el curso que Eliseo ofreció, coloquialmente, una vez por semana, hasta el 24 de noviembre, y dentro del ciclo de las cátedras extraordinarias Maestros del Exilio Español, en el salón 005 de la Facultad de Filosofía y Letras. Asistí a todo su curso y fue una experiencia inolvidable, desde sus primeras palabras: "Quiero decirles que yo no soy un intelectual, gracias a Dios." Aquel 14 de octubre lo vi con mucho entusiasmo, aunque apoyándose en su bastón y en su pipa. Se sentó junto a una pequeña mesa con un micrófono. Sacó un reloj de bolsillo, un antiguo reloj de plata, y puso una campanita de bronce oscuro sobre la mesa, a los pies del micrófono en alto, una altura leve: "La campanita es para indicarles cuándo debemos salir a recreo", murmuró con una sonrisa amable, de abuelo-poeta-sabio agradecido.

Este reloj sirve como instrumento de defensa. Perteneció a un ferrocarrilero soviético. Si uno echa la vista atrás, aparecen los espacios mágicos. Cuando hemos sido expulsados del Paraíso de la Infancia, debemos luchar porque ese niño no desaparezca. Cúdate, cúdate, para que cuando regreses pueda mirarte a la cara aquel niño que fuiste algún día. Todos los niños son excepcionales: lo que sucede es que no nos damos cuenta. Para mí, todo es un misterio indescifrable, como el hecho de que ustedes estén sentados allí, respirando y observándome. Ahhh la avasallante nostalgia. He aquí el único secreto de la poesía: atender a todo lo que nos rodea, sin descansar y sin precipitarnos. La poesía es una necesidad de todo ser humano, ahora y siempre, aunque no todos tomen conciencia del fenómeno poético. Cuando fuimos niños, todos vivíamos en la poesía. Después vinieron aquellas cosas que nos enturbian y nos divorcian de la infancia,

es decir, de la poesía. Soy un ser de creencias religiosas y, tal vez por ello, pienso de este modo. Algún día, por desgracia, todos perdemos el Paraíso de la Infancia. Algunos tenemos la suerte de conservar vivo a ese niño que alguna vez fuimos, la poesía en la que vivimos. Entonces transcurre el tiempo y surge la nostalgia; tratamos, a veces desesperadamente, de recordar lo perdido, más bien de recobrarlo, a través de las palabras transfiguradas en poesía. La poesía, vuelvo al principio, no es una cosa literaria; tampoco es un privilegio de unos cuantos: palpita en el corazón de todo ser humano y nunca será un lujo. Todos, en el fondo, somos poetas. Con el solo hecho de vivir, o de sobrevivir, se hace poesía. Hoy me siento bien, aunque algo perturbado: presiento que pronto no nos veremos más. Aquí les dejo esto: el arte es algo muy serio, construido con inteligencia, filosofía y humor, sin duda, pero algo muy serio, lo cual no significa que sea solemne. Es una gran necesidad de nuestra especie y debemos prepararnos para ello. Las verdaderas obras de arte se hacen con sufrimiento y alegría: lo demás es virtuosismo y no vale la pena. Cuando ustedes escriban un poema, estén siempre atentos a decir lo necesario, únicamente lo necesario e imprescindible: dejen todo lo demás afuera, aunque les guste. Vayan aprendiendo a cortar, a pulir, a podar. Si la rima no es necesaria, afuera; si la métrica no es fundamental, afuera. Soy un creyente, como ya dije, y creo mucho en los poderes secretos de la poesía, pero tengo muy pocas ilusiones en los seres humanos. Cuántas atrocidades se han cometido en estos días: los mismos romanos de la antigüedad se hubieran conmovido. Me parece que estamos asesinando a nuestra Madre Tierra. Sin embargo, aún tengo esperanza de que ustedes, los jóvenes, sabrán sobreponerse a las fuerzas del mal. Mediten en los milagros del tiempo y del espacio, y escriban con intensidad, desde el fondo del alma, como cuando una mujer va a parir un hijo,

le va a dar luz a un niño que tendrá la posibilidad o la virtud de recordarlo todo nuevamente, algún día. Sólo las empresas imposibles merecen la pena. De pronto me piden que hable un poco más oscuramente. Entonces, desde la profundidad de lo oscuro, yo les pido que me ayuden, transformando mis palabras en imágenes. Ahí tienen la misteriosa oscuridad de las hormigas: ellas van y vienen, infatigables, y nunca sabremos cuál es la causa original de tanto movimiento. Creo que el arte no es más que uno: la Poesía, sí, la Poesía con mayúscula. Los otros géneros literarios vinieron después. Ante el misterio engañoso del tiempo está el misterio engañoso del espacio. La poesía, como el amor, es ir lejos, más allá, muy lejos; es el más allá del lenguaje: una ventana abierta al universo absoluto, una apremiante necesidad del espíritu. Estoy de acuerdo con William Shakespeare, para quien la poesía era un fenómeno casi sagrado. Pienso que el talento de este gran poeta era más bien ofensivo, casi ofensivo: un talento de la imaginación y de la reflexión, un filósofo lleno de humor, la tentación de la tragedia, y el poderío verbal ilimitado. El gran filósofo enriquecido por la pasión de los sueños, aquel infinito mar de los sueños. Y a través de los sueños tocamos nuevamente la infancia. De niño, se los confieso, yo era mucho más simpático e inteligente de lo que soy ahora. Me fui dando cuenta de ello, poco a poco, a través de la poesía, el arte de las palabras que nos enseñan a vivir... Ojalá que todo, en el reino de la poesía, fuera sustantivo y lleno de esencia original, de pura médula. Eso me lo enseñó César Vallejo, aquel enorme poeta que tanto me ha influenciado. En Vallejo, casi todo es medular y muy intenso. Se trata de un poeta que siempre habitó en la substancia, y dicha substancia se va articulando a través del vuelo poético de las moscas de Dios, aquellas preposiciones, conjunciones e interjecciones: los imprescindibles nexos oracionales. Dijimos que la poesía ayuda a vivir o a sobrevivir. Creo que uno puede escapar del terror de vivir, ocupándose de los demás. No hay otra alternativa: ocupándonos de los demás, tal vez estemos resucitando a cada instante. En fin, la vida es un misterio, aquella sed de lo perdido.

En su clase del 10 de noviembre, y antes de leer en voz alta, apenas, el poema "Palabras escritas en la arena por un inocente", de Gastón Baquero, "el más grande poeta de Cuba que aún vive exiliado en Madrid", Eliseo Diego nos dijo: "Hoy no me siento bien y no he podido premeditar mis improvisaciones." Sonreí sin poder ocultar mi melancolía. Una semana antes habíamos estado hablando sobre la mejor estrategia para preparar una clase. Le dije que yo utilizaba la técnica de la improvisación más o menos premeditada. Le gustó mucho la idea y me dijo que él también la aplicaría cuando fuese necesario. Nos reímos un buen rato, premeditando lo improvisable. Ahora recuerdo que su lectura del poema de Baquero cayó sobre nosotros con toda su verticalidad:

Yo no sé escribir y soy un inocente.

Nunca he sabido para qué sirve la escritura y soy un  
[inocente.

No sé escribir, mi alma no sabe otra cosa que estar viva.  
Va y viene entre los hombres respirando y existiendo.  
Voy y vengo entre los hombres y represento seriamente  
[el papel que ellos quieren:  
Ignorante, orador, astrónomo, jardinero.

Se trata de una larga composición poética dividida en diez fragmentos, pero Eliseo no pudo ir más allá de las primeras líneas: el llanto y el dolor inconsolable aparecieron en sus ojos, un llanto que parecía venir de aquellos años juveniles en La Habana, cuando Baquero y Diego eran amigos entrañables. "Recoja sus manos de inocente sobre la playa. / No escriba. No exista. No piense. / Ame usted si lo desea, ¿a quién le importa nada?" Eliseo habló, balbuceó, a través de su memoria:

Encontré a Gastón Baquero en España por casualidad, hace algunos años. Entonces me di cuenta que habíamos perdido cuarenta años en silencio, sin poder vernos, sin hablarnos. Cuando era joven parecía un príncipe africano. Fue terrible. Les pido disculpas por haberme puesto a llorar en público, pero no me siento bien. Yo soy un latinoamericano y me queda el consuelo de que los latinoamericanos somos muy sentimentales.

Sentí que sus lágrimas significaban mucho: su vida apagándose, el destino doloroso de Cuba, los exilios, los sueños, el país de nunca jamás, la infancia convertida en un país evanescente, y la paulatina desilusión. "En cuanto a las ideas, mis amigos, no estoy seguro de nada..."

Volví a verlo durante la ceremonia del 27 de noviembre, cuando recibió el Premio Juan Rulfo 1993 en la Feria Internacional del Libro, que organiza la Universidad de Guadalajara. Creo que fueron días inolvidables para Eliseo Diego, su familia y sus amigos. El miércoles 1 de diciembre fue el último día que nos vimos. Te veo en la Ciudad de México, le dije en un abrazo: yo también sospecho que la eternidad, como tú dices, por fin comienza un lunes. Me respondió, casi ausente, con aquella sonrisa que parecía venir de muy lejos, con humor y tristeza: una sonrisa de niño perdido en el sueño, una sonrisa casi póstuma. Aún me dicen, un año después, más de un año después, que Eliseo Diego ha muerto, que se murió de improviso y en la penumbra, sin darse cuenta, mientras soñaba. No es verdad, les digo con desdén, eso no es verdad. Dicen algunos que se olvidó de respirar dentro del sueño, o, más bien, que fue abandonado por la respiración divina mientras soñaba. Cosa de un minuto, de menos de un minuto. No lo sé, quién sabe, todavía no lo creo: su muerte no aparece, aquella sombra, y su voz está viva. La gente dice tantas cosas. Sea como fuere, él seguirá soñando con nosotros, desde el espacio infinito, y por nosotros. Que siga soñando en paz, Eliseo Diego, aquel niño que fue, que es, que somos: ese niño interminable, de sabiduría bondadosa. Un poeta no muere. Soplo de Dios, prodigiosamente resucita en un acto de magia indeleble. ♦

# Autobiografía

MAGALI LARA

Nací en la Ciudad de México en noviembre de 1956. Soy la séptima hija de una familia yucateca de nueve hijos. Nada en nuestro medio ambiente nos presagiaba algún tipo de vocación artística pero somos tres hermanos que escogimos serlo. Fui una niña extremadamente quieta y silenciosa. Lo que mejor hacía era mirar y el mundo me parecía incomprendible. Los libros que primero me regaló mi mamá y luego mi hermano Hernán fueron no un refugio sino una vida paralela como ahora son los sueños.

Tener vocación es una suerte. La mía apareció de manera inoportuna pero con una fuerza que no dudé en aceptarla como el motor de mi vida. Desde entonces es a través de ella que he llegado a sitios desconocidos pero a los que, indudablemente, pertenezco.

La manera en que mi trabajo se estructura me es dada como pequeñas revelaciones que me abren una perspectiva para plantearlo así como mi propia identidad.

Mi obra tiene una parte confesional pero existen otras voces, reflejos o influencias de las que no siempre sé su procedencia.

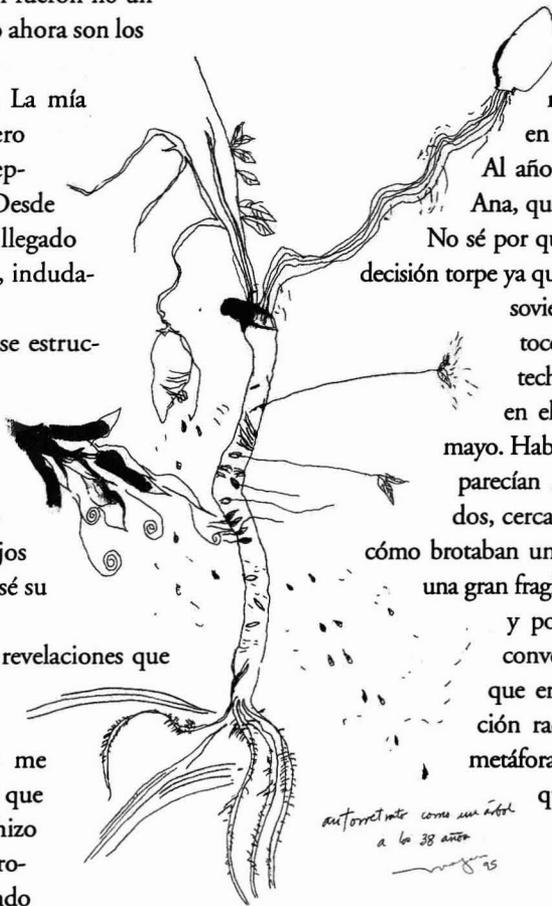
Éstas son tres de las pequeñas revelaciones que explican mejor mi biografía como artista:

Alrededor de los catorce años me cayó, como un rayo, un deseo sexual que sin más me apartó de los libros y me hizo ir fuera. Como personaje de Gombrowicz, desarrollé un apetito por el mundo erótico y sentimental, sin excluir la violencia y el delirio de persecución. Así decidí empezar a dibujar.

En 1988, en la Habana, Cuba, un amigo me llevó a que me leyeran las cartas por primera vez. La señora abrió la puerta de su modesto apartamento de La Habana Vieja. Me aclaró que sólo porque parecía que me encontraba en verdaderos apuros accedía a recibirme en su día de descanso. Sacó un paquete de barajas de cartón con el logo de Iberia. Pensé que tendrían como treinta años con ella. Cuando comenzó me conmovió profundamente cómo, de esas imágenes que a mí no me decían nada, podía leer el mundo, o mi vida en este caso. Desde entonces creo en el poder de revelación de las imágenes.

Al año siguiente decidí ir a ver a mi hermana Ana, que entonces estudiaba música en Varsovia. No sé por qué tomé el tren desde París pero fue una decisión torpe ya que tardaba veinticuatro horas. Era un tren soviético, sin coche comedor y para colmo me tocó la litera superior, prácticamente en el techo. Así que la mayor parte del viaje la pasé en el corredor mirando por la ventana. Era mayo. Había unos árboles podados de tal forma que parecían muñones. Estaban violentados, mutilados, cerca de la muerte. Como yo. Y entonces vi cómo brotaban unas ramas delgaditas, al principio con una gran fragilidad que me daba ternura o compasión, y poco a poco se llenaban de verde hasta convertirse, de nuevo, en algo vivo. No eran lo que eran anteriormente y en esa transformación radicaba la clave; encarnaban las eternas metáforas que hemos dejado de lado pensando que somos mejor que eso. Me identifiqué por vez primera con el paisaje, en algo que no sólo era mi historia personal.

Siempre me gustó leer libros de viaje. Tal vez mi trabajo no es sino un pretexto para trazar esas imágenes que me permiten leer el mundo. ♦



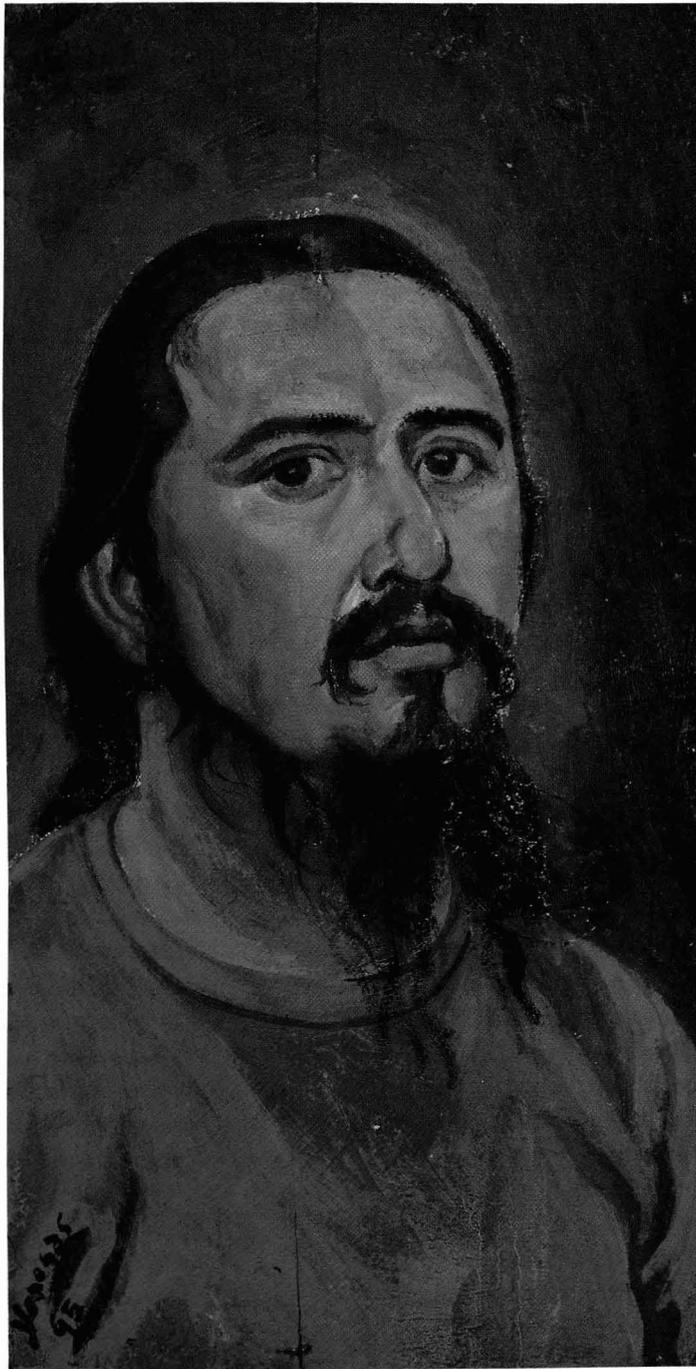
autoretrotratar como un árbol  
a la 38 años  
Magali Lara '85

# Autorretrato



GERMÁN VENEGAS

Foto: Cecilia Gutiérrez, Archivo fotográfico IIE-UNAM



1995, óleo/madera,  
59.7 x 29.6 cm

# Onírica trinidad

VÍCTOR GERARDO RIVAS

*Para Jano, por despertarme*

Las similitudes entre la lectura y la pasión erótica distan mucho de ser gratuitas, pues ambas exigen poner en juego el sentido de la realidad, máxime al tratarse de obras cuya sensualidad reside justo en la inteligencia; tal es el caso de *Segundo sueño*, novela donde Sergio Fernández metamorfosea al sueño en la máscara de la literatura y viceversa, como si, en efecto, sólo pudiesen existir el uno merced a la otra. De esta espléndida metamorfosis que abreva en los hontanares de Ovidio quiero hoy hablar, echando mano de las notas que tomé conforme avanzaba en el texto, notas que se agrupan por fecha y que si bien no constituyen una presentación en el sentido más estricto de la palabra, recorren, igual que la mirada amante, la apetencia por comprender al otro, sea a través de la carne, sea a través de la página.

21 de diciembre de 1994.

Acabo de terminar la primera parte de *Segundo sueño*; comencé a leer por la mañana, *me piqué* y aunque ya casi dan las doce he de escribir mis primeras impresiones. Me llama mucho la atención el título donde se perfilan Sor Juana y Bernardo Ortiz de Montellano como si la novela fuese, más que una ficción, un eco o una inmensa cita, no de los textos sino de la sensibilidad de la poetisa novohispana que conquistó Europa para América y de uno de los fundadores de *Contemporáneos*, quienes nos arrancaron en definitiva del alambicamiento decimonónico; sí, hay en el título una sensibilidad provocadora, punzante y esquiva al unísono, que se muestra y se repliega en un vaivén singular justo cuando apenas nos seduce.

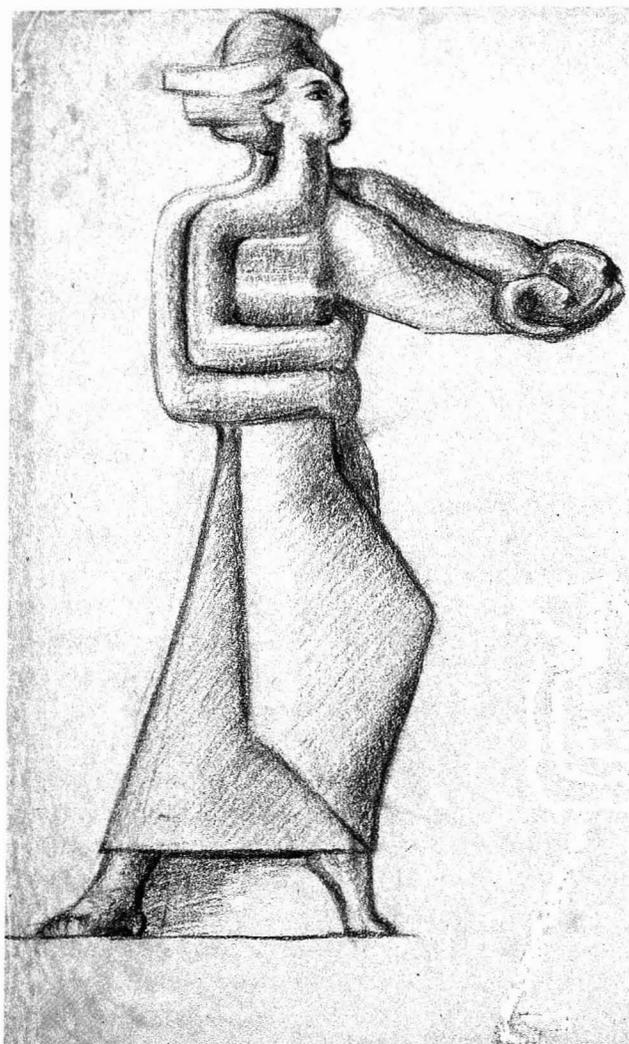
Pero también la dedicatoria da qué pensar: "una novela que es, más bien, ensayo para ademanes prohibidos". Novela-ensayo, un género híbrido que tal vez me explique la complejidad del texto, pues adelante se dice que

...cualquier ademán, en el mundo, es libre de recorrer el tiempo y el espacio que quiera, como quien no perezca y sim-

plemente muda de opinión, de punto de vista. De persona, también, pues por cuerpos vivos cambia los cadáveres todo gesto que desea sobre la vida permanecer (p. 50).

El ademán puede ser aquella forma de la sensibilidad que se insinúa en el título; o puede ser una de las leyes mágicas que, según la advertencia al lector, sirven para informar el texto de acuerdo con claves esotéricas en lugar de los clásicos capítulos. O puede ser, incluso, la razón de estos personajes que aparecen con Lucius Altner a la cabeza y de los cuales sólo reconozco a Ulrico de Hutten, el humanista partidario de Lutero. El ademán, por último, puede ser la verdadera imagen que aparece en los cuadros que ahí se mencionan, obras de Altner todas ellas.

La parte que hoy leí, "La lluvia", se compone de nueve claves; creo que la primera es fundamental para la comprensión del resto. Contiene dos voces, la del protagonista, joven profesor mexicano de arte, y la de su madre, quien le previene de las desgracias que le esperan en Alemania, a donde va a investigar la vida de Altner para escribir su tesis doctoral. El entramado de la escritura es, en verdad, muy denso: los niveles astrológico, psicológico, artístico y vital se sobrepone a través de un diálogo a distancia que va del pasado en México, aborrecible a causa de antiguos amantes incapaces, cruza el presente en Alemania, igual de aborrecible por el triunfo anticipado del invierno y las ominosas advertencias del tarot, y se tiende al futuro en Venecia, la ciudad donde todas las cosas son duales y donde el deseo puede manifestarse a plenitud. Desde esta primera clave me sorprende que la escritura fluya sin recurrir para nada a la fuerza de una anécdota, pues ya al inicio se nos ha dicho todo sobre la situación del protagonista y sobre lo que le aguarda, por lo que es inútil recorrer la línea para ver dónde finaliza el acontecimiento fortuito; sin embargo, por un efecto que no puede llamar sino mágico, el texto avanza hacia las restantes claves sin que decaiga su intensidad, como si en vez de invitar-nos a presenciar lo que ha de suceder, nos hiciera vivirlo desde los claroscuros del yo que el protagonista esgrime, yo que, no



obstante, se confunde con la voz de la madre, con la de los otros personajes que proliferarán en los ecos ajenos. Allende el contenido escueto de un futuro que por más deseable siempre termina en el desencanto, lo que en la novela retiene es ver si el protagonista se halla a la altura de su destino, pues como él sin ambages dice: “muy poca cosa es la existencia confrontada a lo que ella misma es, al dinamismo de su elaboración” (p. 35).

Creo que en esta parte hay dos motivos literarios fundamentales: la descripción del cuadro de Altner que se llama *El tríptico de la virgen*, el cual se exhibe en la catedral de Colonia, y el encuentro con Gunter en el restaurante de una terminal de trenes, encuentro en el cual los dos jóvenes intentarán comunicarse por medio de un intérprete que por principio frustra sus empeños de hallar puntos de contacto entre ambos, como si la pasión por el arte rechazara olímpicamente los intereses comerciales que embeben a Gunter; pues así como la lluvia cae de lo alto y se hunde en la tierra, la belleza de la Madre de Dios que se representa en el tríptico de la catedral cae sobre Gunter y se refleja en la fotografía de su esposa y su hijo que saca a destiempo, profanación de las *madonnas* que el Renacimiento nos ofrece a manos llenas; la lluvia, por último, viene a hundirse en la imposibilidad del arrebato

amoroso, al cual, literalmente, se lo lleva el agua junto con el protagonista, quien, incapaz de emprender una acción interna radical que lo libere del temor al rechazo, escapa hacia Venecia en la última frase para hundir en sus aguas la imagen de Gunter. Atrás quedan, pero sólo por un momento, Colonia, el avasallante invierno y la pureza inútil, gélida, de la carne que no se ha de gozar.

22-23 de diciembre.

En estos dos días me he dado maña para leer diez de las 18 claves de la segunda parte, “La nieve”. En substancia, esta parte de la novela consiste en una brillantísima reflexión sobre la pintura y más aún, sobre la permanencia de las imágenes en un mundo donde el incesante tránsito parece condenarlas al olvido. La invención de la vida de Lucius Altner, término de los empeños del protagonista, se delinea merced al análisis de uno de los cuadros de aquél, *El matrimonio del duque de Álava*, donde los misterios de la génesis de cada cual salen a la luz de la paleta del pintor, quien so pretexto de realizar una obra de encargo, intenta en realidad comprender su vínculo vital con sus padres. La frase del protagonista es certera: “lo importante, pienso, no es la verdad acerca del pasado, sino que nunca escape lo que no existe ya sobre la vida” (p. 158). Remontarse en el tiempo es buscar la orientación del propio sino, es conjurar el poder del tarot que triunfa a nuestra costa. Al pintar el cuadro, Altner inventa un orden para el deseo que le permita concebir su propia existencia, descifrándola en el plausible adulterio de su madre o en la lejanía de su padre, efecto de aquél. Con ello, el pintor también intenta penetrar en los delirios religiosos de su esposa Alana, delirios que toman cuerpo en la hija menor de ambos, Gertrude, a quien su padre trata como si fuese varón para no traicionar, quizás, su inquebrantable deseo de tener un hijo. Curiosamente, una gota justa de su paleta, de un tono que cambia del rojo al prasio, va a dar a la nariz del protagonista quien, dejándose arrastrar por el letargo, contiene a duras penas la metódica hemorragia que gota a gota mina su salud.

Pues el retorno de Venecia lo arroja en un marasmo solitario, hosco, en el cual, a falta de otra opción, se une a los edredones de su lecho como a los amantes que en su vida real no existen. A su calor, recuerda el sueño de Piedad, una mujer a quién abandonó en México, sueño que ella le remite en una carta; el sueño introduce a Sor Juana en ese cuarto donde la pureza de la nieve no puede entrar, donde la vida se inventa igual que la ficción de haber olvidado el alemán cuando lo cierto es que nunca lo ha sabido o donde las primeras arrugas revelan la traición del tiempo que al grabarse en la piel y en la memoria impide comunicarse con los otros. Más que abandono, el marasmo es una metamorfosis, una suerte de brega contra la inmediatez de la existencia o una elección, la de Karl Eimar, uno de sus alumnos y correlato de Gunter, con quien el protagonista sí se identifica porque, afirma, ambos “coinciden en lo deshabitado” (p. 206). Y junto con Karl aparece Liza Loos, la mujer que en su sensualidad subterránea ofrece a la imaginación del protagonista un asidero para seguir, paso a paso, el hilván de los interrogantes de Altner.

24 de diciembre.

Hoy terminé la segunda parte de la novela, justo antes de disponerme a cenar; si el secreto reside, en efecto, en cruzar la primera parte para que el ritmo avasallador de las palabras lo envuelva a uno, para que al fin los ademanes nos hagan movernos también, lo único que se requiere entonces es un poco de paciencia para descubrir su completo desarrollo. Estas ocho claves se articulan en torno a dos grandes núcleos: primero, la reiteración a posteriori del método crítico que el protagonista emplea para comprender a Altner: inventar la vida a partir de la obra, no sólo la del supuesto objeto de estudio sino la del propio sujeto que lo emprende, unificar de esta guisa, por medio del puro *acto creador*, lo que en el mundo existe por separado; aparte, la cristalización del vínculo entre Karl y él que ha de darle sentido a las advertencias del tarot. Estas dos fuerzas, la invención y el destino, deberán chocar a menos que ocurra un milagro, es decir, que el protagonista asuma su inmediatez sin ambages, cosa punto menos que imposible dada la inexorable certeza de la voz maternal que no deja de enviar señales de alarma. Ese choque no resulta, sin embargo, un mero suceso personal, no un fracaso de las ensoñaciones o un desengaño de los sentimientos. Es, a mi juicio, el punto nodal de la novela. Pues, como bien dice el protagonista:

la realidad. He aquí, pienso, el tema de mi libro y no una ramplona biografía por más que Altner estuviera de acuerdo y aun aplaudiera mis interpretaciones. ¿Qué más puedo pedir? Equivocada o no, mi visión se integra a la geometría medular del cuadro: la amplía (p. 270).

Según Platón, la belleza emana del reino supracelstial y sólo merced a su influjo nos es dable contemplar en el mundo la esencia inmaterial de éste; mas la luz de la paleta de Altner, como nos ha dicho el protagonista, se compone más bien de "rayos oblicuos, de una opacidad resplandeciente" (p. 120). Bajo semejante luz, misteriosa y lunar, la realidad pierde sus contornos fijos y comienza un desvarío, un apasionamiento que me apresa a mí como lector: sin darme cuenta, estoy exactamente en el punto de encuentro del destino y de la manera dolorosa y contradictoria que tiene de realizarse, manera que es la deleznable substancia del hombre. Tal es, pues, la absoluta realidad de las palabras.

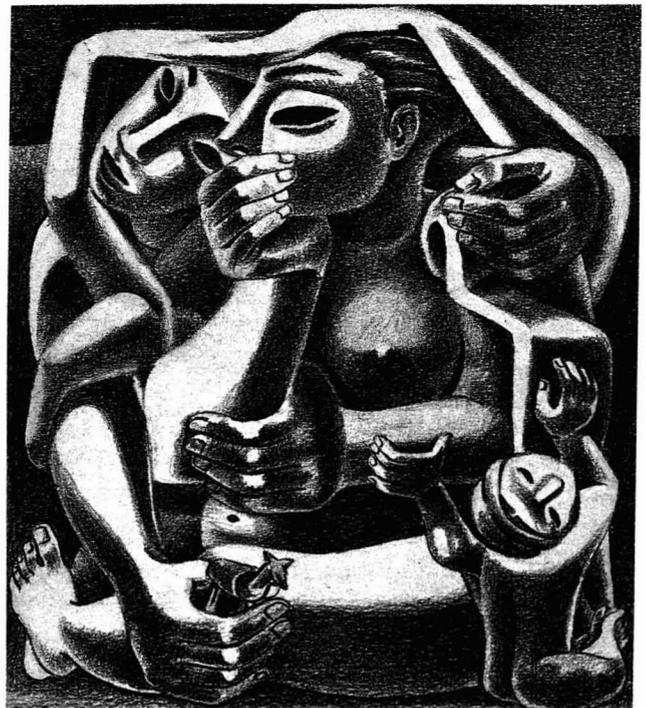
27 de diciembre.

Las fiestas no me han dado tregua para concluir; más aún, he de confesarme que no quiero llegar al final de la novela tan presto, como si buscase, igual que el protagonista, distanciarme del placer. Pero ya el deseo se abalanza a su presa y me enfrasco en la tercera parte, "El lodo", que paradójicamente se abre con una cita de Goethe, ¿Acaso las cartas no le han vedado al protagonista la gracia celestial que en cambio se le concede a Fausto? ¿Acaso se puede desafiar a Dios justo cuando se celebra la nochebuena y con ella el triunfo de la luz sobre las tinieblas, del sentido sobre la palabra o de la cordura sobre las pasiones? ¿Acaso los Eimar, la familia de Karl,

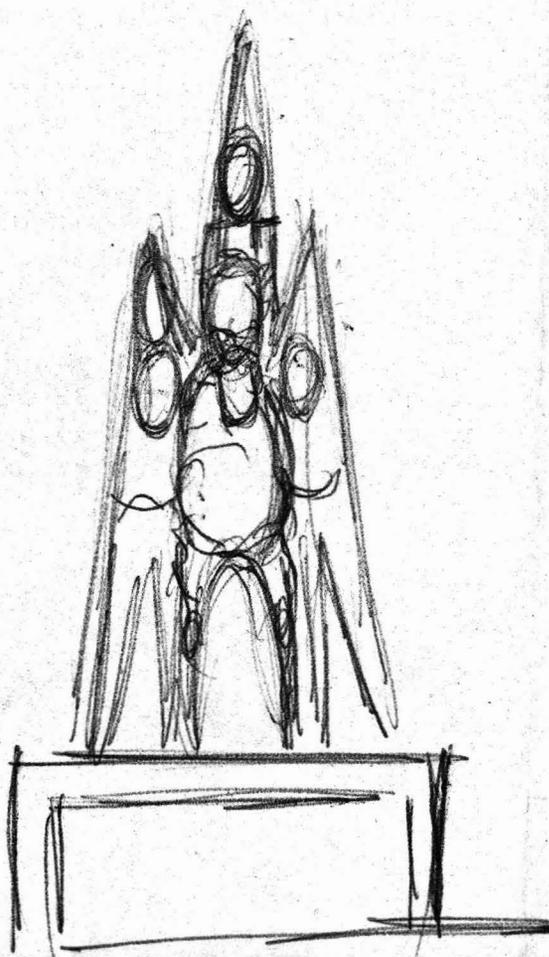
son los huéspedes idóneos para el protagonista? En lodo ha de metamorfosearse la albura de la nieve; en lodo también se trocarán los arcanos de la baraja que hacen de la vida, allende las miserias de la cotidianidad, un asunto digno de invención desesperada. La familia de Karl no participa en última instancia de los acontecimientos aunque se desarrollan en su propio hogar pues el español, idioma marginal en el territorio germano, evade cualquier censura de un medio anodino donde lo que ha de acontecer sucede sin apoteosis alguna. Y esto es un golpe magistral de la novela: darle al protagonista y a los lectores, terceros ocultos tras la página, la posibilidad de introducirse en las entretelas de la existencia no desde un mero punto de vista y tampoco desde una omnímoda voz sino desde el mágico espacio donde la determinación del destino se transmuta en elección personal. Mas ello exige, claro está, avanzar paso a paso en el lodo para no batirse en él o por lo menos para intentar no batirse en él. Lo que sucede con Karl, la manera de resolverse a interpretar las cartas, es sin duda una vía para el deseo del protagonista, no un acatamiento fatal. Y si la postrer clave de la novela nos advierte de una máxima escisión que concluye en la locura, no debemos pasar por alto que la locura es desde Platón (y, por supuesto, también desde Cervantes) el estado que nos proporciona los mayores bienes, el primero de los cuales es la lucidez. ¿Cómo mirar en el vértigo de las pasiones? ¿Cómo discernir el curso del agua en la humillante fijación del lodo?

*Ese mismo día, más tarde.*

Un gran escritor no sólo muestra sus tesoros, también indica, aunque no desembozadamente, la forma de encontrarlos, y justo por esto se reconoce a Sergio Fernández. La postrer reiteración, "La lluvia, la nieve, el lodo", contiene un *Se-*



*gundo sueño* que allende el cumplimiento del destino, refleja en una triple faz el que Pilar contó en equívoca misiva (el sueño del deseo), el que Sor Juana elaboró en una silva deslumbrante (el sueño del arte) y el que el protagonista ha forjado a lo largo de la novela (el sueño de la vida): onírica trinidad que engendra los misterios del ser humano, el más profundo de los cuales es la pasión por trascenderse que signa al hombre aun en las circunstancias más vergonzosas. La reiteración, al unísono, desanda la obsesión por Altner, es decir, la de la literatura por la pintura, artes que se enlazan merced al poderío de las imágenes. Mas con esto apenas rozamos la obsesión más profunda, la más difícil de expresar, a saber, la del deseo por el mal, pues, como se nos dice, “la imagina-



ción y el demonio están emparentados” (p. 327). ¿Quizás el arte, como sostienen los furios iconoclastas, seduce porque nos pierde, igual que el amor o que los sueños? La reiteración, por otro lado, vuelve a cruzar por las pistas que condujeron a Karl para mostrar que la existencia del reflejo apunta sin descanso a la del rostro oculto por la misma gloria de la luz, el de la virgen del tríptico que el protagonista defenestra para que se hunda como el resto del universo en el lodo.

Esta simbólica venganza nos permite plantear la última pregunta, tal vez la más ardua: ¿se encuentra el protagonista a la altura de su destino o éste simple y sencillamente lo arrastra? Y es su voz la que responde, no sólo a su madre sino al Hado y al lector con quien se comparte: “...te he devorado apoderándome, a mansalva, de tu idioma plagado de palabras que no uso y que al propio tiempo me encantan y me enervan. Mi sueño es tu palabra” (p. 353). Es el mundo que devora a Dios o la vida que devora al pensamiento en una especie de eterno retorno ante cuya inexorable ley sólo alcanza justificación el ánimo con el cual se encara, diga lo que diga la ley moral. En este sentido, *Segundo sueño* se insiere en la veta más profunda de la literatura, veta que es por esencia trágica: la antropofagia del narrador no lo libera ni lo redime porque, de hecho, se concreta a soñar, es decir, abre los ojos a la realidad.

El ademán, en fin, aberrante especie de la platónica transmigration del alma, obtiene por este medio su realización. La madre del protagonista se lo advierte ya desde la mitad del texto:

he aquí, pequenín, tu enfermedad: no dejarte tocar por el presente. A él, óyelo bien, eres inmune. Y lo serás mientras no te rebelas a esa alergia que te da la gente. Ábrete, encanto, ábrete a la realidad, si es que existe: observa, entre mis manos, el arcano mayor número 1: con voluntad y pericia todo se alcanza (p. 208).

El hiriente vínculo con Karl, la tesis sobre Altner y el desengaño son pistas en una investigación literalmente detectivesca que atrapa al ademán justo donde lo prohibido se torna ley, en el espacio del arte. Mas como sólo un vacío esteticismo desconoce que la vida no puede vivirse como una obra literaria, el protagonista debe pagar por la iluminación que obtiene; el despedazamiento del ademán que lo ha guiado en la interpretación cartomanciana, el de la propia imaginación que lo hizo presumir su derrota sin contener el deseo de consumirla, es la ventana que se abre igual que su existencia. Al devorar a la madre, al hacer pedazos la pureza de la virgen, la metamorfosis se consume y el recurso a las claves esotéricas se hace inteligible: la magia que gobierna la realidad es una y la misma fuerza; a la diestra o a la siniestra, el hombre se halla siempre lejos de Dios pero no a solas porque existe, antes que todo, la palabra.

25 de enero de 1995.

He vuelto en estos días a la novela para constatar sólo un presentimiento: *Segundo sueño* recoge la gran herencia del barroco que a lo largo del siglo XX nos ha enseñado que cualquier acto creador es, en el fondo, una reverberación, un eco, un recuerdo obsesivo no de lo que ha sido sino de lo que deseamos que sea. Así, *Segundo sueño* revela la sólida unidad de la obra de Sergio Fernández, obra que defenestra las divisiones entre el ensayo y la creación y entrega al deleite del lector la urdimbre inextricable de la existencia que se transmuta en la página. ◆

## M I S C E L Á N E A

Introducción informal a *Navegaciones*

SANTIAGO GENOVÉS

Todo iba bien. De locura. El hombre era ya hombre: mano, cerebro, posición erecta. Corría de aquí para allá, recogiendo frutas y buenas hierbas; cazando y pescando. La voz estaba allí. Comunicábase los unos con los otros durante el día. Dormían en la noche. Todo iba bien. ¡Ah!, pero el maldito diablo, ¡zas! metió, a contrapié, arteramente, una Z. Jugar se convirtió en juzgar. Ya nada nunca fue bien.

Dulce, humana, humildemente, yo quiero que todo vaya bien de nuevo. Que se integren cordura y locura; razón y sinrazón; sueño y realidad. Todo, todo ello es el juego de la vida; su juego. Quien de otra forma lo tome, allá él o ella. ¿Por qué o para qué lo hago? Para nada; como se hace todo lo que vale la pena: para jugar.

¿De dónde sale este libro, si yo siempre he sido y soy de la ciencia? En buena parte, de la propia ciencia. De la buena. De la verdadera. De la no burocratizada. De la humanizada. Va, pues, de cuento vivido: En un avión sobre el Atlántico. Leo cuentos: de Borges, Graham Greene, Edmundo Valadés, Eraclio Zepeda, Felipe Garrido, Monterroso, Arredondo.

¡Venecia! Vale una misa. El *palazzo* de los Gini: dos misas. Simposio: La Ciencia y las Fronteras del Conocimiento: Prólogo de Nuestro Pasado Cultural. ¿Qué hago aquí, entre estos grandes hombres? Somos quince, a puerta cerrada. Entre ellos, Sheldrake, el gran bioquímico inglés; Margalit y Nakamura, los eminentes filósofos: israelí el uno, japonés el otro; tres premios Nobel de ciencias naturales; también Durand, el creador y director del Instituto para el Estudio de lo Imaginario, con sede en París. Berger, presidente perpetuo de la Asociación Internacional de Críticos de Arte. Ottoson, neurofisiólogo y presidente del comité sueco que otorga los Nobel de ciencia. Más o menos por ahí los demás.

Un poquito tarde llega, en silla de ruedas, una ya anciana de la India. La sitúan a mi lado: "Madame Devi, discípula de Tagore."

Gran mesa cuadrada. Micrófono al frente de cada participante. Se expone la breve contribución que, después, se comenta. Razonada, libre, pero convencionalmente: las *formas*. Idioma: inglés.

Estoy entre tímido y asustado. ¡Cuánto conocimiento! Habla el tercero. Madame Devi medio dormida. De repente: "¡Look here, young man, that has already been said. That is beyond the point."

Es Madame Devi. Un rayo sobre el simposio. El *young man* es el doctor Dausset, de más de setenta años, Nobel de Medicina. Miradas corteses. Sonrisitas ante el aparente desacato. Quinta intervención: "This is too much. Why repeat? I am getting bored": de

nuevo Madame Devi, que está en la verdad: verdaderos sabios con verdadera imaginación, pero temerosos de usarla, no se salen de las *formas*. De lo convenido. De lo convencional. A partir de ese momento, la luz es otra. Ya no hay sonrisitas condescendientes. Otro el tono, el ritmo y el vuelo de la reunión. La actitud es la de ¿por qué no?, ¿quién nos lo impide?

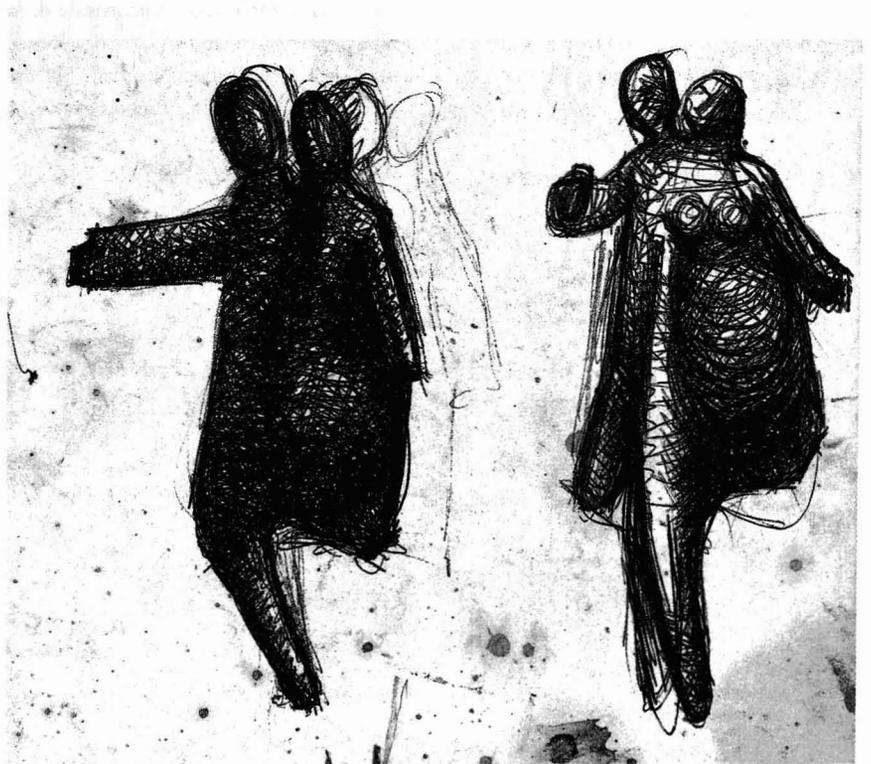
Gozo total hasta el fin.

Einstein, nada menos que Einstein —que no es Mallarmé, Sábines, López Velarde, San Juan, Rimbaud, Lorca, Sor Juana o Tagore—: "La imaginación es más importante que el conocimiento." Por lo visto y oído en Venecia, cierto. Lo toqué.

A un arroyo a beber  
bajó un día una paloma  
por no mojarse la cola  
alzó el vuelo y se fue  
¡Qué paloma tan señora!

Al oír esta copla, los andaluces se miran entre sí, contentos de sí mismos. "¡Vaya *ezo* está *mu* bien!"

No tan bien. Creo que, en esta vida, "hay que mojarse la cola" de vez en cuando. Sin dejar por ello de volar. De ser y de estar. Es lo que aquí hago. Lo aprendí en Venecia. Sí: los caminos de la vida son muchos. Pero todos van al mar. ♦



# Memorias de una burguesita apantallada

CARMEN GALINDO

## *Ignorancias rigurosamente vigiladas*

El café era enorme. Ocupaba el espacio que hoy detenta, quizá con menor provecho, la biblioteca. Tenía una gran cantidad de mesas de formica negra con las habituales cuatro patas de fierro rojo en forma de V. Tazas de café lavado y sandwiches creo que de queso amarillo, de jamón y de ensalada de pollo, pero de indudable mala calidad, que sólo se aventuraban a probar, impulsados por el hambre de la juventud, Gustavo y Carlos. Los salones de clases de las primeras horas me servían para encontrar a los amigos, el resto del tiempo en el café. A veces íbamos al Altillo, pero eso fue después, cuando los demás ya se habían ido y sólo quedábamos, tercas —o rezagadas, cuando ellos ya habían emprendido el vuelo profesional— Cristina y yo. “¿Tú vas al café o a Filosofía y Letras?”, decía mi padre con una frase que la reiteración haría proverbial. “Al café, porque ahí aprendo más”, contestaba yo con convicción de iconoclasta inofensiva. Era cierto. “¿Qué libro leíste ayer?”, lanzaba Gustavo Sáinz y uno —nunca podré decir una— se apresuraba a balbucear la novela leída hace

dos años hasta que al cabo de los días se terminaba el repertorio y uno tenía que leer realmente a Saroyan, a Hemingway, a Huxley, a Lawrence. Cincuenta páginas diarias de lectura parecía una cuota razonable hasta que me enteré que los Ateneístas se despachaban —Don Julio Torri aseguraba con la exageración del recuerdo y la imposibilidad de las 24 horas— 450 hojas por día. “¿Ya leíste a José Luis Borges?”, decía Monsiváis de mala fé —era el tiempo en que todavía se acentuaban los monosílabos—. Y uno no se atrevía a contradecirlo, porque apenas ayer había oído por primera vez el nombre de Jorge Luis y, por otro lado, quien quite y haya otro casi homónimo, monologaba internamente casi muerta del terror pánico, para decirlo con la doble palabra tan de moda en esos años. No me atrevía a contradecirlo y sólo me ponía roja, de la pena o del coraje vaya usted a saber, cuando me asestaba sus Ernest Faulkner y William Hemingway. Pero lo peor no fue esto, sino la tarde en que en el café de la biblioteca procedieron al interrogatorio de los clásicos. “¿Han leído a Neruda?”. No, decíamos a coro Cristina Pacheco y yo. ¿A

Joyce?, ¿a Virginia Woolf?, ¿a Henry James? Ni a Austen, ni a Melville, ni a Fitzgerald. No, no, no. “¿Ni el Quijote?”, se miraban incrédulos. Tampoco. Nunca preguntaron por Darío, Dostoievski, Sor Juana, Alarcón o Salgari. Ni Wilde. “¿Y por qué estudian letras?”, terminaban fingiéndose los sorprendidos y sumiéndonos en atroz duda existencial.

## *Salvador Elizondo, el profesor distraído*

Ya estaba casado. Tenía una hija: Mariana. Su mujer, entonces, era Michelle Albín. Decía piropos —flores muy intelectuales: “Cristina, tienes ojos de Diego Rivera en su primera época.” Mucho tiempo después me tropiezo con él en un pasillo, ya somos maestros de la facultad. “No encuentro mi salón”, dice desorientado. Me alarmo, estamos a dos claes de terminar el semestre. Me ofrezco a localizarlo. Evade la ayuda y comprendo mi ingenuidad. El profesor distraído es parte de una leyenda: la suya. Otra vez me cuenta que una alumna, ya de edad, le manifiesta —la imagino casi sofocada por el escándalo— que si no ha advertido que los alumnos fuman en clase mariguana. Salvador, impasible, para no incomodar a la señora, ordena: “Los alumnos que estén fumando mariguana pasen al lado de la ventana.” Me lo creo, luego recuerdo que Baudelaire también incrementaba su mito con incursiones, quizás falsas piensan los críticos, en el mundo de los alucinantes.

Me grita un día, mientras esperamos nuestro cheque quincenal, porque lo excluí de una anécdota en que él era el referente. “Cuando todo parece estar perdido en la literatura mexicana —dice Salvador Novo al entregarle el Premio Villaurrutia— siempre aparece un Salvador.” Recuerdo que la exclusión no fue de mala voluntad. Él supone envidia, mezquindad de mi lado. Lo hice, porque el tema era la vanidad —y de paso la gracia— de Novo. En ese momento no quise desmentirlo: me ofenden sus gritos, me halaga que le dé importancia a un texto mío perdido —más que publicado— en una revista. No nos guardamos rencor. Me lo encuentro y le hablo como si nada. Hace unos meses lo felicito por sus juicios en una mesa redonda, le da gusto “sobre todo porque vienen de una ‘enemiga’”, poniéndole —con su habitual guiño malicioso— comillas a “enemiga”. No se refiere



al nimio altercado. Nunca imaginé que se hubiera enterado de que militábamos en grupos literarios opuestos.

Me acerco a pedirle un favor a Silvia Lemus, la mujer de Carlos Fuentes, Salvador se retira. Sólo Julio Torri y él tienen una discreción tan exquisita. No me importa que sea un valor burgués, la educación es, creo, un respeto por los demás, un rasgo de bondad. De fraternidad incluso.

### *Selma Beraud en el 68*

Con actitudes calculadas para "epatar a la burguesía", por emplear una frase hoy extemporánea, trataba Selma de desmentir su pasado de *niña bien* del Instituto Miguel Ángel. Se le asomaba, con frecuencia, su cuello de papel picado blanco y almidonado sobre el uniforme azul marino abajo de la rodilla. Su madre había muerto, su padre no la visitaba o ella no lo decía. La vigilaba una tía sorda que no se enteraba de que llegaba tarde —a las nueve— por irse a comer tacos con Cristina. Se desvivía por un güero —con aspecto de político del PRI— que me parecía repelente. Y luego, por un autor de telecomedias, y después, por Tino Contreras, el baterista. Se la pasaba tratando de escandalizar y, más tarde, orgullosa

de sí misma por su amistad con Edmundo O'Gorman, inventando aforismos. No fue hasta 1968 cuando encontró su verdadero camino. Con audacia, quizás sin calcular los riesgos, se sumó al movimiento. En su casa se reunían los subversivos de entonces. A algunos de ellos les llevó comida durante no sé cuánto tiempo a la cárcel. Nunca le pidió clemencia a las autoridades: con desafío se presentaba con peluca y pestañas postizas, como se acostumbraba en los sesentas, en sus visitas a los presos políticos. Al recordar aquellos intensos días, algunos de los testimonios la evocan: el de Luis González de Alba, el de Arturo Azuela, el de José Revueltas. Entre sus muchas acciones, una es legendaria. Se presta a manejar el coche que conduce a Roberto Escudero, Rufino Perdomo y José Revueltas a una plática con los negociadores gubernamentales —Andrés Caso Lombardo y Jorge de la Vega Domínguez—. Al salir de la entrevista, por el rumbo de las Águilas, tienen el que juzgan, en un primer momento, un pequeño accidente de tránsito. Un coche se impacta con el de Selma. Las tres puertas masculinas se abren y descienden para reclamar el desperfecto. Sobre los asientos del otro automóvil miran las ametralladoras. Regresan precipitadamente al coche. Un segundo auto cierra el paso al de Selma.

Ella, hábil, milagrosamente, logra hacer pasar el suyo entre un poste y la pared, burlando el bloqueo. Comienza la peliculesca carrera. A toda velocidad, el pequeño auto de Selma recorre las calles en peligrosa huida. Seis distintas veces creen haber escapado y se detienen —a improvisar una decisión, a tomar aire— en solitarias calles. Esas mismas veces vuelven a aparecer los coches que, por no tener placas, reconocen como oficiales. Saben lo que arriesgan: la cárcel, quizás la tortura, tal vez la muerte. Al emprender la carrera, Selma recorre la glorieta del Riviera, en tres ocasiones, en sentido contrario. Revueltas propone romper una ventanilla y atacar a los agentes con una pequeña pistola calibre 22, los demás lo piensan un suicidio. Logran disuadirlo. Llegan a las cercanías de los Estudios Churubusco. Ahí Revueltas tiene viejos amigos. Podrían protegerlos, piensan. El escritor —no en vano lo es— propone entrar a los estudios, cortarse, él, las barbas, y disfrazarse, todos, ¡de vaqueros! Literalmente, "la imaginación al poder". Varios años después, Rufino me lo cuenta. Ningún hombre hubiera tenido ni la habilidad ni los nervios de acero para llevar a buen fin la carrera. Admiro a Selma, me confiesa Rufino. "Sin las mujeres, no se puede hacer la revolución", concluye. ♦



Coordinación de Humanidades

## LIBROS UNAM



### LA DANZA EN MÉXICO. PRIMERA PARTE PANORAMA CRÍTICO

*Alberto Dallal*

2a. edición: 1995, 307 pp.  
Instituto de Investigaciones Estéticas  
Precio: NS 100.00

### LÍMITES DE LA RETÓRICA CLÁSICA

*Bulmaro Reyes Coria*

1a. edición: 1995, 124 pp.  
Instituto de Investigaciones Filológicas  
Precio: NS 30.00

### POSMODERNIDAD Y EDUCACIÓN

*Alicia de Alba (compiladora)*

1a. edición: 1995, 313 pp.  
Centro de Estudios sobre la Universidad,  
UNAM; Miguel Ángel Porrúa  
Precio: NS 60.00

### EN TORNO A JULIO CORTÁZAR

*Paciencia Ontañón de Lope*

1a. edición: 1995, 124 pp.  
Instituto de Investigaciones Filológicas  
Precio: NS 40.00

### HUMBOLDT Y MÉXICO

*José Miranda*

2a. edición: 1995, 245 pp.  
Instituto de Investigaciones Históricas  
Precio: NS 70.00

#### Informes y ventas

Dirección General de Fomento Editorial UNAM  
Av. del IMAN No. 5 C.U., C.P. 04510, México, D.F.  
Tel. 622 65 83 Tel. y Fax 622 65 82

LIBRERÍA CENTRAL C.U.  
Corredor Zona Comercial,  
Ciudad Universitaria  
C.P. 04510, México, D.F.  
Tel. 622 02 71

LIBRERÍA CASA UNIVERSITARIA  
DEL LIBRO  
Orizaba y Puebla, Col. Roma  
C. P. 06700, México, D.F.  
Tel. 207 93 90

LIBRERÍA JULIO TORRI C.U.  
Centro Cultural Universitario,  
Ciudad Universitaria,  
C.P. 04510, México, D.F.  
Tel. 622 71 35

LIBRERÍA PALACIO DE  
MINERÍA  
Tacuba No. 5, Col. Centro  
C.P. 06000, México, D.F.  
Tel. 518 13 15

LIBRERÍA JUSTO SIERRA  
San Ildefonso No. 43, Col.  
Centro,  
C.P. 06000, México, D.F.  
Tel. 702 44 54

# El movimiento médico en los sesentas

JULIA ISABEL FLORES

Los años sesentas mexicanos están todavía en espera de un buen análisis. Época vital para comprender muchos de los procesos que hoy vivimos, tiempo de gestación de nuevas formas de ser, de nuevas sensibilidades, en esta década se abren temas inéditos, nuevos registros de la sociedad y la política mexicanas.

La mayoría de los estudios sobre este periodo se centran en el movimiento estudiantil del 68, el gran símbolo de esos años en México. Mas es preciso preguntarse qué hizo posible su emergencia, qué transformaciones en la sociedad mexicana lo antecedan.

En *La democracia en blanco*, Ricardo Pozas efectúa un recuento de tales variaciones al estudiar el movimiento médico de 1964-1965, que inaugura nuevas modalidades del tipo y el carácter de las movilizaciones sociales en México, a la vez que prelu-

dia los cambios que signarán nuevas épocas de la sociedad mexicana.

El libro de Pozas —que es en realidad varios libros— admite la posibilidad de distintas lecturas y pone a disposición del lector nuevos materiales para comprender el decenio de los sesentas. Proporciona también claves para comprender procesos que hoy se encuentran en el centro del escenario político, como la lucha por la democracia y el derecho a la organización independiente de las instituciones corporativas estatales. El texto conjuga un análisis ampliamente documentado del movimiento médico, con un lúcido examen del corporativismo mexicano; incluye además una revisión del sistema político y de los partidos y efectúa un recuento de las tendencias pioneras, en esos años, en la organización civil y del Estado en nuestro país.

Estudioso de la modernidad mexicana, Pozas señala como característica esen-

cial de esta última la lucha por la libertad de organización frente al monopolio del Estado y reseña acuciosamente el nacimiento de un proyecto distinto que, mediante la organización de los sectores liberales ilustrados de la sociedad, mostró el peso de los nuevos actores sociales urbanos en la vida de la nación.

El autor toma el movimiento médico como el eje orientador que le permite analizar las entrañas del sistema político y escudriñar las prácticas del corporativismo y de los partidos políticos. En su opinión, los sesentas marcan el desfase entre unas formas de gobierno y de organización del poder —constituidas en una sociedad fundamentalmente agraria— frente a una sociedad cada vez más urbana. Este desajuste explica, según Pozas, los límites de la legitimidad en la dominación pacífica y el recurso cada vez más frecuente de la violencia frente a las demandas políticas de nuevos actores sociales.

El movimiento médico constituye una novedad en el plano de las formas de lucha políticas, sociales y laborales frente a una tradición de dominación política, tanto por la composición social de sus agentes —sectores medios urbanos, profesionistas liberales, individualidades a quienes la medicina socializada transformó en actores que se expresarían mediante un instrumento laboral-político alternativo— como por la del grupo

## La Gaceta

DEL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

NUEVA ÉPOCA      NÚMERO 299      NOVIEMBRE DE 1995

### Edmundo Valadés

1915-1994

#### Un homenaje

ELENA PONIATOWSKA ♦ ADRIANA VALADÉS ♦ JOSÉ DE LA COLINA  
EMILIO URANGA ♦ AGUSTÍN JIMÉNEZ ♦ ALÍ CHUMACERO  
JUAN ANTONIO ASCENCIO ♦ LUIS FAYAD ♦ AGUSTÍN MONSREAL  
JOSÉ LUIS CUEVAS

Cartas de  
XAVIER VILLARRUTIA ♦ JULIO CORTÁZAR  
A. ZAMORA VICENTE ♦ DÁMASO ALONSO



en el poder, que inicia el alejamiento de las tradicionales prácticas de gobierno con que, hasta entonces, se habían enfrentado los conflictos sociales.

En el uso mexicano, el Estado aparecía como promotor de la estabilidad social. Una de sus mayores virtudes era la destreza para proyectar equilibrio mediante la concertación de intereses. Ello le permitía presentar a la disidencia como subversiva y no como una oposición legal y válida: entre la oposición y la concertación, el Estado desplegaba la legitimidad de su acción frente a los movimientos sociales.

Las profundas transformaciones en la sociedad —resultantes del desarrollo sostenido durante décadas y del proceso creciente de urbanización, que integraba nuevos y más amplios contingentes a la vida política— provocaron cambios en la cultura política que desafiaban las formas de dominación y las prácticas establecidas. El movimiento médico condensó los nuevos valores políticos en ascenso, al demandar un naciente tipo de relaciones que cuestionaba la organización política establecida. Era la expresión tanto de las aspiraciones y expectativas de la enseñanza superior y las profesiones liberales, estimuladas por la movilidad social, como de la frustración que ellas sufrían debido a la inoperancia de normas de reproducción institucional correspondientes a una forma anquilosada de organización social.

El movimiento, comenzado el 26 de noviembre de 1964 con demandas por la elevación y homologación de salarios y prestaciones, se transformó y adquirió matices distintos, al rechazar los médicos la articulación corporativa al Estado. Ello convirtió la demanda laboral en un reclamo de autonomía civil frente a las formas de dominación política. La lucha por constituir inéditos tipos de organización y por obtener respuestas a lo demandado se prolongó hasta septiembre de 1965, cuando fue reprimida y ahogada.

La respuesta del Estado frente al movimiento evidenció su incapacidad para satisfacer requerimientos de los nuevos actores sociales y encontrar formas distintas de dominación y de concebir la política.

Los médicos representaron lo que más tarde serían las bases de la oposición partidista: sectores medios, profesionistas liberales, con autonomía económica, con un amplio espectro informativo, influidos por

el modelo estadounidense de vida, de consumo y, sobre todo, de concepción política, ya que valoraban altamente la vida democrática. Provocaron un cambio importante en los valores, la cultura y las prácticas políticas prevalecientes de obediencia al poder. Fueron precursores en su aparente apolitismo y apartidismo al dar a su lucha un sentido autónomo del aparato del Estado.

El movimiento médico fue también la primera manifestación de la crisis de la educación superior moderna, la cual expresaba el tránsito de la universidad de elites a la universidad de masas. Esta crisis mostraba las inadecuaciones entre sociedad y universidad y fue el inicio de una larga cadena de fricciones entre el Estado y las nuevas capas profesionales. El reclamo de los estudiantes, en 1965, de participar en las instituciones, se convertiría en 1968 en una demanda por la democracia.

Para Ricardo Pozas es en 1965 cuando se inicia la crisis política de un proyecto de

articulación social de la dominación política conformado a lo largo del siglo XX, fase crítica que no termina y a la cual asistimos de manera clara hoy. El presidencialismo derivó en la elitización de la política en una sociedad que se masificaba, y en ello radica su pérdida de consenso y autoridad.

En el gobierno de Díaz Ordaz se limitó el juego político interno a la coalición gobernante y se redujeron las posibilidades de equilibrio y coexistencia de sus fuerzas, así como sus márgenes de representación política y social. Al cerrarse al diálogo público e interno, se limitaron los interlocutores confiables, se cerraron las posibilidades de conocimiento de los problemas sociales como parte de los problemas del Estado y se reiteró la decisión autoritaria por encima de la solución política.

El gobierno diazordacista mostró una gran incapacidad política para adecuar el Estado al cambio social y por ello tuvo que hacer frente a las fuerzas sociales que expresaban dicho cambio, tanto dentro como fuera del Estado. En tal sentido, ese régimen es evaluado por Pozas como el último ejercicio político de la tradición agraria en el México urbano contemporáneo.

El movimiento médico representa la primera llamada de atención de los sectores medios como nuevos actores protagónicos de la sociedad, mas no fue el único: la clase política tradicional enfrentó un intento de reforma política modernizadora del Estado encabezado por Madrazo, quien buscaba abrir al juego democrático las formas de representación social en el PRI. Estos movimientos, ambos derrotados, representan dos de las modalidades más significativas de lucha en una sociedad: la laboral y la política. Ambas luchas darán sentido a los conflictos entre la sociedad y el Estado en las dos décadas siguientes.

La lucha emprendida por los médicos fue uno de los primeros procesos tendientes a transformar al Estado mediante el peso creciente de las nuevas demandas sociales de apertura de espacios políticos y de independencia de las formas de organización civil y laboral frente a la red corporativa del Estado. Sus reclamos todavía resultan comunes en los noventa, treinta años después: reconocimiento de las individualidades frente al Estado y significación de las contiendas electorales por legitimar el ejercicio del gobierno. ♦



## COLABORADORES

**Gilberto Aceves Navarro** (Ciudad de México, 1931). Estudió en la Escuela de Pintura y Escultura La Esmeralda, del INBA. Colaboró con David Alfaro Siqueiros en la realización de los murales de la Torre de Rectoría de la UNAM en 1952. Fue profesor en el Instituto de Intercambio Cultural Mexicano-Norteamericano y actualmente lo es en la Escuela Nacional de Artes de Plásticas San Carlos. Ha obtenido en cuatro ocasiones el Premio Salón de la Plástica Mexicana; también recibió el Premio Bial de Brooklyn, Nueva York, y el Premio Universidad Nacional. Ha participado en diversas exposiciones individuales y colectivas en México y el extranjero. El texto y el dibujo que publicamos fueron realizados especialmente para este número.

**Ricardo Anguía.** Véanse los números 506-507, 510, 512-513, 514 y 531. El texto y el dibujo que damos a conocer fueron realizados especialmente para este número.

**Juan Bruce-Novoa** (San José, Costa Rica, 1944). Escritor y crítico literario. Doctor en letras mexicanas por la Universidad de Colorado. ha sido profesor en las universidades de Yale y Harvard; en las de Mainz y Erlanger (Alemania) ha sido Fullbrighth Professor. Actualmente es profesor y jefe del Departamento de Español y Portugués de la Universidad de California, Irvine. Realizó el estudio y la compilación del libro "*La sombra del caudillo*", versión periodística. Es autor de los libros de ficción *Manuscritos de origen* y *Only the Good Times*. Una primera versión del texto que ahora publicamos fue leída en el Segundo Congreso de Mexicanistas.

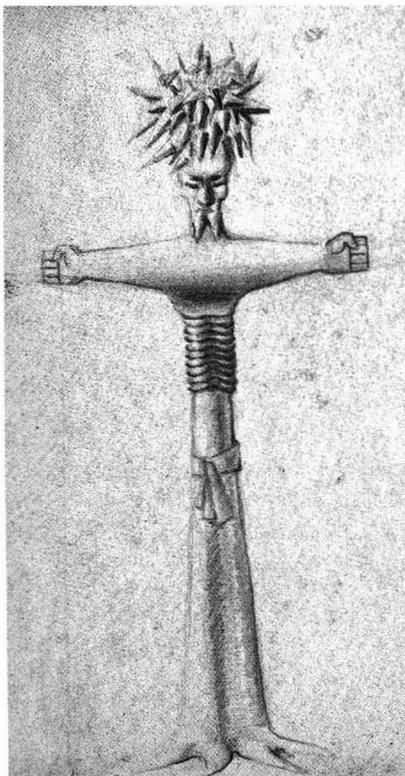
**Arnaldo Coen.** Véase el número 511. La obra que publicamos fue realizada especialmente para este número.

**Rogelio Cuéllar.** Véanse los números 508, 509 y 510.

**Alberto Dallal.** Dirige la revista *Universidad de México*. Véanse los números 506-507, 510, 515, extraordinario de 1993, 525-526, 527, 530, 531 y 534-535.

**Augusto Escobedo** (Ciudad de México, 1914-Cuernavaca, Morelos, 1995). Escultor. Empezó su carrera como escultor autodidacta en 1953. Presentó un gran número de exposiciones individuales y colectivas en varias ciudades de México y Estados Unidos; además, en París, Montreal y Budapest. En 1990 fue nombrado representante de México en el concurso Henry Moore (Tokio, Japón), en el que su trabajo fue nombrado "Exellen Maquette". Su obra se compone de una serie de fuentes y monumentos públicos, como *Niños jugando* (Bosque de Chapultepec), *La ronda* (INPI), *En memoria de Lauro Aguirre* (ENS), en la Ciudad de México; *Niños pescadores* y *Fuente de los flamings*, en Veracruz; *Los niños traviesos*, en Tabasco, y *Alegría de vivir* y *Las tres gracias*, en Montreal, Canadá, entre muchas otras esculturas.

**Sergio Fernández.** Colaboró en el número 510. La carta que ahora publicamos fue leída por José Luis Ibáñez en el Homenaje al doctor Edmundo O'Gorman que tuvo lugar el



30 de octubre en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

**Julia Isabel Flores.** Véase en el número 533.

**Patricia Galeana.** Véase el número 511.

**Carmen Galindo.** Ya ha colaborado en esta revista. Véanse los números 523-524 y 527.

**Héctor García** (Ciudad de México, 1926). Fotógrafo. Estudió en la Academia de Artes Fotográficas de Nueva York y en la Academia de Arte Cinematográfico. Ha sido reportero de varios periódicos nacionales. Su obra se ha presentado en decenas de exposiciones. Dirigió los documentales *Juego y trabajo* (1970) y *Semana Santa cora* (1971). Recibió el Premio Nacional de Periodismo en 1958, 1969 y 1979. Es autor de *Escribir con luz y México sin retoque*.

**Juan García Ponce.** Ya ha colaborado en esta revista. Véase el número 520. Los textos que ahora publicamos son fragmentos del libro en preparación *Personajes, lugares y anexas*.

**Santiago Genovés.** Véase el número 534.

**Magali Lara** (Ciudad de México, 1956). Licenciada en artes visuales por la UNAM. Su obra se ha presentado en diversas exposiciones individuales y colectivas en México, Suiza, España, Estados Unidos, Alemania y Francia, entre otros países. Obtuvo mención honorífica en 1987 en el concurso de Ex-votos, convocado por el Centro Cultural Arte Contemporáneo y en 1988 en la V Bienal Iberoamericana de Arte. Está adscrita al Sistema Nacional de Creadores. El texto y la obra que presentamos fueron realizados especialmente para este número.

**Hernán Lavín Cerda.** Colaboró en los números 504-505, 508 y 523-524.

**Jorge Alberto Manrique.** Colaboró en el número extraordinario de 1993 y en el 515. Recientemente publicó, en coautoría con Teresa del Conde, *Cartas absurdas*.

**Juan Marichal** (Santa Cruz de Tenerife, España, 1922). Licenciado en literatura por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y doctor en Historia por la Universidad de Princeton. De 1959 a 1987 fue profesor de la

Universidad de Harvard, donde es catedrático emérito. Actualmente imparte cursos en el Instituto Ortega de Madrid. Ha escrito artículos para revistas especializadas en España. Es editor de las *Obras completas de Manuel Acuña* y autor de *La voluntad de estilo*, *El nuevo pensamiento político español* y *El intelectual y la política*, entre otros libros.

**León Olivé** (Ciudad de México, 1950). Matemático por la UNAM y doctor en filosofía por la Universidad de Oxford, Inglaterra. En nuestra casa de estudios ha sido profesor de las facultades de Ciencias y de Filosofía y Letras; fue director del Instituto de Investigaciones Filosóficas, donde actualmente es investigador; es el responsable de la creación de la maestría y doctorado en Filosofía de la Ciencia. Está adscrito al Sistema Nacional de Investigadores. En 1988 recibió el Premio de Investigación Científica. Es autor de *Estado, legitimación y crisis*, *Conocimiento, realidad y sociedad*, *Cómo acercarse a la filosofía y Razón y sociedad* (en prensa).

**Federico Patán.** Ya ha colaborado en esta revista. Véase el número 520.

**Aline Pettersson.** Sus colaboraciones aparecen en los números 508, 520 y 530.

**Alicia Reyes** (Ciudad de México, 1940). Directora de la Capilla Alfonsina. En 1977 fue nombrada Caballero de la Orden de Artes y Letras, condecoración otorgada por el gobierno de Francia. Es jurado del Premio Internacional Alfonso Reyes, vocal y miembro fundador de la Sociedad Alfonsina Internacional y miembro del Colegio de Literatura del Instituto Mexicano de Cultura y de la Unión Cultural Americana de Buenos Aires, Argentina. Asimismo es miembro fundador de la Academia de Ciencia y Humanística, A. C. y de la Sociedad de Literatura Mexicana. Es autora de *Genio y figura de Alfonso Reyes* (bibliografía), *Fetiches*, *El almacén de Coyoacán* (novelas) y de seis libros de poesía.

**Alfonso Reyes** (Monterrey, Nuevo León, 1889-Ciudad de México, 1959). Licenciado en derecho por la Universidad Nacional. Fundó con José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña y Antonio Caso el Ateneo de la Juventud. Fue secretario de la Escuela Nacional de Altos Estudios, donde fundó las cátedras de lengua y literatura españolas. Fue segundo secretario de la legación mexicana

en Francia (1913) y en Madrid (1920); además de otros cargos diplomáticos, ocupó el de embajador en Argentina, en dos ocasiones, y en Brasil. Fue presidente fundador de la Casa de España; miembro de número y presidente de la Academia Mexicana de la Lengua y miembro fundador de El Colegio Nacional. En 1945 recibió el Premio Nacional de Literatura. El FCE ha publicado 26 tomos de sus *Obras completas*.

**Víctor Gerardo Rivas** (Ciudad de México, 1963). Licenciado en filosofía por la UNAM, donde actualmente cursa el doctorado tutorial. Es profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra casa de estudios y becario del Sistema Nacional de Investigadores. Recientemente apareció su libro *Voluntad de ser*.

**Nunik Sauret.** Colaboró en el número 509. El texto y la obra que presentamos fueron realizados especialmente para este número.

**Víctor Sosa.** Sus colaboraciones aparecen en los números 508, 522 y 534-535.

**Ernesto de la Torre Villar.** Sus colaboraciones aparecen en el número extraordinario de 1993 y en el 522.

**José C. Valadés** (Mazatlán, Sinaloa, 1901-Ciudad de México, 1976). Historiador. Realizó estudios en el Saint Vicent College de Los Ángeles y en la Escuela Nacional de Homeopatía. Perteneció el grupo Jóvenes Igualitarios, del cual dirigió el periódico *Juventud Mundial*. Cofundador de la Federación de Jóvenes Comunistas, profesor de la UNAM, embajador en Líbano, Siria, Irak, Uruguay, Colombia, Portugal y Marruecos. Autor de *Revolución social o mitin político*, *Historia general de la Revolución mexicana* (10 tomos), *Notas sobre el socialismo en México durante el siglo XIX*, *El pensamiento político de Benito Juárez* y *El porfiriismo y la Revolución*, entre muchos otros libros.

**Reynaldo Velázquez.** Colaboró en el número 515. El texto y la obra que publicamos fueron realizados especialmente para este número.

**Germán Venegas.** Colaboró en el número extraordinario de 1993. La obra que damos a conocer fue realizada especialmente para este número.

**Nahum B. Zenil.** Ya ha colaborado en esta revista. Véanse los números 508 y 514.

# UNIVERSIDAD DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Noviembre 1995 ♦ Núm. 538

Ilustra Fermín Revueltas

## REFLEXIONES SOBRE POLÍTICA E HISTORIA

Mac Gregor, Beuchot, Cansino, Berenzon Gorn,  
Paulín Pérez, Gallardo Cabrera, Murià, Matute, entre otros

Poema de Rubén Bonifaz Nuño  
Obra teatral de Víctor Hugo Rascón Banda

De venta en las oficinas de la propia revista.  
Tels. 666 3972 y 666 3624

# HAY OTRA FORMA...

...de recordar



*Cine iberoamericano*  
Domingos 22:00 hrs.

...de mirar



*Naturaleza*  
Lunes, miércoles  
y viernes 17:30 hrs.

...de sentir



*Música clásica*  
Martes 15:00 hrs.  
Sábados 18:00 hrs.  
*Jazz*  
Sábados 20:00 hrs.

...de volar



*Danza*  
Miércoles 20:30 hrs.

...de soñar



*Opera*  
Domingos 16:30 hrs.

SU IMAGEN PUEDE CAMBIAR

Canal 22

La cultura también se ve

Disfrute nuestra programación desde las 14:00 hrs.  
Para información, marque Noctel 91 801 518 02



## EL SISTEMA DE TIENDAS UNAM

lo espera en cualquiera de sus tres unidades,  
de lunes a domingo de 9 a 20 hrs.

**ACATLÁN**

Av. Alcanfores y Sn. Juan Totoltepec, Sta. Cruz, Edo. de Méx.

**METRO C.U.**

Circuito Exterior, frente a la Fac. de Ciencias Políticas y Sociales,  
C.U.

**ESTADIO**

Estacionamiento 9, atrás del Estadio Olímpico, C.U.

COMPROMISO DE CALIDAD TOTAL  
DE UNA EMPRESA UNIVERSITARIA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
COORDINACIÓN DE HUMANIDADES



Dirección General de Fomento Editorial

**VOLUNTAD DEL SER:  
EL PURO AMOR Y SOR JUANA**

*Víctor Gerardo Rivas*

1a. edición: 1995, 222 pp.  
Coordinación de Humanidades  
N\$ 35.00

**CHARLA DE PÁJAROS O LAS AVES EN LA POESÍA  
FOLKLÓRICA MEXICANA**

*Margit Frenk*

*Respuesta de Manuel Alcalá*

1a. edición: 1994, 53 pp.

Dirección General de Publicaciones-Coordinación de Humanidades  
N\$ 20.00

**AMADO NERVO**

*Presentación de José Sarukbán Kérmez*

1a. reedición: 1995, 99 pp.

Coordinación de Humanidades, Asociación Nayarita de  
Egresados de la UNAM, A.C.  
N\$ 35.00

**Informes y ventas**

Dirección General de Fomento Editorial UNAM  
Av. del IMAN No. 5 C.U., C.P. 04510, México, D.F.  
Tel. 622 65 83 Tel. y Fax 622 65 82



RADIO  
EDUCACION  
KEEP 1060 KHZ XEPPM-OC 6185 KHZ

### Salud es bienestar

Orientación a la comunidad sobre problemas de salud

Viernes 11:00 hrs.

### Con la puerta abierta

Debate sobre la sexualidad contemporánea

Miércoles 21 00 hrs.

Cultura con imaginación

## Paso a la luz *de Héctor García*

Lo que impresiona y realmente atrae en las fotografías realizadas por Héctor García son dos elementos propios de la esencia del periodismo: la sensación de inmediatez que impregna a cada toma y la evidencia del movimiento —podría escribir la palabra *vida* en lugar de *movimiento*— que aparece en la imagen. Ambos elementos se hermanan: guardan una relación unívoca que se esparce en la mente del observador una vez que éste “penetra” con el sentido de la vista en el mundo —situación y acción— implicado en cada fotografía. Podrá decirse que estos dos elementos —elevados a rango de *calidad* por el talento y la experiencia de García— son propios de la fotografía *en sí misma* y, sobre todo, de la fotografía-reportaje, gran género desarrollado desde la iniciación de la técnica fo-



tográfica. Sin embargo, debe aducirse que en la obra de Héctor García hay implícitas dos circunstancias especiales que se reflejan en esa *calidad* mencionada más arriba: 1) en primer término, la autenticidad de la acción fotográfica: la experiencia misma del trabajo periodístico-fotográfico de García lo condujo al aprovechamiento pleno de la inmediatez —que en las impresiones del fotógrafo “pasa” a ser documento—; 2) en segundo término, la búsqueda y el encuentro —instantáneos— de un nexo visual del objetivo primordial de cada foto con otro, a veces secundario, a veces opuesto y contradictorio, que expresará no digamos elocuentemente, sino definitivamente —y en el nivel del documento esto significa “hacer historia”— la situación junto con todos sus ingredientes.

*Alberto Dallal*

A black silhouette of a man in profile, facing right, holding an open book in his right hand. A large, intricate white pattern, resembling a leopard print or a complex geometric design, is cast onto the ground behind him. The background is dark with several white butterflies scattered throughout. The text is centered in a white rectangular box.

LIBROS UNIVERSITARIOS  
CONTRIBUCIÓN  
*al diálogo de*  
LAS CULTURAS



# UNIVERSIDAD DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Insurgentes Sur 3744, Tlalpan, 14000, México, D.F.  
Tel. 606 1391, FAX 666 3749

## ÍNDICE DEL VOLUMEN I ENERO-DICIEMBRE 1995



### ÍNDICE TEMÁTICO (por número)

TEMA	NÚM.
Mito y creación en México	528-529
La experiencia latinoamericana	530
Llamarla, así, locura	531
Investigación histórica en México	532
Formas de gobierno	533
Más sobre formas de gobierno	534-535
Ecología: realidad y cultura	536-537
Reflexiones sobre política e historia	538
Reflejos del Yo	539

### ÍNDICE GENERAL

AUTOR	TÍTULO	NÚM.	PÁG.
Aceves Navarro, Gilberto	<i>Se cayó el niño Beto (Ilustración)</i>	539	5
Aceves Navarro, Gilberto	<i>Se cayó el niño Beto</i>	539	5
Addison, Joseph	<i>Nicolini y los leones</i>	538	34
Andueza, María	Lectura ideológica de Calderón. "El médico de su honra" (de José Amezcuca)	531	45
Anguía, Ricardo	(Ilustra portada y número completo)	531	
Anguía, Ricardo	<i>Yo, Anguía (Ilustración)</i>	539	48
Anguía, Ricardo	<i>Soy adicto</i>	539	48
Aridjis, Homero	<i>Poema de la ballena gris</i>	536-537	16
Arístides, César	<i>De amores y perversidades</i> (Verdad de amor, de Sealtiel Alariste)	528-529	61
Barahona, Ana	<i>David Hull: cambio conceptual y evolución biológica</i>	532	61
Barjau, Luis	<i>Señal del conejo en el rostro</i>	528-529	44
Barrientos, Juan José	<i>Una novela desmangada</i>	530	10
Bashō, Matsúo	<i>Memorias de un esqueleto a la intemperie</i>	532	44
Bashō, Matsúo	<i>Poeta a la intemperie</i>	538	41
Bautista, Miguel	<i>Un ensayo de futurología sin billete de entrada asegurado...</i> (El mundo en el siglo XXI. Una teoría de los sistemas mundiales, de Robert Fossaert)	534-535	66

AUTOR	TÍTULO	NÚM.	PÁG.
Berenzon Gorn, Boris	<i>Tres posiciones ante el antisemitismo moderno: Sartre, Arendt y Leon</i>	538	23
Beuchot, Mauricio	<i>La defensa de los derechos humanos de los indios en el siglo XVI</i>	538	10
Bianciotti, Héctor	Un príncipe en la azotea ( <i>de Damián Bayón</i> )	530	62
Blanco, Alberto	<i>Canto desierto</i>	536-537	48
Blanco, Alberto	<i>Felipe Morales: el cielo del pueblo o el pueblo del cielo</i>	528-529	31
Bonifaz Nuño, Rubén	<i>El reloj</i>	538	8
Bruce-Novoa, Juan	<i>Entre historia y crónica: un problema de definición</i>	539	27
Bry, Teodoro de	<i>Colón descubridor de América</i> y <i>Peces voladores en el mar</i> (grabados)	532	2ª de forros
Cabeza Pérez, Alejandro	<i>Diseño de paisaje, áreas verdes y ecología</i>	536-537	57
Cansino, César	<i>El mito moderno del Leviatán: de Thomas Hobbes a Carl Schmitt</i>	538	18
Cárdenas, Jaime	<i>El Estado a debate: una visión desde la transición política</i>	534-535	42
Cardona, Patricia	<i>Un siglo de cuerpos</i> (La danza en México en el siglo XX, <i>de Alberto Dallal</i> )	528-529	64
Carvajal, Juan	<i>Locura y Occidente</i>	531	3
Castañón, Adolfo	<i>La garganta tatuada</i>	531	44
Castro Gutiérrez, Felipe	<i>Historia y antropología: asuntos de familia</i>	532	48
Cifuentes Lemus, Juan Luis	<i>Enrique Rioja Lo Bianco (1895-1963)</i>	536-537	64
Climo, Lindee	( <i>Ilustra páginas centrales</i> )	531	
Cocom Pech, Jorge Miguel	<i>La prueba del aire, la prueba del sueño</i>	528-529	48
Coen, Arnaldo	<i>Autorretrato (Ilustración)</i>	539	26
Constantino, María	<i>Arte y locura</i>	531	31
Constantino, María	<i>Obsesiones y percances</i>	533	27
Constantino, María	<i>Ramiro Jácome: la persecución de la figura</i>	530	35
Corchado Fabila, Ricardo	<i>Traducción de En la huida, de Wolfdiétrich Schnurre</i>	532	52
Cuéllar, Rogelio	( <i>Fotografías</i> )	539	9 y 11
Chisalita, Ruxandra	<i>San Juan de la Cruz, los pájaros y la dama de las dos sílabas</i> (Las virtudes del pájaro solitario, <i>de Juan Goytisolo</i> )	531	53
Dallal, Alberto	<i>Confrontación e integración cultural entre América Latina</i> y los Estados Unidos	530	52
Dallal, Alberto	<i>Definición razonable de locura (Presentación del número)</i>	531	2
Dallal, Alberto	<i>Ecología: realidad y cultura (Presentación del número)</i>	536-537	2
Dallal, Alberto	<i>Ejercicio de memorización visual: Waldemar Sjölander (1908-1988)</i>	534-535	33
Dallal, Alberto	<i>Héctor García</i>	539	3ª de forros
Dallal, Alberto	<i>Historia: arte y ciencia (Presentación del número)</i>	532	2
Dallal, Alberto	<i>Iberoamérica, hoy (Presentación del número)</i>	530	2
Dallal, Alberto	<i>La fotografía de Rafael Doniz</i>	534-535	3ª de forros
Dallal, Alberto	<i>Más sobre formas de gobierno (Presentación del número)</i>	534-535	2
Dallal, Alberto	<i>Mito y cultura mexicana (Presentación del número)</i>	528-529	2
Dallal, Alberto	<i>Sobre política e historia (Presentación del número)</i>	538	2
Dallal, Alberto	<i>Sombra blanca</i>	531	36
Dallal, Alberto	<i>Teoría y gobierno (Presentación del número)</i>	533	2
Dallal, Alberto	<i>Texto y creación amorosa (Presentación del número)</i>	539	2
Deltoro, Antonio	<i>Atardecer</i>	532	7
Deniz, Gerardo	<i>Remonte</i>	528-529	9
Dettmer, Jorge	<i>Transformaciones recientes en las formas</i> de gobierno universitario	533	22
Doniz, Rafael	<i>Hermano estrella menor (Fotografía)</i>	534-535	3ª de forros
Durán, Diony	<i>Pedro Henríquez Ureña y el modernismo</i>	530	22
Eder, Rita	<i>Cartas sobre cartas</i> (Cartas absurdas, de Teresa del Conde y Jorge Alberto Manrique)	528-529	62
Enríquez Verdura, Carlos	<i>Chiapas, visiones al origen</i> (Chiapas. Los problemas de fondo, de David Moctezuma Navarro)	531	52
Escobedo, Augusto	( <i>Ilustra portada, páginas centrales y número completo</i> )	539	

AUTOR	TÍTULO	NÚM.	PÁG.
Escobedo, Augusto	<i>Ideas y revelaciones</i>	539	35
Espejo, Beatriz	<i>El tañer de las campanas</i>	532	19
Ezcurra, Exequiel y Marisa Mazari Hiriart	<i>¿Es sustentable el desarrollo urbano en la Cuenca de México?</i>	536-537	52
Fernández Guardiola, Augusto y Rodrigo Fernández Mas	<i>Imágenes del cerebro perturbado</i>	531	21
Fernández Mas, Rodrigo y Augusto Fernández Guardiola	<i>Imágenes del cerebro perturbado</i>	531	21
Fernández, Martha	<i>Manierismo en México (de Jorge Alberto Manrique)</i>	528-529	58
Fernández, Sergio	<i>Carta a Edmundo O'Gorman</i>	539	10
Flores, Julia Isabel	<i>El movimiento médico en los sesentas (La democracia en blanco: el movimiento Médico en México, 1964-1965, de Ricardo Pozas Horcasitas)</i>	539	68
Flores, Julia Isabel	<i>Subjetividad y política en México</i>	533	32
Flores, Miguel Ángel	<i>Vltava</i>	531	43
Florescano, Enrique	<i>Cine e historia social (Cine y sociedad en México, 1896-1930. Bajo el cielo de México, vol. II, de Aurelio de los Reyes)</i>	528-529	57
Folch-Serra, Mireya	<i>Lindee Climo: parodia y utopía</i>	531	27
Franco Baqueiro, Miguel	<i>Faustino Miranda González (1905-1964)</i>	536-537	66
Franco Calvo, Enrique	<i>Atmósfera como paisaje: la pintura de Ignacio Salazar</i>	536-537	33
Fuente, Beatriz de la	<i>Reflexiones en torno a las semejanzas y diferencias en la pintura mural prehispánica</i>	528-529	36
Galeana, Patricia	<i>Presentación de Dos textos, de José C. Valadés</i>	539	44
Galindo, Carmen	<i>Memorias de una burguesita apantallada</i>	539	66
Galindo, Magdalena	<i>Una larga metáfora sobre la vida</i>	532	64
Gallardo Cabrera, Salvador	<i>Ernst Jünger: la resistencia al presente</i>	536-537	60
Gallardo Cabrera, Salvador	<i>Los cuerpos</i>	538	44
García, Héctor	<i>Paso a la luz (Fotografía)</i>	539	3ª de forros
García Jurado, Roberto	<i>¿Lengua perfecta o lengua universal? (La búsqueda de la lengua perfecta, de Umberto Eco)</i>	538	56
García Montiel, Emilio	<i>Sordomuda (de José Bocanera)</i>	532	67
García Montiel, Emilio	<i>Tres almas y una misma voz (Moneda de tres caras, de Francisco Hernández)</i>	533	48
García Ponce, Juan	<i>Dos imágenes</i>	539	6
Gasparini, Paolo	<i>(Ilustración)</i>	530	38
Genovés, Santiago	<i>Cuento de pulpos</i>	534-535	56
Genovés, Santiago	<i>Introducción informal a Navegaciones</i>	539	65
Glück, Louise	<i>Dos poemas</i>	536-537	23
Godínez Guevara, María de Lourdes, Elena Lazos Chavero y José Miguel González Pérez	<i>Legitimidad musical en una fiesta nahua</i>	528-529	21
Gómez-Lamadrid, Arturo	<i>Raymond Aron: la historia-acción</i>	532	26
Gonzalbo Aizpuru, Pilar	<i>En busca de la gente sin nombre</i>	532	15
González Cruz M., Maricela	<i>Fermín Revueltas: creador moderno y marginal</i>	538	28
González Pérez, José Miguel, Elena Lazos Chavero y María de Lourdes Godínez Guevara	<i>Legitimidad musical en una fiesta nahua</i>	528-529	21
Gordon, Samuel	<i>La influencia japonesa y caligramática en las formas poéticas breves latinoamericanas</i>	530	57
Góstoli, Renzo	<i>Murales/graffiti (fotografías)</i>	533	3ª de forros
Hernández, Francisco	<i>Carta astral de María Lionza</i>	531	7
Híjar, Alberto	<i>O'Higgins: la línea gruesa</i>	532	33
Hokoshi Harada, Tsubasa	<i>Gobierno y pueblo entre los mayas yucatecos posclásicos</i>	534-535	22

AUTOR	TÍTULO	NÚM.	PÁG.
Huerta, David	<i>El intruso</i>	534-535	3
Hurtado, Eduardo	<i>Tres poemas</i>	533	10
Jácome, Ramiro	<i>(Ilustra portada, páginas centrales y número completo)</i>	530	
Johansson K., Patrick	<i>En el principio era la danza...</i>	532	39
Jorge, Andrés	<i>La orfandad del reino humano</i> (El príncipe destronado, de Miguel Delibes)	534-535	65
Kohan, Néstor	<i>Mariátegui y su crítica a la filosofía de la historia universal</i>	530	48
Lara, Magali	<i>Autorettrato como un árbol a los 38 años (Ilustración)</i>	539	59
Lara, Magali	<i>Autobiografía</i>	539	59
Lavín Cerda, Hernán	<i>Eliseo Diego y la sabiduría</i>	539	54
Lazos Chavero, Elena, José Miguel González Pérez y María de Lourdes Godínez Guevara	<i>Legitimidad musical en una fiesta nahua</i>	528-529	21
León-Portilla, Miguel	<i>La historia antigua de México</i>	532	8
Licea de Arenas, Judith	<i>Servicios para ciegos y débiles visuales en la Biblioteca Nacional</i>	534-535	63
Lida, Clara E.	<i>Los historiadores españoles exiliados en México</i>	532	11
Lohmeyer, Gudrun	<i>Gobiernos indígenas: de behetrías, caciques y autonomías</i>	533	7
Lomnitz, Larissa	<i>Cultura política en Chile y México</i>	530	16
Lope Blanch, Juan M.	<i>¿Somos latinoamericanos?</i>	530	67
López Austin, Alfredo	<i>Tollan: Babel</i>	528-529	3
López Colomé, Pura	<i>Traducción de Nicolini y los leones, de Joseph Addison</i>	538	34
López Colomé, Pura	<i>Un más allá de la poesía</i>	533	16
López Colomé, Pura	<i>Versiones de Dos poemas, de Louise Glück</i>	536-537	23
López Colomé, Pura	<i>Versiones de Dos poemas, de Robert Lowell</i>	531	18
López Portillo T., Felicitas	<i>Las clases dominantes en América Latina</i> (Burguesías en América Latina, de Carlos M. Tur et al.)	534-535	68
López Quiroz, Artemio	<i>Lucha y resistencia: historia de los indios en México</i> (Lucha y resistencia indígena en el México colonial, de Silvia Soriano Hernández)	531	49
López Quiroz, Artemio	<i>Misión y obra franciscana en la Colonia</i> (Vidas franciscanas, de fray Jerónimo de Mendieta)	533	52
Lowell, Robert	<i>Dos poemas</i>	531	18
Ludmer, Josefina	<i>Una máquina para leer el siglo XIX</i>	530	65
Luna, Matilde	<i>Las tensiones en el gobierno interno de las asociaciones empresariales</i>	534-535	48
Lupercio, José	<i>Papelerito (Fotografía)</i>	536-537	2ª de forros
Llorente Bousquets, Jorge y Nelson Papavero	<i>Maupertuis y la teoría evolutiva</i>	532	54
Mac Gregor, Josefina	<i>La diplomacia española en Washington y la Revolución mexicana</i>	538	3
Manrique, Jorge Alberto	<i>Edmundo O'Gorman: hombre de ideas, hombre de vida (1906-1995)</i>	539	8
Marichal, Juan	<i>Recuerdo de Mascarones</i>	539	39
Masera Cerutti, Omar	<i>Los bosques y el cambio climático global</i>	536-537	43
Massé, Patricia	<i>El ensayo fotográfico latinoamericano de Paolo Gasparini</i>	530	38
Matute, Álvaro	<i>Precursores de la historiografía regional</i>	538	50
Mazari Hiriart, Marisa y Exequiel Ezcurra	<i>¿Es sustentable el desarrollo urbano en la Cuenca de México?</i>	536-537	52
Meave, Jorge	<i>La Selva Lacandona: una joya verde en riesgo de desaparecer</i>	536-537	11
Medina, Andrés	<i>El gobierno indígena: una reflexión etnográfica</i>	534-535	5
Melche, Julia Elena	<i>Fernando Solanas y su cine poético</i>	530	45
Mendoza, Antonio	<i>Campanario</i>	534-535	41
Meyenberg Leycegui, Yolanda	<i>Democracia, confianza y eficacia</i>	534-535	11
Monsiváis, Carlos	<i>Ya no un semidiós, sino un funcionario</i>	534-535	15
Monsreal, Agustín	<i>Casa de retiro</i>	531	15
Montenegro, Roberto	<i>El árbol de la vida (Mural)</i>	533	2ª de forros
Morales, Felipe	<i>(Ilustra portada, páginas centrales y número completo)</i>	528-529	
Moreno de Alba, José G.	<i>El español mexicano: conservador e innovador</i>	528-529	10

AUTOR	TÍTULO	NÚM.	PÁG.
Murià, José María	<i>La historiografía regional</i>	538	48
O'Higgins, Pablo	<i>(Ilustra portada, páginas centrales y número completo)</i>	532	
Ocampo, Aurora M.	<i>La narrativa breve de Onetti</i>	530	42
Ochoa, Enriqueta	<i>El poeta</i>	528-529	25
Olivé, León	<i>La dimensión social del Yo y de la identidad personal</i>	539	15
Ortiz Gaitán, Julieta	" <i>El infierno de mis cielos</i> " (Joaquín Clausell. Una introducción al estudio de su obra, <i>de Xavier Moyssén</i> )	528-529	59
Oyama, Ken	<i>Los genes y la ecología</i>	536-537	18
Papavero, Nelson y Jorge Llorente-Bousquets	<i>Maupertuis y la teoría evolutiva</i>	532	54
Pasantes, Herminia	<i>Demencia y muerte neuronal</i>	531	32
Patán, Federico	<i>Una mujer de bastón</i>	539	52
Paulín Pérez, Georgina	<i>Mentalidad y plagio intelectual</i>	538	36
Pérez Portela, Alfredo y Carlos Vázquez-Yanes	<i>Viaje a Rapa Nui</i>	536-537	25
Pérez-Rincón, Héctor	<i>La psiquiatría: de la neurona a la persona</i>	531	8
Pettersson, Aline	<i>Palabras de Ulises</i>	530	8
Pettersson, Aline	<i>Si yo soy mis memorias...</i>	539	
Pitol, Sergio	<i>El gran teatro del mundo</i>	533	35
Pliego Carrasco, Fernando	<i>Desastres naturales y dinámica social</i>	533	12
Poniatowska, Elena	<i>Vivir la muerte-Bastienne Schmidt</i>	536-537	29
Pozas Horcasitas, Ricardo	<i>Poema</i>	534-535	14
Quintero, Alfredo E.	<i>Estética de la muerte</i> (Obras I y II, <i>de Jorge Cuesta</i> )	530	69
Quintero, Alfredo E.	<i>Poema</i>	533	21
Ramos Brito, Gerardo	<i>(Ilustra portada, páginas centrales y número completo)</i>	533	
Rascón Banda, Víctor Hugo	<i>La grabación</i>	538	14
Revueñas, Fermín	<i>(Ilustra portada, páginas centrales y número completo)</i>	538	
Reyes, Alfonso	<i>Confesión y poema</i>	539	3
Reyes, Alicia	<i>Presentación de Confesión y poema, de Alfonso Reyes</i>	539	3
Rivas, Víctor Gerardo	<i>Onírica trinidad</i>	539	61
Rivera, Diego	<i>La creación (Mural)</i>	531	2ª de forros
Ruedas de la Serna, Jorge	<i>Literatura infantil en Costa Rica</i>	530	30
Salazar, Ignacio	<i>(Ilustra portada, páginas centrales y número completo)</i>	536-537	
Salmerón, Fernando	<i>Recordación de Sergio Galindo</i>	534-535	45
Salmerón, Fernando	<i>Villoro y los pensadores mexicanos del siglo XX</i> (En México. Entre libros. Pensadores del siglo XX, <i>de Luis Villoro</i> )	538	68
San Esteban, José Eduardo	<i>El discurso improbable: algunas reflexiones sobre el autismo</i>	531	37
Sánchez Aguilera, Osmar	<i>El perdido encanto de la ingenuidad</i>	530	25
Sánchez Arceche, Alfonso	<i>Moral, poesía y erotismo en el México liberal</i>	528-529	51
Sánchez Gómez, Marha Judith	<i>Uno o muchos gobiernos</i>	533	44
Sarukhán, José	<i>Diversidad biológica</i>	536-537	3
Sauret, Nunik	<i>(Ilustración)</i>	539	22
Sauret, Nunik	<i>Desdoblamiento</i>	539	22
Schnurre, Wolfdietrich	<i>En la huida</i>	532	52
Serna de la Garza, José María	<i>El servicio civil de carrera: un elemento de la posible reforma del Estado</i>	534-535	57
Serrano, Francisco	<i>Presentación y versiones de Memorias de un esqueleto a la intemperie, de Matsúo Bashō</i>	532	43
Serrano, Francisco	<i>Versiones de Poeta a la intemperie, de Matsúo Bashō</i>	538	41
Serrato Córdoba, José Eduardo	<i>Incredulidad de Lituma (Lituma en los Andes, de Mario Vargas Llosa)</i>	530	64
Serrato Córdoba, José Eduardo	<i>Usos sociales del humor en El desfile del amor</i>	532	68
Sheridan, Guillermo	<i>Cuidado con el perro</i>	538	57
Sjölander, Waldemar	<i>(Ilustra portada, páginas centrales y número completo)</i>	534-535	

AUTOR	TÍTULO	NÚM.	PÁG.
Sosa, Víctor	<i>(a la vera)</i>	539	24
Sosa, Víctor	<i>La importancia de llamarse Blaise Cendrars</i> (Poesía [1912-1919], de Blaise Cendrars)	534-535	61
Staines Cicero, Leticia	<i>Propuesta para el estudio iconográfico de la pintura maya del área norte</i>	528-529	26
Tapia, Ricardo	<i>Neurobiología de la locura</i>	531	11
Torre Villar, Ernesto de la	<i>La signorinna Appendini</i>	539	49
Trujillo, Julio	<i>Jardín</i>	533	31
Valadés, José C.	<i>Dos textos</i>	539	44
Valadez Azúa, Raúl	<i>El perro prehispánico</i>	528-529	15
Valenzuela, Luisa	<i>La máscara de piedra</i>	530	24
Valiente-Banuet, Alfonso	<i>La ecología y los desiertos de México</i>	536-537	39
Vallejo Cervantes, Gabriela	<i>En busca de los lugares sagrados</i> (Tamoanchan y Tlalocan, de Alfredo López Austin)	533	50
Vallejo Cervantes, Gabriela	<i>La copa derramada: aproximaciones heterodoxas a la obra de Sor Juana (de Sergio Fernández)</i>	531	51
Vázquez Castillo, Margarita	<i>Fecundidad en el Estado de México</i> (de Jean Paul Guevara y Sergio Villena)	532	66
Vázquez, Josefina Zoraida	<i>La historiografía mexicana en las décadas recientes</i>	532	3
Vázquez-Yanes, Carlos y Alfredo Pérez Portela	<i>Viaje a Rapa Nui</i>	536-537	25
Velázquez, Reynaldo	<i>Autorretrato (Ilustración)</i>	539	41
Velázquez, Reynaldo	<i>Autorretrato</i>	539	41
Venegas, Germán	<i>Autorretrato (Ilustración)</i>	539	60
Von Wobeser, Gisela	<i>Cincuenta años del Instituto de Investigaciones Históricas</i>	532	22
Wey, Valquiria	<i>Del salvaje al indio: el nacimiento de un tema literario en el siglo XIX en Iberoamérica</i>	530	3
Woldenberg, José	<i>¿Y el sistema de gobierno?</i>	533	3
Ximeno y Planes, Rafael	<i>Milagro del pocito (Pintura)</i>	528-529	2ª de forros
Yurkievich, Saúl	<i>La esfinge</i>	530	51
Zaitzeff, Serge I.	<i>José Juan Tablada en Venezuela: una aproximación</i>	534-535	28
Zavala, Luis Manuel	<i>Los mundos de Altazor (Vicente Huidobro poética y estética creacionistas)</i>	538	54
Zavala, Luis Manuel	<i>William Faulkner: en busca de una anunciación</i> (La paga de los soldados, de William Faulkner)	531	47
Zenil, Nahum B.	<i>Autorretrato (Ilustraciones)</i>	539	13 y 14
Zenil, Nahum B.	<i>Autorretrato</i>	539	13
Ziccardi, Alicia	<i>Federalismo y democracia para mejorar la calidad de vida en las ciudades</i>	534-535	51

## ÍNDICE POR GÉNERO

AUTOR	TÍTULO	NÚM.	PÁG.
<b>Poesía</b>			
Anguía, Ricardo	<i>Soy adicto</i>	539	48
Aridjis, Homero	<i>Poema de la ballena gris</i>	536-537	16
Bashō, Matsúo	<i>Memorias de un esqueleto a la intemperie</i>	532	44
Bashō, Matsúo	<i>Poeta a la intemperie</i>	538	41
Blanco, Alberto	<i>Canto desierto</i>	536-537	48
Bonifaz Nuño, Rubén	<i>El reloj</i>	538	8
Deltoro, Antonio	<i>Atardecer</i>	532	7
Deniz, Gerardo	<i>Remonte</i>	528-529	9

AUTOR	TÍTULO	NÚM.	PÁG.
Flores, Miguel Ángel	<i>Vltava</i>	531	43
Glück, Louise	<i>Dos poemas</i>	536-537	23
Hernández, Francisco	<i>Carta astral de María Lionza</i>	531	7
Huerta, David	<i>El intruso</i>	534-535	3
Hurtado, Eduardo	<i>Tres poemas</i>	533	10
López Colomé, Pura	<i>Versiones de Dos poemas, de Louise Glück</i>	536-537	23
López Colomé, Pura	<i>Versiones de Dos poemas, de Robert Lowell</i>	531	18
Lowell, Robert	<i>Dos poemas</i>	531	18
Mendoza, Antonio	<i>Campanario</i>	534-535	41
Ochoa, Enriqueta	<i>El poeta</i>	528-529	25
Pettersson, Aline	<i>Palabras de Ulises</i>	530	8
Pozas Horcasitas, Ricardo	<i>Poema</i>	534-535	14
Quintero, Alfredo E.	<i>Poema</i>	533	21
Reyes, Alfonso	<i>S.O.S.</i>	539	3
Serrano, Francisco	<i>Versiones de Poeta a la intemperie, de Matsúo Bashō</i>	538	41
Sosa, Víctor	<i>(a la vera)</i>	539	42
Trujillo, Julio	<i>Jardín</i>	533	31
Yurkievich, Saúl	<i>La esfinge</i>	530	51
Zenil, Nahum B.	<i>Autorretrato</i>	539	13

Ensayo

Addison, Joseph	<i>Nicolini y los leones</i>	538	34
Barahona, Ana	<i>David Hull: cambio conceptual y evolución biológica</i>	532	61
Barjau, Luis	<i>Señal del conejo en el rostro</i>	528-529	44
Barrientos, Juan José	<i>Una novela desmangada</i>	530	10
Berenzon Gorn, Boris	<i>Tres posiciones ante al antisemitismo moderno: Sartre, Arendt y Leon</i>	538	23
Beuchot, Mauricio	<i>La defensa de los derechos humanos de los indios en el siglo XVI</i>	538	10
Blanco, Alberto	<i>Felipe Morales: el cielo del pueblo o el pueblo del cielo</i>	528-529	31
Bruce-Novoa, Juan	<i>Entre historia y crónica: un problema de definición</i>	539	27
Cabeza Pérez, Alejandro	<i>Diseño de paisaje, áreas verdes y ecología</i>	536-537	57
Cansino, César	<i>El mito moderno del Leviatán: de Thomas Hobbes a Carl Schmitt</i>	538	18
Cárdenas, Jaime	<i>El Estado a debate: una visión desde la transición política</i>	534-535	42
Carvajal, Juan	<i>Locura y Occidente</i>	531	3
Castro Gutiérrez, Felipe	<i>Historia y antropología: asuntos de familia</i>	532	48
Cifuentes Lemus, Juan Luis	<i>Enrique Rioja Lo Bianco (1895-1963)</i>	536-537	64
Constantino, María	<i>Arte y locura</i>	531	31
Constantino, María	<i>Obsesiones y percances</i>	533	27
Constantino, María	<i>Ramiro Jácome: la persecución de la figura</i>	530	35
Dallal, Alberto	<i>Confrontación e integración cultural entre América Latina y los Estados Unidos</i>	530	52
Dallal, Alberto	<i>Definición razonable de locura (Presentación del número)</i>	531	2
Dallal, Alberto	<i>Ecología: realidad y cultura (Presentación del número)</i>	536-537	2
Dallal, Alberto	<i>Ejercicio de memorización visual: Waldemar Sjölander (1908-1988)</i>	534-535	33
Dallal, Alberto	<i>Héctor García</i>	539	3ª de forros
Dallal, Alberto	<i>Historia: arte y ciencia (Presentación del número)</i>	532	2
Dallal, Alberto	<i>Iberoamérica, hoy (Presentación del número)</i>	530	2
Dallal, Alberto	<i>La fotografía de Rafael Doniz</i>	534-535	3ª de forros
Dallal, Alberto	<i>Más sobre formas de gobierno (Presentación del número)</i>	534-535	2
Dallal, Alberto	<i>Mito y cultura mexicana (Presentación del número)</i>	528-529	2
Dallal, Alberto	<i>Sobre política e historia (Presentación del número)</i>	538	2
Dallal, Alberto	<i>Teoría y gobierno (Presentación del número)</i>	533	2
Dallal, Alberto	<i>Texto y creación amorosa (Presentación del número)</i>	539	2

AUTOR	TÍTULO	NÚM.	PÁG.
Dettmer, Jorge	<i>Transformaciones recientes en las formas de gobierno universitario</i>	533	22
Durán, Diony	<i>Pedro Henríquez Ureña y el modernismo</i>	530	22
Escobedo, Augusto	<i>Ideas y revelaciones</i>	539	35
Fernández, Sergio	<i>Carta a Edmundo O' Gorman</i>	539	10
Flores, Julia Isabel	<i>Subjetividad y política en México</i>	533	32
Folch-Serra, Mireya	<i>Lindee Climo: parodia y utopía</i>	531	27
Franco Baqueiro, Miguel	<i>Faustino Miranda González (1905-1964)</i>	536-537	66
Franco Calvo, Enrique	<i>Atmósfera como paisaje: la pintura de Ignacio Salazar</i>	536-537	33
Fuente, Beatriz de la	<i>Reflexiones en torno a las semejanzas y diferencias en la pintura mural prehispánica</i>	528-529	36
Galeana, Patricia	<i>Presentación de Dos textos, de José C. Valadés</i>	539	44
Gallardo Cabrera, Salvador	<i>Ernst Jünger: la resistencia al presente</i>	536-537	60
Gallardo Cabrera, Salvador	<i>Los cuerpos</i>	538	44
Gómez-Lamadrid, Arturo	<i>Raymond Aron: la historia-acción</i>	532	26
Gonzalbo Aizpuru, Pilar	<i>En busca de la gente sin nombre</i>	532	15
González Cruz M., Maricela	<i>Fermín Revueltas: creador moderno y marginal</i>	538	28
Gordon, Samuel	<i>La influencia japonesa y caligramática en las formas poéticas breves latinoamericanas</i>	530	57
Hijar, Alberto	<i>O'Higgins: la línea gruesa</i>	532	33
Hokoshi Harada, Tsubasa	<i>Gobierno y pueblo entre los mayas yucatecos posclásicos</i>	534-535	22
Johansson K., Patrick	<i>En el principio era la danza...</i>	532	39
Kohan, Néstor	<i>Mariátegui y su crítica a la filosofía de la historia universal</i>	530	48
Lavín Cerda, Hernán	<i>Eliseo Diego y la sabiduría</i>	539	54
León-Portilla, Miguel	<i>La historia antigua de México</i>	532	8
Licea de Arenas, Judith	<i>Servicios para ciegos y débiles visuales en la Biblioteca Nacional</i>	534-535	63
Lida, Clara E.	<i>Los historiadores españoles exiliados en México</i>	532	11
Lohmeyer, Gudrun	<i>Gobiernos indígenas: de behetrías, caciques y autonomías</i>	533	7
Lomnitz, Larissa	<i>Cultura política en Chile y México</i>	530	16
Lope Blanch, Juan M.	<i>¿Somos latinoamericanos?</i>	530	67
López Austin, Alfredo	<i>Tollan: Babel</i>	528-529	3
López Colomé, Pura	<i>Un más allá de la poesía</i>	533	16
López Colomé, Pura	<i>Traducción de Nicolini y los leones, de Joseph Addison</i>	538	34
Ludmer, Josefina	<i>Una máquina para leer el siglo XIX</i>	530	65
Luna, Matilde	<i>Las tensiones en el gobierno interno de las asociaciones empresariales</i>	534-535	48
Llorente Bousquets, Jorge y Nelson Papavero	<i>Maupertuis y la teoría evolutiva</i>	532	54
Mac Gregor, Josefina	<i>La diplomacia española en Washington y la Revolución mexicana</i>	538	3
Manrique, Jorge Alberto	<i>Edmundo O'Gorman: hombre de ideas, hombre de vida (1906-1995)</i>	539	8
Massé, Patricia	<i>El ensayo fotográfico latinoamericano de Paolo Gasparini</i>	530	38
Matute, Álvaro	<i>Precursores de la historiografía regional</i>	538	50
Medina, Andrés	<i>El gobierno indígena: una reflexión etnográfica</i>	534-535	5
Melche, Julia Elena	<i>Fernando Solanas y su cine poético</i>	530	45
Meyenberg Leycegui, Yolanda	<i>Democracia, confianza y eficacia</i>	534-535	11
Monsiváis, Carlos	<i>Ya no un semidiós, sino un funcionario</i>	534-535	15
Moreno de Alba, José G.	<i>El español mexicano: conservador e innovador</i>	528-529	10
Murià, José María	<i>La historiografía regional</i>	538	48
Ocampo, Aurora M.	<i>La narrativa breve de Onetti</i>	530	42
Olivé, León	<i>La dimensión social del Yo y de la identidad personal</i>	539	15
Papavero, Nelson y Jorge Llorente-Bousquets	<i>Maupertuis y la teoría evolutiva</i>	532	54
Paulín Pérez, Georgina	<i>Mentalidad y plagio intelectual</i>	538	36
Pettersson, Aline	<i>Si yo soy mis memorias...</i>	539	23
Pitol, Sergio	<i>El gran teatro del mundo</i>	533	35
Pliego Carrasco, Fernando	<i>Desastres naturales y dinámica social</i>	533	12

AUTOR	TÍTULO	NÚM.	PÁG.
Poniatowska, Elena	<i>Vivir la muerte-Bastienne Schmidt</i>	536-537	29
Reyes, Alfonso	<i>Confesión y poema</i>	539	3
Reyes, Alicia	<i>Presentación de Confesión y poema, de Alfonso Reyes</i>	539	3
Rivas, Víctor Gerardo	<i>Onírica trinidad</i>	539	61
Ruedas de la Serna, Jorge	<i>Literatura infantil en Costa Rica</i>	530	30
Salmerón, Fernando	<i>Recordación de Sergio Galindo</i>	534-535	45
Sánchez Aguilera, Osmar	<i>El perdido encanto de la ingenuidad</i>	530	25
Sánchez Arteche, Alfonso	<i>Moral, poesía y erotismo en el México liberal</i>	528-529	51
Sánchez Gómez, Marha Judith	<i>Uno o muchos gobiernos</i>	533	44
Sauret, Nunik	<i>Desdoblamiento</i>	539	22
Serna de la Garza, José María	<i>El servicio civil de carrera: un elemento de la posible reforma del Estado</i>	534-535	57
Serrano, Francisco	<i>Presentación y versiones de Memorias de un esqueleto a la intemperie, de Matsuo Bashō</i>	532	43
Serrato Córdova, José Eduardo	<i>Usos sociales del humor en El desfile del amor</i>	532	68
Sheridan, Guillermo	<i>Cuidado con el perro</i>	538	57
Staines Cicero, Leticia	<i>Propuesta para el estudio iconográfico de la pintura maya del área norte</i>	528-529	26
Valadés, José C.	<i>Dos textos</i>	539	44
Valadez Azúa, Raúl	<i>El perro prehispánico</i>	528-529	15
Vázquez, Josefina Zoraida	<i>La historiografía mexicana en las décadas recientes</i>	532	3
Velázquez, Reynaldo	<i>Autorretrato</i>	539	41
Von Wobeser, Gisela	<i>Cincuenta años del Instituto de Investigaciones Históricas</i>	532	22
Wey, Valquiria	<i>Del salvaje al indio: el nacimiento de un tema literario en el siglo XIX en Iberoamérica</i>	530	3
Woldenberg, José	<i>¿Y el sistema de gobierno?</i>	533	3
Zaitzeff, Serge I.	<i>José Juan Tablada en Venezuela: una aproximación</i>	534-535	28
Ziccardi, Alicia	<i>Federalismo y democracia para mejorar la calidad de vida en las ciudades</i>	534-535	51

### Ficción

Castañón, Adolfo	<i>La garganta tatuada</i>	531	44
Corchado Fabila, Ricardo	<i>Traducción de En la huida, de Wolfdietrich Schnurre</i>	532	52
Dallal, Alberto	<i>Sombra blanca</i>	531	36
Espejo, Beatriz	<i>El tañer de las campanas</i>	532	19
Genovés, Santiago	<i>Cuento de pulpos</i>	534-535	56
Monsreal, Agustín	<i>Casa de retiro</i>	531	15
Patán, Federico	<i>Una mujer de bastón</i>	539	52
Schnurre, Wolfdietrich	<i>En la huida</i>	532	52
Valenzuela, Luisa	<i>La máscara de piedra</i>	530	24

### Ciencia

Barahona, Ana	<i>David Hull: cambio conceptual y evolución biológica</i>	532	61
Ezcurra, Exequiel y Marisa Mazari Hiriart	<i>¿Es sustentable el desarrollo urbano en la Cuenca de México?</i>	536-537	52
Fernández Guardiola, Augusto y Rodrigo Fernández Mas	<i>Imágenes del cerebro perturbado</i>	531	21
Fernández Mas, Rodrigo y Augusto Fernández Guardiola	<i>Imágenes del cerebro perturbado</i>	531	21
Llorente Bousquets, Jorge y Nelson Papavero	<i>Maupertuis y la teoría evolutiva</i>	532	54

AUTOR	TÍTULO	NÚM.	PÁG.
Masera Cerutti, Omar	<i>Los bosques y el cambio climático global</i>	536-537	43
Mazari Hiriart, Marisa y Exequiel Ezcurra	<i>¿Es sustentable el desarrollo urbano en la Cuenca de México?</i>	536-537	52
Meave, Jorge	<i>La Selva Lacandona: una joya verde en riesgo de desaparecer</i>	536-537	11
Oyama, Ken	<i>Los genes y la ecología</i>	536-537	18
Papavero, Nelson y Jorge Llorente-Bousquets	<i>Maupertuis y la teoría evolutiva</i>	532	54
Pasantes, Herminia	<i>Demencia y muerte neuronal</i>	531	32
Pérez Portela, Alfredo y Carlos Vázquez-Yanes	<i>Viaje a Rapa Nui</i>	536-537	25
Pérez-Rincón, Héctor	<i>La psiquiatría: de la neurona a la persona</i>	531	8
San Esteban, José Eduardo	<i>El discurso improbable: algunas reflexiones sobre el autismo</i>	531	37
Sarukhán, José	<i>Diversidad biológica</i>	536-537	3
Tapia, Ricardo	<i>Neurobiología de la locura</i>	531	11
Valiente-Banuet, Alfonso	<i>La ecología y los desiertos de México</i>	536-537	39
Vázquez-Yanes, Carlos y Alfredo Pérez Portela	<i>Viaje a Rapa Nui</i>	536-537	25

## Teatro

Rascón Banda, Víctor Hugo	<i>La grabación</i>	538	14
---------------------------	---------------------	-----	----

## Crónica

Aceves Navarro, Gilberto	<i>Se cayó el niño Beto</i>	539	5
Cocom Pech, Jorge Miguel	<i>La prueba del aire, la prueba del sueño</i>	528-529	48
Galindo, Carmen	<i>Memorias de una burguesita apantallada</i>	539	66
García Ponce, Juan	<i>Dos imágenes</i>	539	6
Genovés, Santiago	<i>Introducción informal a Navegaciones</i>	539	65
Lara, Magali	<i>Autobiografía</i>	539	59
Marichal, Juan	<i>Recuerdo de Mascarones</i>	539	39
Pérez Portela, Alfredo y Carlos Vázquez-Yanes	<i>Viaje a Rapa Nui</i>	536-537	25
Torre Villar, Ernesto de la	<i>La signorinna Appendini</i>	539	49
Vázquez-Yanes, Carlos y Alfredo Pérez Portela	<i>Viaje a Rapa Nui</i>	536-537	25

## Reseña bibliográfica

Andueza, María	Lectura ideológica de Calderón. "El médico de su honra" (de José Amezcuca)	531	45
Aristides, César	<i>De amores y perversidades</i> (Verdad de amor, de Sealtiel Alatríste)	528-529	61
Bautista, Miguel	<i>Un ensayo de futurología sin billete de entrada asegurado...</i> (El mundo en el siglo XXI. Una teoría de los sistemas mundiales, de Robert Fossaert)	534-535	66
Bianciotti, Héctor	Un príncipe en la azotea (de Damián Bayón)	530	62
Cardona, Patricia	<i>Un siglo de cuerpos</i> (La danza en México en el siglo XX, de Alberto Dallal)	528-529	64
Chisalita, Ruxandra	<i>San Juan de la Cruz, los pájaros y la dama de las dos sílabas</i> (Las virtudes del pájaro solitario, de Juan Goytisolo)	531	53

AUTOR	TÍTULO	NÚM.	PAG.
Eder, Rita	<i>Cartas sobre cartas</i> (Cartas absurdas, de Teresa del Conde y Jorge Alberto Manrique)	528-529	62
Enríquez Verdura, Carlos	<i>Chiapas, visiones al origen</i> (Chiapas. Los problemas de fondo, de David Moctezuma Navarro)	531	52
Fernández, Martha Flores, Julia Isabel	Manierismo en México (de Jorge Alberto Manrique) <i>El movimiento médico en los sesentas</i> (La democracia en blanco: el movimiento médico en México, 1964-1965, de Ricardo Pozas Horcasitas)	528-529 539	58 68
Florescano, Enrique	<i>Cine e historia social</i> (Cine y sociedad en México, 1896-1930. Bajo el cielo de México, vol. II, de Aurelio de los Reyes)	528-529	57
Galindo, Magdalena	<i>Una larga metáfora sobre la vida</i>	532	64
García Jurado, Roberto	<i>¿Lengua perfecta o lengua universal?</i> (La búsqueda de la lengua perfecta, de Umberto Eco)	538	56
García Montiel, Emilio	Sordomuda (de José Boccanera)	532	67
García Montiel, Emilio	<i>Tres almas y una misma voz</i> (Moneda de tres caras, de Francisco Hernández)	533	48
Jorge, Andrés	<i>La orfandad del reino humano</i> (El príncipe destronado, de Miguel Delibes)	534-535	65
López Portillo T., Felicitas	<i>Las clases dominantes en América Latina</i> (Burguesías en América Latina, de Carlos M. Tur et al.)	534-535	68
López Quiroz, Artemio	<i>Lucha y resistencia: historia de los indios en México</i> (Lucha y resistencia indígena en el México colonial, de Silvia Soriano Hernández)	531	49
López Quiroz, Artemio	<i>Misión y obra franciscana en la Colonia</i> (Vidas franciscanas, de fray Jerónimo de Mendieta)	533	52
Ortiz Gaitán, Julieta	"El infierno de mis cielos" (Joaquín Clausell. Una introducción al estudio de su obra, de Xavier Moyssén)	528-529	59
Quintero, Alfredo E.	<i>Estética de la muerte</i> (Obras I y II, de Jorge Cuesta)	530	69
Salmerón, Fernando	<i>Villoro y los pensadores mexicanos del siglo XX</i> (En México. Entre libros. Pensadores del siglo XX, de Luis Villoro)	538	68
Serrato Córdova, José Eduardo	<i>Incredulidad de Lituma</i> (Lituma en los Andes, de Mario Vargas Llosa)	530	64
Sosa, Víctor	<i>La importancia de llamarse Blaise Cendrars</i> (Poesía [1912-1919], de Blaise Cendrars)	534-535	61
Vallejo Cervantes, Gabriela	<i>En busca de los lugares sagrados</i> (Tamoanchan y Tlalocan, de Alfredo López Austin)	533	50
Vallejo Cervantes, Gabriela	La copa derramada: aproximaciones heterodoxas a la obra de Sor Juana (de Sergio Fernández)	531	51
Vázquez Castillo, Margarita	Fecundidad en el Estado de México (de Jean Paul Guevara y Sergio Villena)	532	66
Zavala, Luis Manuel	<i>Los mundos de Altazor</i> (Vicente Huidobro poética y estética creacionistas)	538	54
Zavala, Luis Manuel	<i>William Faulkner: en busca de una anunciación</i> (La paga de los soldados, de William Faulkner)	531	47

## Reportaje

Godínez Guevara, María de Lourdes, Elena Lazos Chavero y José Miguel González Pérez	<i>Legitimidad musical en una fiesta nahua</i>	528-529	21
González Pérez, José Miguel, Elena Lazos Chavero y María de Lourdes Godínez Guevara	<i>Legitimidad musical en una fiesta nahua</i>	528-529	21

AUTOR	TÍTULO	NÚM.	PÁG.
Lazos Chavero, Elena, José Miguel González Pérez y María de Lourdes Godínez Guevara	<i>Legitimidad musical en una fiesta nahua</i>	528-529	21
<b>Artistas plásticos</b>			
Aceves Navarro, Gilberto	<i>Se cayó el niño Beto (Ilustración)</i>	539	5
Anguía, Ricardo	<i>(Ilustra portada y número completo)</i>	531	
Anguía, Ricardo	<i>Yo, Anguía (Ilustración)</i>	539	48
Bry, Teodoro de	<i>Colón descubridor de América y Peces voladores en el mar (grabados)</i>	532	2ª de forros
Climo, Lindee	<i>(Ilustra páginas centrales)</i>	531	
Coen, Arnaldo	<i>Autorretrato (Ilustración)</i>	539	26
Cuéllar, Rogelio	<i>(Fotografías)</i>	539	9 y 11
Doniz, Rafael	<i>Hermano estrella menor (Fotografía)</i>	534-535	3ª de forros
Escobedo, Augusto	<i>(Ilustra portada, páginas centrales y número completo)</i>	539	
García, Héctor	<i>Paso a la luz (Fotografía)</i>	539	3ª de forros
Gasparini, Paolo	<i>(Ilustración)</i>	530	38
Góstoli, Renzo	<i>Murales/graffiti (fotografías)</i>	533	3ª de forros
Jácome, Ramiro	<i>(Ilustra portada, páginas centrales y número completo)</i>	530	
Lara, Magali	<i>Autorretrato como un árbol a los 38 años (Ilustración)</i>	539	59
Lupercio, José	<i>Papelerito (Fotografía)</i>	536-537	2ª de forros
Montenegro, Roberto	<i>El árbol de la vida (Mural)</i>	533	2ª de forros
Morales, Felipe	<i>(Ilustra portada, páginas centrales y número completo)</i>	528-529	
O'Higgins, Pablo	<i>(Ilustra portada, páginas centrales y número completo)</i>	532	
Ramos Brito, Gerardo	<i>(Ilustra portada, páginas centrales y número completo)</i>	533	
Revueltas, Fermín	<i>(Ilustra portada, páginas centrales y número completo)</i>	538	
Rivera, Diego	<i>La creación (Mural)</i>	531	2ª de forros
Salazar, Ignacio	<i>(Ilustra portada, páginas centrales y número completo)</i>	536-537	
Sauret, Nunik	<i>(Ilustración)</i>	539	22
Sjölander, Waldemar	<i>(Ilustra portada, páginas centrales y número completo)</i>	534-535	
Velázquez, Reynaldo	<i>Autorretrato (Ilustración)</i>	539	41
Venegas, Germán	<i>Autorretrato (Ilustración)</i>	539	60
Ximeno y Planes, Rafael	<i>Milagro del pocito (Pintura)</i>	528-529	2ª de forros
Zenil, Nahum B.	<i>Autorretrato (Ilustraciones)</i>	539	13 y 14